



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

NOVELA: EL HIJO DE LA CAZADORA

Andrés Eduardo Chicué Alvear

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Bogotá, Colombia

2012

NOVELA: EL HIJO DE LA CAZADORA

Andrés Eduardo Chicué Alvear

Tesis de grado presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Escrituras Creativas

Director (a):

Ph.D. Azriel Bibliowicz

Línea Narrativa

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Artes

Bogotá, Colombia

2012

A

Ligio A,

Edgar A,

Carlos A,

Nelson A,

Hernán A,

y Javier A.

A los Ánimus.

A la memoria:

La fugaz, la traicionera,

La que queda, la que olvida y nos da pena, la que llora,

La que deja, la que nos aguanta, la que se inventa, la que dice adiós,

La que nos guía, la que nos vincula y nos permite amar.

A quién nos marca y deja huella.

A la historia, a nuestras historias conclusas e incomprendidas.

A quien se fue y se quedó. A mí después, mí por siempre y mí recién:

“Soy quien soy por nuestra historia, soy quien soy por tu memoria”. ErreW.

Agradecimientos

A mi familia y al amor por acompañarme y por la paciencia.

A los afectos que me acompañaron me corazón en cada momento, me mantuvieron con vida y con calor de hogar en medio del frío.

A los tutores que hicieron parte de éste proceso, a su experiencia y humildad.

No sé si el proceso en la Maestría era exactamente como lo recuerdo, si los Maestros eran en realidad como quedaron en mi memoria. Tengo claro que lo más importante que aprendí en aquellos días fue el valor de la valentía.

A los escritores. A los tejedores de historias, a los valientes que hombro a hombro, pluma a pluma crecieron a mi lado. A su tiempo, a su esfuerzo, a su dedicación, a sus palabras. Son ellos, mis amigos, el recuerdo más nítido de esta aventura. Son ellos, espejos del alma que dejé ver a través de mis letras, compañeros de batalla, portadores de la temible verdad, de las palabras más sabias y de la mano tendida.

No importa lo lejos que estemos, los llevo conmigo. Y sé que voy con ustedes porque lo que somos hoy está presente en lo que fuimos.

A ustedes queridos amigos el agradecimiento eterno porque hicieron que aquella época de andar buscando la voz propia, el mejor lugar donde enfrentar la vida.

Resumen

La presente novela narra las experiencias de Leo, un adolescente de catorce años, estudiante de décimo grado de un colegio ubicado en un municipio del Valle del Cauca. La historia se desarrolla después de que Leo descubre que Nelson, un estudiante nuevo, no es un muchacho como los demás. Siguiendo esta curiosidad, Leo se aventura en una serie de investigaciones que lo llevan a encontrarse con respuestas sobre la naturaleza atlante de Nelson, y sin proponérselo, encuentra también respuestas sobre su propio origen y su identidad. Esta es una novela dirigida a un público juvenil y está enmarcada dentro del género fantástico/ contemporáneo.

Palabras clave: Literatura juvenil, Valle del Cauca, Adolescente, Atlántida, Identidad, Artes: Art Full Text.

Abstract

The present novel narrates the experiences of Leo, a fourteen years old teenager, tenth grade student in a school located in a town of Valle del Cauca. The story develops after Leo discovers that Nelson, a new student, is not like any other boys. Following his curiosity, Leo adventures in a series of investigations that leads him to find answers about Nelson's robust nature, and without proposing himself, finds also answers about his own origin and identity. This is a novel directed to a young audience, and is classified as fantastic/comtemporary genre.

Keywords: Juvenile literatura, Valle del Cauca, Young, Atlantis, Identity, Artes: Art Full Text.

Contenido

Pág.

[Prólogo.....1](#)

[Novela: El hijo de la Cazadora.....8](#)

Prólogo.

Desde el mundo onírico me llegaron imágenes, sensaciones, personajes y escenas que después convertí en el esbozo de algunos cuentos, y que luego integré en un relato. Lo mío siempre ha sido lo fantástico, lo que se asoma a la realidad, deja una marca y mil preguntas. De la mano de autores que conocí cuando entré a la adolescencia (y cito entre frases y líneas) me embarqué en ese género, el mismo que hoy define mi novela.

En ella, un adolescente de catorce años con problemas de ajuste a las normas descubre que uno de sus compañeros de clase no es un muchacho como los demás. Lo que viene después es una búsqueda de las respuestas a las preguntas que este hallazgo genera. Cuestionamientos sobre el “nuevo del colegio” y sobre sí mismo.

Con esta novela dirigida a los jóvenes y con los personajes fantásticos que en ella presento; un ser de naturaleza diferente a la humana, y un adolescente, presento algunas de mis inquietudes personales más urgentes. Amores que matan o el juego del cazador y la presa, del cortejo entre seres que se buscan, se aman y se odian: Eros y Thanatos. Sensaciones de un bestiario llamado adolescencia. Invulnerabilidad y la vulnerabilidad. El gozo por la conquista y la pena por el rechazo. De hijos con padres ausentes física y emocionalmente, del agobio de ser y su insoportable pesadez, una vida de adolescente vertiginosa, dolorosa y confusa, sobre el humor negro, el poder y la empatía. El terror cotidiano de las relaciones humanas y los vínculos con lo cósmico material Lovecraftiano, el paso a la adultez y las historias familiares que de las cenizas vuelven como en los relatos de Bradbury constituyen el marco de mi proyecto.

En un primer momento la propuesta estaba orientada al desarrollo de una novela juvenil de género fantástico con tintes de romántica. Conforme avancé en su elaboración adopté un tono más relacionado con la reconstrucción de la historia personal y familiar de un par de adolescentes que comienzan a preguntarse por su identidad.

En este sentido busqué darle una fuerte carga de testosterona a la exploración de la historia de los personajes en la obra. Quise que ésta y los personajes fueran de corte masculino. Para esto exploré en diferentes arquetipos del Ánimus tales como: el fanfarrón, el amante, el rey, el guerrero, el ausente, el adicto, el manipulador, el inocente, el poderoso, el débil, el dionisio, el negligente, haciéndolos figura y desplazando al fondo a los arquetipos del Ánima.

Una de las mayores evoluciones en mi novela la vivió uno de sus personajes principales. En un principio, el personaje de características “metafísicas” era un dios. Este personaje, además representaba una de las mayores dificultades de mi proyecto. Bajo la tutoría del Escritor Antonio García, este concepto “aterrizó”. Después de varios intentos como autor, de vueltas dadas al personaje, pasó a ser un clon, luego un experimento biogenético, un dios de menor categoría, una deidad emulada. Con estas variaciones hice pruebas que consistían en plantear al personaje en diferentes situaciones.

Fue entonces cuando mi tutor me planteó la realización de una escaleta y ahí, como si se tratara de un trozo de mármol, éste personaje fue tallado, tomó forma hasta conseguir la consistencia final.

Con la escaleta como ejercicio conseguí además decantar la historia, aterrizar varios aspectos de su contenido, centralizar mi enfoque, hallar una voz para los personajes y el narrador, y visualizar el proyecto como si se tratara de una maqueta a escala. Logré dejar por fuera algunos elementos que cargaban mi obra de detalles de los cuales pude prescindir, permitiendo a mi proceso, a mi obra, algo de lo que Italo Calvino llamó levedad.

Por retroalimentaciones y comentarios del escritor Juan Diego Mejía, donde me señaló el uso de párrafos cortos e imprecisos que solía usar, opté por realizar los ejercicios y consultas sugeridas para superar esta dificultad.

Gracias al trabajo con la escritora Marta Orrantia adquirí constancia en el hábito de escribir, la disciplina de la que habló Philippe Olle-Laprume en su conferencia sobre “cómo no se debe enseñar a ser escritor”. En mi trabajo acompañado por la escritora adquirí conciencia de cuáles son mis cualidades y debilidades narrativas en aras de la construcción de mi propio discurso y de los personajes que me interesa crear.

A través de mi proceso vivido en la Maestría y a la interacción directa con mis profesores y con los invitados especiales descubrí una relación directa entre el cine y la literatura. Retomando un poco a Mario Bellatin en el texto compartido por Philippe Olle-Laprume, encontré cierto aquello de que “para aprender a escribir hay que buscar en todos los artes porque el arte es uno solo”. Si bien son dos lenguajes diferentes, encontré puntos donde ambos artes se encuentran. Es ahí donde fijé mi atención.

En relación al séptimo arte, por sugerencias del Maestro Hernando Martínez (docente de la electiva Apreciación Cinematográfica) consulté películas como “Déjame entrar”, dirigida por Tomas Alfredson y basada en la novela del mismo título escrita por John Aivide Lindqvist. También consulté “Elephant”, de Gus Van Sant.

Bajo el acompañamiento del escritor Antonio García la consulta literaria fue más exhaustiva. Las sugerencias realizadas por el docente fueron pertinentes, exactas, acorde a la naturaleza de mi proyecto y mis personajes. Como ejemplo, para la realización del sub capítulo Tabula Rasa, en el capítulo diez, dónde presento un ahogamiento, Antonio me sugirió que leyera el cuento “Día domingo” de Vargas Llosa. Así fuera para un párrafo, un capítulo, una sensación o una frase, la sugerencia bibliográfica estaba a la orden por parte de este escritor.

En este orden de ideas, por este semestre leí “Historias del Kronen” de José Ángel Mañas, “Demian” de Hermann Hesse, “Un beso de Dick” de Fernando Molano, “El agua en los pulmones” de Juan Martini, “Nunca me abandones” de Kazuo Ishiguro, y un cuento corto sobre un buzo de Juan Carlos Botero. Gran parte de estos autores fueron una novedad para mí, ya que inicialmente tenía como referentes para mi proyecto a autores como Carl Gustav Jung, H.P. Lovecraft, Ray Breadbury y Roald Dahl. Todos estos autores sirvieron de influencia para esta novela.

Con el escritor Tomás González logre identificar y fortalecer algunas falencias que presento en mi redacción, y en la forma en que me acerco a mis personajes y sus situaciones. Antes de éste tutor mi mayor preocupación estaba en la estructura del relato, más que en los demás elementos. Tomás me permitió reflexionar sobre las oraciones, los párrafos, sobre las palabras. Me abrió una ventana a la intimidad del texto, a las formas, a la vestidura que doy a mis frases, le dio un sentido a mi quehacer en relación a lo que Gustavo Adolfo Bécquer describió en el siguiente poema:

“Por los tenebrosos rincones de mi cerebro, acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía, esperando en silencio que el arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo.” A Tomás, el agradecimiento eterno.

Para la realización de mi proyecto investigué sobre el Ajedrez. Sus reglas, jugadas, historia y significados de sus fichas, cuadrículas, posiciones, movimientos y estrategias. Gracias a ésta investigación enfoqué a los personajes aquí elaborados en una estructura similar a la del juego.

Comienzo con el tablero. Al igual que mi historia, el ajedrez implica una serie de cuadrículas que enmarcan los límites del campo. Estos límites se manejan a través de coordenadas que como en un plano cartesiano proponen una ubicación exacta y unas reglas para cumplir.

Aunque las fichas pueden tener acceso a cualquier posición, muchas de estas no siempre llegan a casillas diferentes a las que están en su ruta. Es así como planteo que Leo y Nelson se mueven libremente en casi todos los escenarios, mientras que Gloria, Gabriel, Iván y Nico en otros más limitados. Procuré abordar con cada personaje un área específica y un tipo de movimiento en particular.

De esta manera, como alfil considero a Leo, el protagonista. Él consigue moverse en su camino, y aunque puede desplazarse por todo el tablero sin abandonar su ruta, hay lugares de la historia a los que accede de manera indirecta a través de relatos familiares, sueños, memorias y recuerdos.

Como torre expongo a los personajes lineales como Gabriel, quien avanza con firmeza, constancia y se desplaza en rutas entre el liceo, el kiosco de Gloria y por las tardes en su casa. El rol de los peones fue asignado a personajes de intervención corta, constante y limitada a acciones y espacios determinados. Es así como presento a gran parte de los personajes secundarios como Óscar, Diana, Iván, Nico, Sofía, Gloria y Pedro.

La reina representa el contenido inconsciente que actúa como un eje transversal que cruza toda la historia. Es así como planteo la importancia de la memoria, los recuerdos, los sueños y las sensaciones en la reconstrucción de una vida, de una historia a través del relato.

Para abordar el tema de la Atlántida y sus habitantes me vi en la necesidad de revisar varias mitologías que hacen mención de ella, partiendo de la griega y de los textos de Platón, hasta llegar a los comics de Namor (de Marvel Comics) y Aquamán (de DC Comics).

En aspectos más cercanos a nuestra realidad nacional investigué sobre relatos de la cultura del narcotráfico en el Valle del Cauca para elaborar al personaje de Gabriel y su contexto familiar. Así mismo, hice un trabajo de campo sobre la jerga juvenil actual y el manejo de su humor. Estas dos exploraciones, a diferencia de los demás contenidos las realicé a través de entrevistas e inmersiones de campo.

La experiencia alrededor de esta novela que presento a continuación me marcó a nivel personal y profesional. Como si se tratara del Cthulhú reconocí mi paso por la escritura como algo enorme, como una deidad primigenia a la que le debo respeto y culto, y a quien espero no defraudar.

Todo comenzó con el sueño de un personaje que asume que los monstruos existen y se enfrenta día a día con ellos. Afuera y adentro. Aquí es donde aparece mi interés por la vinculación de la academia en mi proyecto como escritor, en forma de medio para acercarme a mi escritura con total humildad y con la mayor disposición para asumir el reto. Es sobre mi punto de vista. Los aprendizajes han sido muchos, las rutas ganadas aun más. Hace dos años cuando presenté la primera idea de mi proyecto era alguien con ínfulas de escritor, hoy en día me veo como un aprendiz bastante torpe frente al oficio. Ha sido un maravilloso y breve paso por la escritura que espero nunca abandonar.

El Hijo de la Cazadora

-Andrés Eduardo Chicué A-

El nuevo.

Donde nadie sabía su nombre.

El muchacho de pelo azabache, ojos de color miel casi dorados y mejillas pecosas se desplomó en el pupitre con la cámara entre los dedos. Miró la imagen con la misma fascinación de la primera vez.

-Gabo, es en serio. Mirá esta foto- dijo, señalando la cámara con su índice libre, pero su amigo tan sólo soltó un "ajá".

Leo se levantó, acercó la cámara a Gabriel y la interpuso entre su cara y el celular en el que su amigo escribía un mensaje.

-Ah, ¿vas a seguir dando lora con ese cuento?

-Este es el pelao de once. O bueno, ahí tenía que estar.

Gabriel emitió un suspiro y fijó su mirada en la foto.

-Ya me la mostraste. Es un reflejo de luz por el espejo, no es un vampiro.

-¡No he dicho que sea un vampiro ni nada de eso! Digo que algo pasa con este man. Lo supe desde que lo vi.

-Y yo digo que es el efecto producido por el flash reflejado en el espejo.

Leo retiró la cámara, miró la imagen de la pantalla una vez más y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Salió del salón a zancadas, cruzó el corredor, dobló por la esquina

de los octavos, justo en donde comenzaba el mural que los más pequeños usaban para consignar sus primeros gritos de rebeldía. Avanzó junto a otros dos salones de séptimo. Rodeó la biblioteca, pasó de largo frente al periódico mural por enésima vez y se detuvo en la última puerta del corredor. Llegó hasta el lugar donde había tenido el encuentro.

Cerró la puerta del baño a su espalda. Frente a él vio la pared del pequeño bloque que estaba formado por filas de sanitarios con sus puertas de latón cerradas. Acercó su mano izquierda a una de las puertas y avanzó rozándola hasta llegar al borde de la esquina del marco. Se detuvo justo en el lugar donde lo había visto. Aquel día Leo se lavaba las manos y sonreía al espejo mientras se examinaba los dientes. A un par de lavamanos de distancia estaba el desconocido. Se miraba al espejo fijamente, como si intentara hipnotizar a alguien que estuviera del otro lado. Leo lo miró por un instante en el que pensó: *—¿Y este quién es? ¿Qué mirará?—* y se marchó después de cerrar el grifo. Caminó hasta la puerta y al abrirla lo oyó. Cantaba. La melodía retumbaba en el baño como si se tratara de una erupción.

Era un cántico con resonancias, sonidos guturales, notas graves que hacían vibrar los espejos, las puertas, el agua de las tazas de los inodoros, notas agudas que atravesaban la cabeza de Leo como inyecciones cargadas de analgésicos. Leo se detuvo con la mano inmóvil sobre la chapa. Sus orejas se adormecieron. Su corazón latió con menos fuerza. De pronto sintió como si ese instante sucediera bajo el agua. La ropa, su piel, todo vibraba a un ritmo cadencioso, sujeto a las corrientes que brotaban de aquella garganta. Soltó la chapa. Recostó la espalda contra la pared. Cerró los ojos. El desconocido cantó con más fuerza. Leo deseó quedarse ahí para siempre. Abrió los ojos con esfuerzo, todo

vibraba a su alrededor, no pudo reconocer ninguna forma. Deslizó su espalda hasta el suelo.

Cerró los ojos de nuevo. “¿*Esta mierda qué es?*”, se preguntó. Sentía el cuerpo muy ligero y que todo giraba a su alrededor. La voz del muchacho se desvaneció para darle paso a un tono grueso, de color diferente, cálido, casi familiar. Leo se sintió a gusto, disfrutó de la melodía. La voz ahora era de hombre adulto. Le pareció escuchar a un padre, a su papá, cuya voz jamás había oído.

Abrió los ojos sobresaltado. Sintió que el corazón le agitaba la camisa. Se vio de nuevo en el baño. Enderezó la espalda, dobló una de sus piernas. Un objeto cayó de su bolsillo y produjo un golpe seco que lo obligó a mirar a su lado: encontró la cámara en el suelo, con el cordón aún en el bolsillo de su pantalón. El ruido de la caída produjo una onda negra que rompió por un instante la armonía del cántico.

Tomó la cámara, sólo una mancha negra entre sus dedos temblorosos. De pronto se le ocurrió perpetuar ese momento. La sostuvo contra su pecho. Levantó la máquina con pesadez, se arrastró hasta la esquina con la espalda apoyada en la pared. Estaba a merced de aquella voz. Dobló hacia los lavamanos. Allí encontró al desconocido, que se echaba agua en el pelo rubio. Confundido, Leo lo contempló, narcotizado por su voz, por la gracia de los sonidos.

Con torpeza, Leo presionó el botón. El chasquido de la cámara atrajo la atención del desconocido. Sólo hubo silencio de ahí en adelante. Los espejos, las puertas, el agua de las tazas y la piel de Leo dejaron de vibrar.

Los ojos verdes como un par de esmeraldas encendidas se fijaron en Leo, que se quedó sin respiración. Las venas bombearon la sangre con fuerza hacia su cabeza y un hormigueo se apoderó de sus extremidades. El muchacho rubio se volteó hacia él y caminó con determinación, mirándolo con sus ojos de jaguar. La presión en la cabeza de Leo aumentó con la proximidad. Le pareció que esos ojos miraban algo detrás de él, y que a su vez esa mirada lo desmembraba sin reparos. Había desdén en ella. Algo de magnificencia, altanería.

Un par de pasos antes de llegar donde estaba Leo, el rubio viró con sutileza hacia la izquierda para desviarse de la ruta que lo conducía hacia Leo y abandonó el baño.

Hoy, sin la presencia del extraño, en sus cabales y con determinación, justo donde tomó la foto aquella vez Leo tomó una segunda, una tercera, una cuarta y una quinta. Miró las imágenes y comprobó que los espejos no reflejaban ninguna luz.

La bella y el hippie.

Leo contó las personas que estaban delante de él en la fila de la cafetería. Cuatro en total: dos de sexto, el tercero era Pedro y el cuarto un muchacho de noveno.

Se detuvo en Pedro: un muchacho de once que llevaba camisilla verde debajo de la camisa blanca del uniforme, manillas en sus brazos largos, gafas de marco grueso con lentes de color naranja. Su cabello era negro como el ala de un cuervo. A Leo le gustaba

imaginarse que el cabello de Pedro aleteaba con el viento, que era una maraña oscura, como una selva, en la que querría perderse.

Leo amaba su apariencia descuidada, ese cinturón de avión que usaba como correa y su soltura al caminar. Cuando Pedro hablaba, él se detenía en sus labios, en especial en el inferior, que había notado más grueso, y por momentos dejaba de escuchar su voz. Subía la mirada a sus ojos, esos ojos felinos que solía encontrar despiertos, expuestos. La mirada de Pedro era de curiosidad, como la de un cachorro, y estaba enmarcada por cejas gruesas. Leo pensaba en él más que en cualquier otra persona.

Nunca lo pensaría dos veces para darle un beso. Solía sentir algo de propiedad sobre esos labios, esa piel. Pedro era el amor de su vida.

Leo sonrió cuando una mano delgada se deslizó por su pecho y lo obligó a voltearse. Recibió un beso en la boca. Era una muchacha delgada, con sonrisa de niña, de pelo castaño y con aires de Natalie Portman, que ahora le sonreía a pocos centímetros de su cara.

Leo le devolvió la sonrisa y miró de nuevo en dirección al muchacho de lentes.

-Leo, ¿me querés?

Él sonrió sin ganas y asintió con la mirada puesta en Pedro.

El agua y la sangre.

Un par de horas después, Leo escuchaba desde la biblioteca el concierto que se realizaba afuera, en el teatrino del liceo. Sonrió al recordar el momento, después de salir de la cafetería en el descanso, cuando se encerró con Sofía en el cuartito debajo de las escaleras y maldijo una vez más a Clara, cuando lo sorprendió con la directora en medio de una de sus acostumbradas casualidades:

-Por aquí se metió. Era una rata así de grande... ay... hola Leovigildo, no sabía que estabas aquí con tu amiga.

Clara sonrió triunfante, sujetó el dije con forma de cruz de su cadena de oro y se hizo a un lado para darle paso a la directora, que se asomó al interior del cuartito y sobre el marco de sus gafas se fijó en los sorprendidos amantes.

-Se visten y me acompañan a mi oficina.

-Maldita enana. Si no hubiera sido por esa polly pocket estaría disfrutando del concierto y no haciendo un cartel picho sobre el respeto. Maldita momia azteca, directora de mierda- se lamentó Leo. Cortó. Escribió. Delineó. Transcribió. Pintó. El cartel estaba casi listo cuando la banda local, Los Elvis y las Pelvis, interpretó su canción favorita, una versión libre de Burning Love. Apretó el marcador en la mano. Tarareó la melodía. Soltó el marcador, abandonó la mesa y se asomó por la ventana más próxima al teatrino. Siguió el concierto durante un par de canciones más y regresó a la mesa antes de que la directora lo sorprendiera y le aplicara un castigo más severo.

Pensó en Sofía. En ese momento ella estaría en el cuarto de archivo haciendo quien sabe qué tarea impuesta por la directora. Rasgó el contorno de una imagen con el bisturí. El excedente de papel cayó de la mesa al suelo y, al agacharse para recogerlo, Leo tuvo la sensación de ser observado. Levantó la cabeza y miró a su alrededor.

Desde una mesa distante un estudiante lo miraba. Leo quedó petrificado. Por más que quiso dejar de mirarlo, no lo consiguió. Fue una sensación similar a la experimentada en el baño con aquella voz. Era él. La piel de durazno amarillo pastel, la textura del cuerpo, el pelo rubio, los ojos grandes y verdes como el fondo de una selva febril. Cuando tomó conciencia de su cuerpo, estaba temblando, frío, mareado y sentía un violento hormigueo en el estómago y la espina dorsal. La mirada seguía. Leo dejó de escuchar los acordes de la banda. Olvidó la letra. Su mente se quedó en blanco y sus oídos comenzaron a zumbiar. Sacudió la cabeza con desespero y sólo así consiguió liberarse de la mirada.

Aún mareado, se esforzó por concentrarse en el desconocido, que ahora tenía su atención puesta en un libro que estaba sobre su mesa. Su pelo era un poco más largo de lo permitido para los hombres en el liceo. Sus cejas, gruesas. Un lunar plano en la mejilla. Lo recordó del baño. No lo había visto antes en otro lugar del liceo, en el centro comercial y tampoco en el kiosco de Gloria en la playa.

Entre la lenta sucesión de ideas que le pasaban por la cabeza, a Leo se le ocurrió una que en ese momento cobró sentido. Sacó la cámara de su maleta, casi arrastrándola, y, apoyándola en la mesa, apuntó con el lente al muchacho y oprimió el botón.

El desconocido miró a Leo, que se incorporó, en un intento por disimular y rasgó con torpeza un pedazo de papel.

El rubio regresó a lo suyo. Leo se fijó en sus brazos. Eran como los de un muchacho de su edad, quince, tal vez dieciséis años, practicante de algún deporte. Su espalda era ancha, quizás por la natación. El muchacho sacó una botella con agua de su morral, bebió a grandes sorbos y miró a Leo a través de la botella

Leo, al verse descubierto, sintió que el aire le faltaba en los pulmones. Se levantó de la mesa mientras un líquido cálido y espeso se deslizaba por sus fosas nasales y bordeaba sus labios. Un par de gotas cayeron sobre el cartel. Echó un vistazo. Eran gotas de sangre.

La mano en el agua.

Abrió los ojos en la enfermería del liceo. A su lado, Gabriel hablaba por celular.

-¿Qué te pasó?- le preguntó Gabriel después de colgar.

-Lo vi otra vez.

-¿Qué?

-Al tipo del baño, el de la foto. Le tomé otra.

Leo señaló el maletín que estaba a un lado de la camilla.

Gabriel sacó la cámara. Leo le pidió que mirara la última de las fotos en la pantalla.

-Será después, me voy a clase. Ya viene tu mamá por vos. No te movás de aquí, ni te vayas a buscar más pelaos luminosos al baño -advirtió Gabriel antes de irse con la cámara.

Al quedarse solo, Leo cerró los ojos y no tardó en dormirse.

En su breve sueño se vio en una pequeña balsa en medio de un estero que se abría al mar. Era de madrugada, a juzgar por el cielo. La niebla difuminaba el límite entre el agua y la playa. No sentía miedo. De hecho, tenía la sensación de estar esperando a alguien. Escuchó un chapoteo y miró hacia un costado de la embarcación. Una mano que salía del agua se agarró del borde. Leo la acarició con los dedos. Era pálida, fría y resbalosa. La mano tuvo un leve estremecimiento y se abrió. Leo la sostuvo. La mano se cerró con una fuerza descomunal y lo haló hacia lo profundo.

Cuando abrió los ojos, permaneció inmóvil. Su visión estaba nublada y le costó unos minutos aclararla. Estaba acostado boca arriba, bajo una luz blanca que no tardó en relacionar con la del muchacho de la foto. Sin embargo, este encuentro con la luminosidad no duró mucho ni le produjo goce alguno.

Una intermitencia, lo que antes pensó como el brillo de las fotos se transformó en un bombillo de resplandor blanco. Escuchó gemidos, pasos, puertas, rodachines, cortinas que se corrían, voces, un grito a lo lejos y, muy cerca, una voz familiar.

-¿Cómo se siente, mijo?- preguntó su mamá.

-Mareado, ¿dónde estoy?

-Estás en la clínica.

-¿Qué me pasó?

-No sabemos. Te tomaron algunas muestras de sangre y te hicieron un tac para salir de dudas.

-¿Qué dudas?

-Nada grave, alguna anemia, una baja de azúcar, alguna herencia de los Coral. Lo importante es que estoy aquí pendiente de todo. Estaremos en casa para cuando comience CSI.

Leo emitió un quejido.

-¿Le duele algo?

-La cabeza.

-Le diré al médico... ¿Necesita algo más?

-Por ahora sólo un analgésico bien fuerte.

-Cuidado con los analgésicos... ¿No preferirías el cuento de los pajaritos que te leía tu papá cuando te enfermabas?

Leo sonrió.

-¿Ese cuento todavía existe?- preguntó.

-Sí... ¿Cómo podía deshacerme de él? Lo tengo en el secreter del estudio. Entonces ahora regreso-dijo su madre, le dio un beso en la frente y se marchó por el corredor.

El ausente Sr. Anderson.

Al caer la noche, CSI comenzó y Leo seguía en la clínica. A su lado, su mamá, en voz alta, lanzaba hipótesis sobre el asesino y los motivos del crimen.

La doctora Diana Coral, la juez más implacable del municipio, madre y televidente empedernida de series policiacas.

Cuando no estaba trabajando, leía novelas de Agatha Christie en su club de lectura o viajaba a la capital con alguna amiga para asistir a algún evento cultural.

-Le pegó de nuevo. Vamos dos a uno -pronunció una segunda voz. Leo abrió los ojos y vio a Gabriel.

-¡Uy! ¿A cómo duerme la hora el feo durmiente de la casa?- dijo su amigo.

-¿Cuándo llegaste?

-Después de que salí de clases. Cuando llegué estabas dormido.

-¿Viste la foto?

-Aún no. De hecho, dejé la cámara en el casillero.

Leo le sonrió, cerró los ojos. Gabriel y su mamá continuaron frente al televisor hablando sobre el caso. Entretanto, Leo aprovechó el instante en que dejó de ser el centro de atención para repasar en su mente los fragmentos que conseguía recordar. Las imágenes le resultaban borrosas. La forma de un fogonazo de luz verde que le encandelilló la retina, la sensación de un líquido cálido cayéndole por la cabeza desde la coronilla y la oscuridad que lo envolvió después, como si aquel líquido lo hubiese ahogado.

Leo fue dado de alta poco después. Los resultados de los exámenes no arrojaron nada de qué preocuparse. El médico de turno le dijo que guardara reposo y estuviera atento a cualquier síntoma.

Desinteresado.

Leo regresó al liceo al día siguiente. Saludó con un tono de voz apagado a los compañeros que se le acercaron. En el fondo del salón reconoció a Gabriel, que lo miraba con recelo.

Leo avanzó hasta su amigo y luego de saludarlo le preguntó por la foto. Sin mediar palabra, Gabriel sacó la cámara de su bolsillo y se la enseñó. Esta vez la misma luz estaba sobre una mesa de estudio de la biblioteca.

-¿Ahora si me crees, güevón?

-Pues sí, la foto está rara. Seguro el man consume mucho hierro o fósforo. Qué se yo... He visto más fotos raras en el Facebook de Clara Lugo.

La clase comenzó. Todos estaban en sus lugares. Gabriel, sentado detrás de Leo, se le acercó a la oreja y le susurró:

-Hay algo más. Sofía quedó de buscarte en el descanso.

Búsqueda.

Sonó el timbre que dio inicio al descanso y Leo se apresuró a salir del salón. Muy pronto llegaría Sofía a buscarlo. Gabriel lo siguió hasta la gradería que daba a la cancha de fútbol, donde un grupo de niños pequeños entrenaba bajo el sol del mediodía.

-¿Cómo decís que es?- preguntó Gabriel mientras recorría el campo con la mirada.

-Es un man mono, de once, grandecito, con ojos verdes. Estaba con la im potable de Lugo.

Gabriel suspiró y, con la mirada puesta en un grupo de estudiantes que se acercaba, dijo:

-Está bien. Si lo ves me lo mostrás. Ahora yo te muestro algo, mirá, llegó Sofía. Te espero aquí.

Leo miró hacia abajo y la vio frente al primer escalón, con los brazos arqueados y las manos apoyadas en la cintura.

Jaque.

El tablero.

Leo se alejó en su mente y se detuvo a veinte metros, justo al frente de Pedro que estaba sentado en el pasto con sus amigos y en sus manos sostenía un sándwich. La risa le impedía llevárselo hasta la boca. Leo se perdió en los labios que enmarcaban la sonrisa.

Fantaseó que acercaba su rostro a la boca de Pedro y se asomaba a través de ella, como quien se asoma a través de la rendija de una puerta. Ansiaba tocar su lengua, sus dientes, entrar en contacto con su saliva. Luego se fijó en el sándwich que Pedro mordió con fuerza. Leo dio un respingo desde su lugar, en la parte baja de la gradería y frente a Sofía, iracunda.

- Y fue ahí cuando me raptaron los extraterrestres. Después me dejaron aquí frente a vos- afirmó la muchacha, cruzada de brazos.

-Qué mal. Seguro fue bien feo eso de ser... ¿Qué me dijiste?

-¿Ves? ¡No me escuchás!- vociferó Sofía antes de dar media vuelta y marcharse.

Mientras Leo regresaba a la parte alta de la gradería, junto a Gabriel, echó un vistazo hacia atrás, más allá de donde caminaba Sofía, hacia Pedro.

El alfil.

-Esa hembra estaba brava ¿Qué le dijiste?- preguntó Gabriel tan pronto Leo se sentó a su lado.

-No sé. Se enojó sola. Ahora le toca a ella contentarse conmigo, por boba.

-No me engañás. Te vi. Estás echándole ojo al hippie gafufo y roñoso otra vez, ¿no?- dijo Gabriel. Leo rió.

-¿Por qué no le caés? ¿Todavía pensás que no tenés chance con él? Ese man es medio marciano, hasta te podría copiar.

Leo pensó en las palabras de Gabriel. Pedro lo vulneraba. No podía pararse frente a él sin que sus piernas flaquearan, sus manos se entumecieran y su frente sudara frío. El sólo hecho de pensar en su presencia le revivía estas sensaciones.

Su cabeza volteó de manera involuntaria y ahí lo vio. El muchacho rubio caminaba despacio hacia la cafetería.

-Gabo, miralo- Gabriel se fijó en el muchacho por unos segundos, hasta que lo perdieron de vista luego de que entrara a la cafetería. Con extrañeza miró a Gabriel y le preguntó:

-¡Ese es el de la foto!

-¡De una! Yo lo agarro y vos le clavás la estaca. ¿Hasta cuándo vas a estar con ese cuento? Ya llevás como dos semanas en esas...

-No jodás, es en serio, ese es el de la foto.

-No, el que jode como un sirirí con ese cuento sos vos, ¡ya me tenés mamado!

El Rey.

Leo invitó a Gabriel a tomarse una gaseosa en la cafetería donde había entrado el tipo de once.

Leo avanzó hasta el estante, pidió las gaseosas y regresó con Gabriel, que se sentó en un lugar cerca de la puerta. En el camino pasó junto a la mesa donde estaba el tipo de la foto, con una botella de agua en la mano. Leo miró al tipo de once de reojo. El muchacho lo miró fijamente. Leo contuvo la respiración, entregó la gaseosa a Gabriel y se sentó.

-Viejo Rey, ¿bien o no?- dijo Gabriel con su pulgar arriba.

Leo miró en dirección a la persona que saludaba Gabriel y se encontró al tipo de once devolviéndole el saludo.

-¿Lo conocés?

Gabriel rió y antes de beber de su gaseosa le respondió a Leo:

-Pues es un man nuevo- tomó un par de sorbos y luego agregó con extrañeza: -Mano, vos cada vez más loco. ¿No te acordás que este año hemos perdido todas las competencias de natación contra él? ¿Y todavía me preguntás si lo conozco?

-Es sólo que su cara... no me es familiar, pero creo que lo conozco- dijo Leo.

-Ese man es raro...

Leo dejó la gaseosa a un lado para concentrarse en lo que Gabriel continuó diciendo:

-Viene de otro lado. Nadie sabe de él. Habla poco, es un tipo solitario. Sólo se ve ñoñeando por ahí, o nadando en la piscina.

La partida.

-Leo ¿estás ocupado?

Era Óscar, un estudiante de octavo, que le hablaba desde el corredor donde el club de ajedrez solía tener unas mesas.

-¿Qué? ¿Una partidita?

Leo miró la silla vacía al otro lado del tablero y se sentó. Tenía en buen concepto a Óscar, un muchacho al que conocía desde niño, porque ambos viajaban juntos en el mismo bus escolar.

-Listo, de una- respondió Leo sentándose al otro lado de la mesa.

En medio de la partida, Leo escuchó un taconeo conocido en el corredor. Tenía un ritmo particular que Leo tarareaba con la melodía de la pantera rosa. Liberó un suspiro de fastidio justo cuando la directora se detuvo a su lado y le anunció:

-Lo espero de inmediato en mi oficina, señor Anderson- y después de decir esto, la mujer dio media vuelta y caminó hasta su oficina.

-¿Ahora qué hiciste?- preguntó Óscar con las cejas arqueadas.

-No tengo ni idea- respondió Leo levantándose de su silla.

Al llegar a la oficina, la directora lo invitó a sentarse frente a su escritorio, donde había una carpeta gruesa y maltratada, con tapas azules y el nombre de Leo en una pestaña de acetato. La mujer abrió el libro, lo extendió hacia Leo con su brazo flácido y le dijo:

-Aún no firma su memo por el bochornoso incidente con la señorita Rodríguez.

-¿Cómo qué no? Si yo firmé.

-Aún no lo firma correctamente- masculló la directora. Leo contuvo la risa.

La directora lo miró con desprecio sobre el marco de sus gafas, recuperó el libro y dijo:

-¿Usted firma como Queco Jones? Pues le comunico que ahora tiene un nuevo memorando por este acto de indisciplina- La mujer devolvió el libro a Leo, que lo firmó sin leer.

-Por ahora se quedará en la dirección durante los descansos de esta semana. Ayudará a Rocío en la organización de los archivos, comenzando desde mañana. Por ahora puede regresar a su salón, el descanso ya se terminó.

Durante el descanso siguiente, Óscar lo interrumpió mientras Leo observa hacia la oficina desde la mesa:

-¿Te tragaste de la secretaria o de la directora?

Leo lo golpeó en el brazo. Regresó al juego y de nuevo le declaró jaque mate. El tercero de tres.

Entre los dos organizaban el tablero para un nuevo enfrentamiento cuando la secretaria salió de la oficina y, dirigiéndose a Leo, le recordó su castigo.

-Terminá de organizar, ya regreso- le indicó Leo a Óscar y corrió hacia la oficina, adelantándose a la secretaria. Tan pronto dio un paso en su interior, una voz chillona lo detuvo:

-¿Se perdió en el camino, señor Anderson?- dijo la directora, que se asomaba del cuarto de archivo -. Siga.

La mujer estaba rodeada de pilas de carpetas, papeles y bolsas.

-Necesito que organice estos documentos por carpeta y los guarde en estos archivadores- señaló antes de irse.

Para el próximo descanso la situación se repitió: Leo volvió con Óscar, luego la secretaria lo llamó, él entró a la dirección y avanzó otro poco en la tarea. Para el cuarto, la secretaria se demoró un poco más en salir a buscarlo. Tras seis partidas ganadas, de seis jugadas

en media hora, la secretaria salió de la oficina y cumplió con su parte del ritual. Leo hizo un gesto con la mano para indicarle que en un momento acudiría.

Óscar apoyaba la frente en el puño mientras vacilaba con un alfil. Leo sintió una brisa caliente venir por su lado. Miró. Nelson se acercaba a su mesa, caminaba lento mientras miraba las partidas de los otros jugadores de las mesas que estaban delante de él.

-Jaque- declaró Leo llevándose el alfil que Óscar dejó sobre el tablero. Óscar, que ya ni pensaba, estaba perdido con su rey, su única torre y su par de peones. Se llevó las manos a su pelo castaño y se lamentó. Cuando Nelson pasó junto a ellos, Leo notó que le lanzó una mirada burlona y una sonrisa de medio lado, miró el tablero y luego a Óscar antes de alejarse.

Óscar levantó su cabeza con un rostro renovado, y en siete movimientos dio jaque mate.

El marcador se igualó en los quince minutos restantes. Óscar entró en una racha de victorias nunca antes vista. Una racha que sólo Leo podía intuir de donde había venido. Miró hacia atrás. En el fondo del corredor vio a Nelson sentado en el muro que había junto a la cancha de voleibol. Nelson miraba en dirección a Leo. Sonreía.

La nueva suerte de Óscar continuó por dos descansos más, antes de que Rocío lo hiciera entrar a la oficina. Leo no lo podía creer. Desde que Nelson comenzó su acecho no había vuelto a ganar. Se preguntó por las nuevas jugadas de Óscar, esas que lo habían llevado a una racha de victorias. Leo recordó que su contrincante antes era lento, torpe, se tomaba su tiempo. Leo arrastró un alfil y su rival de inmediato interpuso un caballo.

-Jaque- dijo Óscar.

Leo resopló hacia un lado. Aún pensaba en el juego cuando escuchó a la directora hablar por el altavoz del colegio:

-...recordamos a los organizadores de la fiesta en pro de los recursos para los equipos deportivos que la reunión comienza en diez minutos... Y el señor Anderson, del grado diez B, favor presentarse en la dirección de inmediato.

Leo tomó un peón y avanzó sin pensar en su movimiento. Miró hacia la cancha de voleibol y vio a Nelson hablando con una muchacha de once.

-¡Vida triste!- dijo Leo parándose de un salto.

Entró en la oficina de la directora y luego al cuarto del archivo donde estaba Rocío, la secretaria.

-Hola Leo. ¿Me ayuda con la carpeta de las fichas de once A?- dijo Rocío mientras sostenía un lápiz en la boca y pasaba los dedos entre algunos documentos.

Leo fue hasta el archivador, abrió el cajón de las carpetas de los onces y sacó la de once A. La mujer la recibió, la puso junto a los papeles que ya tenía y se marchó a su escritorio.

Leo fue hasta el cajón que había dejado abierto. Lo empujó sin ganas. Luego de cerrarlo recordó que ahí se encontraba carpeta de Once B. Lo abrió de inmediato y sacó la carpeta indicada. Arboleda, Aristizabal, miró más atrás, Camacho, Cortés, más atrás,

López, más atrás, Pinzón, Ramos, Raymond, Reyes, Rey. Sacó la hoja en un solo movimiento.

Nombre: Nelson, apellidos: Rey Fulop. Fecha y lugar de Nacimiento: Caracas, Venezuela. Edad: 16 años, género masculino.

Leyó la dirección de la casa y vio que era muy cerca de la suya, en una zona tradicional de la ciudad. Como nota adicional se indicaba que vivía con una amiga de la familia, mientras que su mamá lo hacía en Argentina. Idiomas: español nativo, inglés un 80%. Correo electrónico: nerey14@liceolosalpes.edu.co.

-Nerey catorce del liceo- repitió Leo en su cabeza un par de veces. Buscaría a Nelson por las redes sociales.

Datos del padre: nombre Nelson Rey, fallecido. Datos de la madre: nombre Abigail Fulop, ocupación: interprete. Hermanos: no tiene. En caso de emergencia comunicarse con Dolores Villa. Lugar de estudios de primaria: Colegio Piaget, de Cali. Lugar de estudios de sexto a décimo de secundaria: Colegio Piaget, de Cali.

Devolvió la hoja al cajón y anotó en un papel el correo electrónico de Nelson. Después de esto se concentró en su tarea y poco antes de terminar el descanso regresó a la mesa donde Óscar esperaba recostado, sin contrincante. Leo se sentó con imponencia, miró directamente hacia el final del corredor y vio a Nelson hablando con su compañera sobre el muro.

Óscar levantó su cabeza y esperó por el turno de Leo. Nelson se fijó en el tablero, y Leo con el codo lo movió hacia un lado mientras acomodaba su maleta bajo la mesa.

El tablero quedó casi en el borde. Leo notó como Nelson se vio en la necesidad de cambiar de sitio en el muro para verlo. Leo corrió esta vez el tablero hacia él y se percató de que Nelson tenía que inclinarse y estirar el cuello para no perderlo de vista.

Leo movió el tablero una vez más, tomó su maletín del suelo y lo dejó sobre la mesa, bloqueando el único acceso visual de Nelson. Entonces adelantó su caballo, despejó un alfil y entre ambos se encargaron de algunos peones, una torre, huyeron de un alfil y apuntaron al rey.

Se levantó de la mesa, avanzó por el corredor y al pasar junto a Nelson Rey dijo:

-Jaque mate.

En tablas.

La ventana abierta permitía que entrara el sol de la tarde y un poco de brisa. Las medallas que colgaban en un extremo de la repisa se resistían al débil empuje del viento, y un Aquamán de Alex Ross en la pared empuñaba con elegancia su tridente en presencia de un sol que comenzaba a abandonar la habitación.

Frente a esta pared una cama revuelta, zapatos en el suelo, un maletín abierto, medias dispares y, del otro lado, un escritorio. Entre papeles, una libreta, lápices, dibujos y fotos

de Pedro tomadas a la distancia, Leo deslizaba sus dedos sobre el teclado de su computador.

Entró a Google, escribió "Nelson Rey" en el espacio de búsqueda. Se abrió la página con los resultados. El Nelson en cuestión era mencionado sólo en los reconocimientos por los últimos intercolegiados. Ni una sola foto.

Cerró los resultados de Google y pasó a Facebook, Google +, Twitter, Blogger, Flickr, Myspace, Tumblr, Flavors, Formspring y Msn. En estos lugares no encontró ninguna mención, ni perfil, mucho menos imágenes. Leo sintió que estaba como al principio, sólo con el nombre de Nelson y muchas preguntas más. Desistió de la búsqueda por la red. Cerró las páginas y regreso a la bandeja de entrada de su correo.

Se detuvo en un correo de su cuenta del colegio y recordó el anuncio de la directora por el altavoz. Buscó el evento en la página del Liceo los Alpes. Leyó la cartelera de actividades y ahí lo encontró. El próximo fin de semana estaba programada la fiesta semestral que los equipos deportivos del colegio habían destinado para recoger fondos. Sonrió. Sin duda también Pedro estaría allí.

Jaque y Mate.

En la noche de la fiesta Leo se bajó del taxi a un par de cuadras de distancia del club, justo al final de la fila de carros. El lugar estaba a las afueras de la ciudad, en la zona industrial. Camino a la entrada saludó a un par de compañeros de clase que se detuvieron

frente a una camioneta gris de la que se bajó Clara. Leo apresuró su paso, atento a los muchachos delgados de cabellera negra o a cualquiera que se le pareciera a Pedro.

Dentro del club una mezcla del repertorio de los Black Eyed Peas le dio la bienvenida a Leo, quien desabotonó las mangas de su camisa, tomó un vaso de la barra sin fijarse en su contenido y se pasó un largo trago.

Sacudió la cabeza. Echó un vistazo a su alrededor: amplió su rango de búsqueda a los compañeros que iban al mismo salón de Pedro. En vista de su fracaso avanzó hasta el borde de la pista.

-¿Esta noche venís soltero o comprometido?- le preguntó Gabriel luego de sorprender a Leo mirando hacia los de once.

-Digamos que soltero. Aún no sé como quedé con Sofía.

Gabriel atendió a un compañero que le entregaba una cerveza.

Leo aprovechó que su amigo se había distraído, y buscó a Pedro con la mirada. Lo encontró a unos cuantos metros, con sus compañeros de salón. Leo lo observó por un rato, contemplando la camisa blanca con un estampado que promocionaba una cerveza, las manillas en sus muñecas, el pantalón ancho de algodón y sus gafas con lentes naranja. Leo sonrió involuntariamente y por un instante creyó que el vaso se le deslizaba de los dedos.

Los Elvis y las Pelvis subieron al escenario y el ambiente se puso efervescente. Los fiesteros abandonaron las mesas y pasaron a la pista. Leo se quedó junto a su mesa. Buscaba a Pedro entre los cuerpos que saltaban al ritmo de la banda cuando fue sorprendido por Nelson, que se hizo a su lado. Nelson dejó su vaso sobre la mesa y con la mirada en la banda le preguntó:

-¿Usted quién es? Digo, ¿nos conocemos?

Leo empuñó su vaso y bebió un largo sorbo.

-No lo creo- respondió con una seguridad que no imaginó tener. La cercanía de Nelson lo intimidaba. Pensó que en cualquier momento perdería el sentido y que al abrir los ojos se encontraría en la sala de urgencias de la clínica. Sin embargo su cuerpo sólo manifestó una ansiedad apenas comparada con la que sintió al llegar a la fiesta -. ¿Por qué me preguntás eso?

Nelson se acercó más a Leo y a pocos centímetros de su oreja le respondió:

-No soy imbécil. Me di cuenta. Usted me está observando. Pregunta sobre mí. ¿Qué quiere saber?

La presión de Leo disminuyó para darle paso a un frío intenso y un temblor en su cuerpo. Leo se imaginó que le hablaba un león hambriento.

-¿Qué pasa?- preguntó Nelson. Leo agachó la cabeza en silencio.

Pese a lo intimidado que se sentía, por su cuerpo no pasó ninguna sensación de desvanecimiento. Miró la cerveza y bebió otro largo sorbo.

-No pasa nada. Todo está bien- bebió otro tanto.

-Si usted lo dice.

Leo se fijó en Nelson. Reconoció en su cara la misma mirada burlona y la sonrisa de medio lado que vio cuando pasó junto a su mesa de ajedrez.

-Hay algo extraño en usted. Si quisiera, lo averiguaría- dijo Nelson más serio –Pero ya ve, hay cosas que es mejor dejarlas quietas. Hay preguntas que más vale nunca hacerse, a menos que el curioso desee encontrarse de frente con el castigo de la verdad- guiñó un ojo. Los dedos de Leo se entumecieron alrededor del vaso transpirante y se preguntó por ser esa amenaza. Nelson dio media vuelta y se perdió entre las sombras de la fiesta.

Confundido, Leo fue en busca de Gabriel. Lo encontró arrinconado contra la pared a una chica de rostro desconocido. Leo lo quiso llamar pero se detuvo a pocos centímetros de que su mano tocara el hombro de Gabriel. Se detuvo al caer en cuenta de que no valía la pena interrumpirlo para contarle más de lo mismo. Decidió abandonar la fiesta. Volteó hacia la puerta principal abriéndose paso entre la multitud. A pocos metros de llegar a la salida se encontró con el grupo de natación del grado once. Pedro hablaba con un muchacho que permanecía entre las sombras. Para sorpresa suya se trataba de Nelson.

Lo reconoció cuando los lasers que salían de un proyector en el techo apuntaron hacia allá.

Pedro reía, los labios de Nelson se movían con elocuencia. Sus ojos verde esmeralda, discretamente expuestos bajo unos párpados caídos, apuntaban a su interlocutor. Se veían contentos. Leo sintió cómo el hormigueo se desplazó hacia sus dedos.

Nelson miró a Leo. Pedro, entre risas, también lo miró. Nelson levantó su vaso y brindó a la distancia. Leo levantó la mano y, cuando se disponía a sonreír, una arcada lo sorprendió y le abrió paso a un chorro que se escapó de su boca con fluidos rosados, anaranjados, con trozos grandes del perro caliente que había comido al salir de su casa y se resistió a los ácidos estomacales, con fragmentos de papas fritas, arroz, verduras, carne y pepas de lulo del almuerzo.

Leo agachó la cabeza, dio media vuelta y avanzó entre la multitud, buscando una salida alterna a la principal. En su escape chocó con una espalda grande que se volteó y descubrió de frente a una menuda muchacha de cabello corto y castaño que estaba del otro lado. La reconoció de inmediato, la muchacha era Clara. La pareja lo miró y después ella gritó apuntándole con el índice:

-¡Leo se vomitó!-

Todas las miradas se concentraron en Leo, que sólo deseaba que la tierra se abriera debajo de sus pies. Entre las burlas retrocedió despacio, tropezó de espaldas con alguien

y corrió hacia una puerta por la que vio desfilar a varios meseros con bandejas en las manos.

Cruzó una puerta y una nube de vapores mezclados saltó sobre su cara. Un par de cuerpos lo empujaron, una bandeja se levantó frente a su cabeza y el palo de un trapeador se apoyó contra su abdomen. Se detuvo cuando se dio cuenta de que se encontraba en la cocina.

-Uhhh, el primer caído de la noche...- dijo un mesero que estaba cerca de Leo y servía bebidas en vasos: -¡Fabiola! ¿Ya hay consomé?- gritó, y una mujer gorda y vestida de blanco que estaba junto a una estufa liberó una carcajada.

Leo vio en el fondo una puerta que daba a la calle y corrió hacia ella. Del ruido de la música, el choque de utensilios, los vapores y el afán de las personas de la cocina saltó a la quietud de la noche en medio de un callejón fresco y pobremente iluminado.

El callejón daba a las puertas de las bodegas de las plantas vecinas y se extendía hasta la calle principal. Sólo dos camiones de banquetes permanecían relucientes, estacionados bajo la brisa de la noche y el ruido ahogado de la fiesta que Leo encontró después de salir por la puerta trasera. Leo avanzó en dirección a la calle principal mientras se lamentaba de haber pasado una mala noche y al llegar a un poste de luz, lo hicieron también tres siluetas que salieron de un lado del callejón y entraron al cono de luz del poste. Las figuras de tres hombres saltaron alrededor de él. Uno de ellos levantó un puñal hacia su pecho:

-¡Cómo fue, pirobo! La plata y el celular.

Era un hombre gordo, negro, con gafas oscuras y una gorra blanca. El que estaba a su lado era delgado, con aretes, barba meticulosamente delineada, patillas largas, ojeras pronunciadas, y camisa y pantalones holgados, con letras doradas. El tercero era más pequeño. Parecía de una edad cercana a la de Leo y tenía la mitad de su pálido rostro cubierto por un mechón de pelo negro y grasiento.

Leo buscó en sus bolsillos el celular y un par de billetes que tenía arrugados en el fondo. Se los entregó sin dudarlo al hombre que tenía más cerca. Tenía miedo. Era un miedo similar al que había sentido cuando Rambo, el rottweiler de la finca de Gabriel, se abalanzó sobre su amigo y le destrozó la espalda y las piernas, o cuando volaba sobre el carro que lo atropelló a finales de octavo y lo envió directo a la sala de cirugía.

El segundo asaltante se acercó a Leo por la espalda, metió su mano libre en los bolsillos del pantalón y, punzando con la punta del arma el abdomen de Leo, dijo:

-Bajate de zapatos, pirobito.

Sin agacharse y con la mirada en los ojos del asaltante que lo punzaba, Leo desajustó su zapato derecho con el pie izquierdo, y el izquierdo con el pie derecho.

-¡Quíhubo, pues, que es pa' hoy!- gritó el tercer asaltante, golpeando a Leo en la parte de atrás de la cabeza con un objeto duro. Leo sintió que se apagaba ente imágenes, sonidos y sensaciones que se desvanecían ante sus sentidos. Su cuerpo cayó con pesadez.

Cuando recuperó la conciencia, sus extremidades estaban adormecidas y un dolor punzante se intensificaba en el lugar del golpe.

Su cuerpo fue levantado por las patadas que recibió por todos lados. Una de ellas le llegó a la oreja derecha y un zumbido le mermó la audición a los insultos y las amenazas de los ladrones. Los atacantes se detuvieron. Leo permaneció en el suelo. Intentó levantarse todavía confundido y escuchó a uno de los asaltantes decir con voz chillona:

-¿Vos también querés, monito?

Entre ellos y la puerta del salón estaba Nelson con sus piernas firmes en el suelo y una mano extendida con la que invitaba a los hombres a pelear. A pesar de lo imponente que pudiera parecer, Nelson estaba solo e indefenso ante los dos hombres que se dirigieron hacia él. Les dijo algo que les hizo acelerar el paso y lanzar el ataque. Leo cerró los ojos con fuerza cuando el tercer asaltante se unió al grupo y alzó un revólver en dirección a Nelson.

Dos disparos. Un crujido. Un golpe seco contra el suelo. Un chillido agudo. Un crujido más fuerte. Gritos de dolor. Cuando Leo abrió los ojos sólo se oía el eco de la música a lo lejos. Ignoraba cuánto tiempo había pasado. Todavía era de noche. Escupió. El sabor a sangre reemplazó el sabor a vómito con que había salido de la fiesta. Sentía que su cabeza zumbaba y cuando consiguió enfocar la mirada vio un débil destello de luz: a menos de dos metros había una vela encendida junto a unos cuantos objetos que tardó en reconocer como su dinero, su celular y sus zapatos. Leo se sorprendió con la imagen

del pequeño altar, y cuando reunió fuerzas para sentarse en el suelo, encontró a su lado los cuerpos inertes.

-¡Nelson!- gritó con una punzada en el pecho. Apoyó en el suelo las manos magulladas, las rodillas ardientes y, hecho un solo dolor, se arrastró hasta el cuerpo más cercano. En la ruta tomó sus cosas, se puso los zapatos conforme avanzaba y guardó los demás objetos en sus bolsillos.

Miró al hombre que estaba boca arriba. En su mano retorcida tenía un puñal que parecía una masa de papel aluminio.

El aire se escapó de sus pulmones ante la escena. Se olvidó por un instante de su dolor, retrocedió hasta tropezar con un objeto grande y pesado. Era un segundo cuerpo. Pertenecía al asaltante que se veía de mayor edad, el que cargaba el revólver. Era enorme, negro. Estaba de lado, se quejaba. Rengueando y aún con el dolor punzante en su cabeza, Leo se dirigió al tercer cuerpo, rogando por qué no fuera Nelson.

Estaba más lejos que los demás, arrinconado entre basura y restos de tarros de plástico. Jadeaba. Tenía un gesto de terror en el rostro y una línea de sangre mezclada con saliva que caía de su boca hasta la camisa. Era el muchacho delgado y pequeño.

Fuerzas de la naturaleza.

Sin entender lo sucedido, Leo echó un desesperado vistazo a su alrededor. Buscaba a Nelson en medio de la oscuridad. Escuchó un ruido en un extremo del callejón. Casi a dos

cuadras de distancia la puerta del salón de la fiesta se abrió y de ella salió un estruendo musical muy diferente de los sonidos de los Elvis y las Pelvis. Dos hombres salieron con cajas en sus brazos, seguidos por un tercero que se les adelantó y abrió la bodega de uno de los camiones.

Un relámpago iluminó el callejón y los rostros con muecas de espanto que permanecían dispersos. La lluvia era inminente. Un segundo relámpago permitió que Leo viera lo que había en las esquinas oscuras, donde la luz del poste no llegaba. Un cuarto, un quinto, un décimo le sirvieron para asegurarse de que Nelson no se encontraba ahí.

¿Qué les diría a los hombres del camión, qué Nelson redujo a tres asaltantes armados y luego desapareció? Todo lo que rodeaba a Nelson, incluso esto, parecía una locura. Leo ya lo sabía, nadie le iba a creer. Les dio la espalda a los hombres que permanecían en el suelo, adolorido, cojeando, con la camisa manchada de vómito y de sangre, a cuarenta minutos de camino a casa, confundido, inició la caminata nocturna en medio de un torrencial aguacero que se desató sin anunciar.

El niño pequeño.

El mar.

El cielo era de color naranja pastel, sin nubes. Leo escuchó algunos graznidos a lo lejos y vio a tres niñas acompañadas por una mujer, que cruzaban la calle bajo un letrero de marco verde con letras en un idioma desconocido. Todo parecía moverse despacio, a un ritmo casi irreal.

La puerta de la gran casa que había al otro lado de la calle se abrió apenas un poco. De ella se asomó un niño rubio, con corte de hongo, un lunar en la mejilla y enormes ojos color esmeralda. Echó un vistazo a lado y lado y corrió hacia la esquina. Por la calle pasaban carros en cuatro carriles y del otro lado, el niño se fijó en el muelle del mar. Miró hacia el sol que se marchaba por el horizonte y recogía despacio sus rayos, como si se trataran de tentáculos de luz que pesaran toneladas y le abrieran el paso a la oscuridad. Aceleró el paso. Cruzó la calle con precaución y al llegar al otro lado apresuró su paso y se lanzó de cabeza al agua, donde jugaban otros niños.

El ruido de un trueno que hizo vibrar el vidrio de la ventana despertó a Leo, que se dio cuenta de que estaba en su cama. Sin moverse y con los ojos puestos en el techo, repasó el sueño una vez más. Odió que esa fuera la mañana del lunes y que tuviera que levantarse para ir a clases. Conservaba en el cuerpo algunos rastros del asalto del fin de semana y sintió un profundo fastidio al caer en cuenta de que sería el tema de burlas por lo sucedido en la fiesta.

Arrastró sus pies hasta el baño. Con desgano abrió la llave del agua fría y dejó que un fuerte chorro cayera sobre su negra cabellera. En su cabeza volvió la imagen del niño del sueño: era alegre, con cara de travieso. No tardó en confirmar que era Nelson: esos ojos no mentían. Leo llegó al liceo y en su cabeza se formó la idea de buscar a Nelson sin saber por qué ni para qué.

Al comenzar la segunda hora de clase pidió permiso para salir al baño y tomó un desvío por el corredor. Avanzó sin pensarlo hasta llegar a la piscina del coliseo cubierto y se sentó en un lugar de la gradería. Esperó encontrarse a Nelson por ahí pese a que el lugar estaba solo. Podía escuchar el bullicio distante de los salones.

La quietud azul de la piscina le ayudó a concentrarse en sus pensamientos. Leo repasó una vez más el sueño y el asalto, la imagen del Nelson que retó a los ladrones y del niño que escapó de su casa para irse a nadar en el mar. De pronto descubrió una figura estática en el fondo del agua.

Sacó el Ipod de su bolsillo y buscó en el dial una emisora universitaria. Se detuvo en Poker Face. Al terminar Underworld continuó con Born Slippy Nuxx.

Cuando menos lo pensó, estaba moviendo la cabeza al ritmo de la canción. Su cabeza estaba más despejada cuando volvió a mirar la forma que estaba en el fondo de la piscina. Pensó que se trataba de un morral y sintió compasión por la pobre víctima. Miró hacia el cuarto de tratamiento de la piscina, se le ocurrió traer la varilla limpiadora para rescatarlo y, cuando se paró, el agua se agitó con fuerza. Leo se concentró en la figura que ahora nadaba con ligereza en el fondo y, como si estuviera acostumbrado a verla,

reconoció en ella la forma de un cuerpo humano. Se concentró en la contemplación del agua que parecía abrirse paso entre las brazadas y el tronco que se deslizaba. El nadador iba de un lado a otro sin detenerse.

Leo fue hasta uno de los bordes de la piscina y se sentó sobre el punto de clavado. Cuando el nadador llegó hasta ese lugar se detuvo y emergió despacio. Leo supo de quién era la cabellera dorada y los ojos esmeralda que lo miraban desde el fondo. Nelson se aferró al borde de la piscina sin dejar de mirar a Leo.

Leo reconoció algo familiar en la mano pálida que se asomaba del agua y sin pensarlo la tocó con dos de sus dedos. La sintió fría y resbalosa, como en su sueño. Entonces recordó lo que vino después. Retrocedió.

-¿Me quiere decir algo?- preguntó Nelson con determinación. A Leo le pareció extraño que su voz no estuviera agitada después del ejercicio.

-¡Uff! ¿Cuánto tiempo duraste ahí?

-Digo, ¿lo puedo ayudar con algo?- preguntó Nelson.

-Perdón. Me impresioné con lo que hiciste. Creo que necesitamos hablar... Te quería dar las gracias por lo del callejón, pero no pensé que te encontraría aquí. Ni sé cómo llegué hasta vos. Estoy confundido por todo, en especial por lo que pasó en el asalto. Tengo preguntas y creo que lo mejor es hacértelas a vos, ya que tienen que ver con...

Nelson se sumergió y cuando Leo esperó que se dirigiera a los escalones para salir, surgió del agua en el mismo lugar por dónde se había asomado. Apoyó las manos en el borde y saltó de un solo impulso fuera de la piscina.

Llevaba un traje de baño negro que sólo le dejaba los brazos, los pies y la cabeza al descubierto.

-¡Tenés un Speedo L. Z. R. racer!- exclamó Leo con asombro. Nelson se sentó a su lado. Apoyó sus codos en los muslos, su mentón en los nudillos y fijó su atención en Leo. Sonrió con prepotencia.

-Me imagino que está que me cuenta el sueño... -dijo.

-“¿Cómo lo supo?”- pensó Leo. Comenzaba a aceptar las sorpresas extrañas en su interacción con Nelson. Leo se sintió intimidado cuando fue apuntado por esos ojos felinos y disimulando el titubeo en su voz relató el sueño.

-¿Era un niño y corría hacia el mar?- preguntó Nelson cuando Leo terminó la narración.

-Sí. Un niño monito como vos. Hasta tenía ese lunar en el mismo lugar.

-¿Seguro de que era el mar? ¿Corría?- preguntó Nelson, extraviando su mirada en el agua.

-Seguro. Bueno, era sólo un sueño... No era para tanto ¿o sí?

Nelson volvió a mirar a Leo y respondió:

-¿Y no recuerda en qué idioma estaba escrito el letrero?

-Creo que en inglés, o alguno parecido. No me detuve en el...

Nelson apenas apretó sus labios. Leo le miró el gesto en la boca con un gesto de extrañeza y Nelson se levantó. Caminó con paso firme hasta la puerta del coliseo, sin decir nada.

Cicatrices.

-¿Vas a ir a la presentación de Mauro Pistacchio?- preguntó Gabriel, quitándose la camisa en el vestier.

-¿A cuál presentación? ¿De qué me hablás? ¿Qué canta ese man?- preguntó Leo mientras guardaba su ropa en el casillero.

-Baboso, no es un cantante. Es el discjockey de moda en Ibiza.

-No, hermano, ni idea.

Ya eran pocas las cosas que atrapaban la atención de Leo que no tuvieran relación con Nelson. Lo intrigaba el hecho de que todos sus encuentros tuvieran algo en común: lo inexplicable. Por un momento se sintió estúpido al creer que Nelson tenía una suerte de habilidad sobrenatural que lo hacía ser más que un simple humano y, luego de pensarlo bien, decidió no pensar más en ello. Sintió miedo y una enorme curiosidad por encontrar la respuesta a esa inquietud.

Gabriel guardó su ropa en el casillero y luego de cerrar la puerta se volteó hacia Leo.

-Nos vemos en la piscina- dijo, saliendo del vestier. Leo se detuvo en las marcas de su torso y espalda, y viéndolas se distrajo de su pensamiento. Lo que comenzó como una simple observación lo llevó a recordar aquellos días cuando era niño y estaba con Gabriel en la hacienda de su papá. Ambos jugaban a los detectives. Según Gabriel, en el taller que estaba en la parte de atrás alguna vez había visto varios muertos envueltos en bolsas negras de plástico.

A los dos les pareció buena idea investigar este hecho y entraron con cautela en ese terreno desconocido que los padres de Gabriel les habían prohibido visitar. Entre fierros retorcidos, herramientas, muebles viejos, madera amontonada, calderos, electrodomésticos averiados y cajas metálicas avanzaron hasta llegar al lugar indicado por Gabriel. Frente a ellos, en la pared, encontraron la puerta de un horno.

Gabriel tomó una pala y luego de varios intentos y de un golpe seco consiguió abrir la puerta cubierta de hollín. Los niños se asomaron al interior y lo encontraron vacío.

Gabriel le apostó a Leo a que no era capaz de meterse al horno y tocar el extremo opuesto a la puerta. Leo aceptó el reto y entró. Avanzó despacio, enterrando sus pies en cenizas que cubrían sus zapatos, llenando sus pulmones de un olor a plástico, a hierbas, a carne quemada, a químicos. Le faltaba el aire y se detuvo. Miró hacia atrás y se encontró con Gabriel, que apoyaba las manos en el marco de la puerta. De pronto vio como su amigo la cerraba entre risas.

Leo se devolvió a toda prisa. Sus pulmones se cerraron un poco más en medio de la carrera. A un par de metros de la puerta se tropezó con algo duro y alargado que se atascó en su zapato. Cayó de lado sobre el colchón de cenizas con las manos estiradas hacia las rendijas de la puerta, por donde Gabriel se asomaba y reía.

Se palpó los bolsillos en busca del inhalador y luego de recordar que lo había dejado en su maletín decidió levantarse y avanzar hasta la puerta.

Suplicó a Gabriel que lo dejara salir, pero en cambio su amigo tomó un palo de escoba del suelo y comenzó a golpear la puerta. Leo se dejó caer contra la rendija, sin aliento y, al notarlo, Gabriel se detuvo. Después del golpeteo se escuchó una suerte de gruñido. Leo inclinó un poco su cabeza, se asomó por la rendija y vio detrás de Gabriel a un fornido rottweiler que gruñía. De su boca se escapaba una espesa saliva que caía al suelo.

Gabriel miró en dirección del ruido. Levantó su mano temblorosa hasta la puerta del horno y trató de abrirla sin éxito. Buscó la pala con su mirada y después de ver que estaba entre las patas del perro, pegó su cuerpo a la puerta, introdujo sus brazos por la rendija y se aferró a Leo.

Lo que vino después Leo lo recordó a través de imágenes tan entrecortadas como su aliento: los gritos de Gabriel, los rugidos del perro, Gabriel sujetando a Leo con fuerza mientras el perro lo mordía por la espalda y lo zarandeaba contra la puerta, la sangre escurriéndose por los brazos de Gabriel, que cada vez gritaba con menos fuerza. Fueron segundos o minutos eternos. Después vinieron los dos disparos, Gabriel se deslizó hasta el suelo, el grito de angustia de su mamá, los insultos del papá. Leo sacó sus manos

tiznadas por la rendija. La puerta se abrió. El regreso a la luz. Mucho ruido. Ordenes del papá. Un enorme charco de sangre alrededor del perro sin vida. ¿Dónde había quedado el cuerpo de Gabriel? Llanto de la mamá. Uno de los peones sacó a Leo en sus brazos.

El proceso de recuperación de ambos fue largo. El de Gabriel lo fue más, y además doloroso. Después de que Leo recibiera un tratamiento para su asma se dedicó a estar junto a su amigo, salvo en aquellas temporadas cuando Gabriel era llevado a la capital o al extranjero y le practicaban alguna cirugía en la columna y en las piernas. Gabriel terminó el año escolar en casa, a distancia. El liceo lo permitió. Le asignaron una profesora sustituta y Leo le ayudó con sus tareas. Después de ese evento entre los dos se estableció un pacto sin palabras: Leo no diría nada del horno de la hacienda y Gabriel aceptaría a Leo como su hermano sin condiciones.

De nuevo en el vestier del liceo, Leo sacudió su cabeza y se detuvo en las cicatrices de Gabriel que se extendían por los costados.

-Tierra llamando a Leo, el cazavampiros de los baños. ¿Qué te pasó?- preguntó Gabriel, parado bajo el marco de la puerta, con su cuerpo mojado y el gorro de natación en la cabeza. Y agregó: -. No, viejo, con esa cara que tenés ¿para qué güevas?

Leo sonrió.

-Ah, veo, esa cara de pendejo no es por el hippie pulgoso. No te preocupés, son sólo cicatrices y te recuerdo que...- Gabriel se aclaró la garganta, se llevó una mano al pecho, otra al aire y, adoptando un tono de voz fingido, canturreó: -*“Las cicatrices son como los*

mapas: nos indican de dónde venimos, qué nos pasó y nos ayudan a encontrar el lugar al que pertenecemos.”

-“Cada uno tiene su mapa de cicatrices, su propia ruta que vivir”, dice el filósofo contemporáneo Gabriel Antonio Gómez Urrea- terminó de corear Leo –Y que se cuide Ricardo Arjona porque le llegó su competencia- agregó.

Ansiedad.

La Caverna.

Durante las siguientes semanas Leo se ocupó en recuperar su vida y sus preocupaciones anteriores a Nelson, y cuando creyó que había logrado olvidarse de todo lo extraño que lo rodeaba, soñó de nuevo con él.

Esta vez una mujer de cabellos dorados, ojos verdes y piel curtida por el sol subía con el pequeño niño de la mano por unas escaleras de caracol que terminaban en una puerta de madera, en lo más alto de la casa. El niño dejaba un rastro de agua a su paso. Las paredes amarillo pastel se fueron oscureciendo conforme madre e hijo se acercaban a la puerta. La mujer introdujo una llave en la cerradura, la giró con brusquedad y de un golpe abrió la puerta. Tiró del brazo del niño y lo empujó hacia el interior. El pequeño Nelson quedó rodeado de cajas, viejos muebles y objetos envueltos en papel, en medio de un ático empolvado. La mujer cerró de un portazo.

El niño corrió hasta la puerta y la golpeó varias veces. Dio patadas, gritó y entonces se detuvo. Miró en dirección a una ventanita que estaba del otro lado y caminó hacia ella. Se asomó, vio la autopista que estaba en la esquina de su casa y, más allá, el mar.

Condiciones.

Algunas horas después del sueño, en mitad del descanso Gabriel se acercó a Leo y le anunció:

-Ya conseguí las boletas para ver Mauro Pistacchio ¿Te doy la tuya de una vez o la guardo para el viernes antes de entrar?

-No estarás hablando en serio.

-Te lo juro. Ya tengo las boletas para que vamos.

-Ve, en serio, no voy a ir, no me interesa. Ni si quiera sé quién es ese tal Mauro Picachu ni qué canta.

-¡Carajo, que es un discjockey de Ibiza muy reconocido a nivel mundial! ¡Que no canta! Vas a ver que ese man es un duro. Quién quita que allá caiga tu querido hippie roñoso y se dé la oportunidad para que hablen. Eso sí, no te vayas a vomitar como en la fiesta.

Leo le hizo una mueca a Gabriel.

-Última oportunidad- dijo Gabriel, enseñando dos boletas que sacó del bolsillo de su camisa -.¿Venís o no?

Leo negó con la cabeza.

-Mejor andá con uno de tus levantes de sexto, dejame quieto- dijo.

Gabriel se guardó las boletas en el bolsillo y se marchó detrás de una muchacha de octavo que pasaba por el corredor. Al quedarse solo, Leo fijó su mirada a la pantalla de su celular. Hundió una tecla y vio la hora. Una sombra se ubicó frente a él y, cuando levantó la cabeza para reclamar un poco de luz, vio que se trataba de Nelson.

-¿Qué?- preguntó prevenido, casi retrocediendo en su silla.

-Lo sé. Tuvo otro sueño conmigo.

Leo rió, rompiendo la tensión que le había causado el encuentro sorpresivo:

-Mirá, Gabriel está buscando compañía para ver a Mauro Pintuco. ¿Por qué no usás tus poderes telepáticos y le presentas una niña para que lo acompañe?

Nelson arqueó las cejas y, sentándose en el asiento que estaba junto al de Leo, preguntó:

-¿Qué pasó esta vez?

-¿No te alcanza la señal de tu telepatía para saber?- preguntó Leo. Observó el rostro de Nelson por un momento y, después de considerar si cedía o no a su petición, terminó por relatar el sueño. Le resultaba placentero ver esa cara llena de un auténtico interés contenido. Nelson se llevó a los labios una botella con agua y tomó varios sorbos, sin apartar sus ojos de Leo.

-Sí, era la misma calle que parecía autopista y el mismo mar del otro sueño.

Nelson hizo un ademán con la mano, indicándole a Leo que continuara.

-Ya. Eso fue todo.

-¿Eso fue todo?- dijo Nelson. Apoyó sus manos en las rodillas y miró hacia el suelo.

-Sí, fue corto... Me voy antes de que me echés- dijo Leo levantándose de su asiento. Nelson lo detuvo, sujetándolo de la muñeca.

-Espero poder confiar en usted. Algún día.

Leo lo miró con extrañeza, tiró de su mano y consiguió liberarse. Caminó hasta la puerta del salón y, al sentir de nuevo la presencia de Nelson muy cerca, se volteó. Ambos quedaron cara a cara.

-Lo buscaré si vuelve a soñar algo parecido- dijo Nelson con frialdad en su voz, casi alcanzando su habitual tono prepotente.

Leo sonrió al reconocer un dejo de amargura en las palabras de Nelson.

-Está bien. Pero por favor no me asustés. Avisá antes de aparecerte como lo hacés.

Nelson y Leo sonrieron.

El reflejo en el agua o el sueño del martes.

Era una tarde casi en sepia y Nelson corría por calles pavimentadas esquivando algunos transeúntes que se hacían a un lado al advertir su cercanía. Esta vez el niño Nelson del sueño de Leo era un poco más grande que en los sueños anteriores. Nelson cruzó la

carretera y se dirigió a un bosque. Al internarse, sin dejar de correr se despojó de su morral y su camiseta. Entre saltos salió de sus pantalones, sus medias y sus zapatos. Se detuvo justo en el borde del muelle. Inclino la cabeza hacia adelante y vio su rostro reflejado en la superficie del agua. Dibujó una sonrisa, como si saludara al que se asomaba desde el agua. Dio un paso al frente.

La lluvia o el sueño del viernes.

Un muchacho que tenía el torso sobre el agua levantó sus manos con las palmas hacia arriba y capturó en ellas algunas gotas gruesas de lluvia. Después de esto, él, otro muchacho y tres chicas corrieron hasta la playa, recogieron sus objetos mientras el aguacero arreciaba y buscaron refugio en una casa del muelle vecino.

La lluvia y la niebla se apoderaron del lugar y, a pesar de ello, Nelson permaneció inmóvil con sus enormes pupilas de color verde esmeralda contemplando el panorama, y su cabeza en dirección al horizonte del mar.

Leo abrió los ojos en su cama con la imagen de esas esmeraldas asomándose entre la maraña de pelo que caía sobre la cara de Nelson. Esa mañana sintió como si las conociera desde siempre.

Reconocimiento.

La playa era de arena gris, fina, brillante. Amplia. Cubría una bahía enmarcada por un entorno natural de matorrales, icacos, guandales, palmas, líquenes, musgos, manglares y rocas de gran tamaño. Estaba situada a dos kilómetros de la ciudad. En la carretera que la conectaba con la ciudad había algunos paradores de comida típica, algunas fincas, unidades de casas y un centro comercial cuyos precios doblaban a los de la ciudad.

La humedad era intensa. Aún así, la brisa que traían las olas se encargaba de refrescar el lugar por las tardes. Y en un extremo, casi llegando a un bosquecillo, apartado de los pequeños puestos donde alquilaban equipos de buceo, restaurantes, un mini mercado, ventas de gafas, pelotas, recuerdos y estelas de artesanos estaba el kiosco bar de Gloria Dinamita.

Gloría María Lobato era una enérgica morena de un metro setenta y ocho de estatura, ex jugadora de la liga local de baloncesto y ganadora de cuanto reinado de barrio hubiese cada año en la ciudad.

Con una modesta herencia que le dejó su papá había comprado el pequeño kiosco. Nadie sabía de su vida privada, salvo que tenía veinte siete años y ahora vivía feliz y entregada a su negocio, que atendía personalmente, y que disfrutaba de su cercanía con el mar.

Como Gabriel, de gafas oscuras, no paraba de hablar del discjockey y su presentación de la noche anterior, entre los tres amigos decidieron que él fuera por las cervezas. Leo jugaba con algunas gotas de sus cervezas anteriores, que se habían escurrido sobre la

mesa, y pensaba en los ojos esmeralda del sueño, mientras Iván y Nicolás hablaban del partido más reciente del liceo.

Gabriel regresó con dos botellas en cada mano. Dejó una frente a cada amigo y parodió con voz fingida:

-*Cuidadito con manejar borracho el carro de su papá*... Mamasota. Ojalá un día de estos me dijera "hola guapo, salgo a las once de la noche".

Leo levantó su cerveza y dijo en voz alta:

-Brindemos por Gloria Dinamita... Porque sin ella a ninguno de nosotros tres nos venderían cervezas.

-Ni cigarrillos...- agregó Nicolás.

Los cuatro levantaron sus botellas y las chocaron entre sí. Gloria levantó la mano desde la barra y les sonrió. Leo, Gabriel, Nicolás e Iván tomaron un sorbo largo terminado en eructos y carcajadas. Las botellas chocaron esta vez contra la superficie de la mesa y Gabriel se dio a hablar de las maravillas que el discjockey había hecho con sus equipos.

Leo se adelantó a recuperar su botella y pasó otro par de sorbos mientras fingía que escuchaba. Gabriel entusiasmado continuó con su relato, cuando Leo extravió su atención y vio que Nelson lo miraba desde el otro lado de la zona de las mesas, casi en el borde que limitaba con el parqueadero.

Ya era de noche y las luces de los postes, de los carros, del anuncio del mini mercado y de las vitrinas iluminaban a los jóvenes que se encontraban reunidos entre la música que, atropellada, salía de las bodegas abiertas de los carros estacionados. Leo temió que si no respondía al llamado, Nelson no lo dejaría tranquilo. Se paró de un brinco y avanzó entre las mesas hasta llegar a donde estaba Nelson.

-¿Entonces?- saludó Leo, manteniéndose distante.

-¿Qué me tiene que decir?

Leo miró a su alrededor y preguntó:

-¿Quiénes son esas personas de los sueños? ¿Tienen algo que ver con vos?

Nelson se cruzó de brazos y apretó los dientes, lo que marcó los huesos de las mejillas.

-No sé de quién me habla.

-De los muchachos... Unos muchachos que nadaban con vos, o más bien, que nadaban con el niño que se parecía a vos en mis sueños- respondió Leo.

Nelson buscó con la mirada un par de sillas cercanas. Se sentó en la más cercana y con su mano abierta enseñó una silla libre a Leo.

Leo se sentó y narró los sueños de la semana, deteniéndose en el último.

-Tengo la sensación de haberte visto antes. No sé de dónde, pero he visto esos ojos en algún lugar. Y no sólo te hablo de los sueños, sino de otra parte.

-Apuesto a que no. Vengo de un lugar muy distante y tampoco creo que usted se haya pasado antes por ahí.

Bienvenido.

En este encuentro Leo notó el esfuerzo de Nelson por contener sus emociones. Se dio cuenta por los labios, que apretaba con fuerza, y por la mirada, que mantenía en un punto fijo en el suelo. Leo sabía que Nelson buscaba algo en esos sueños y que para él eran importantes.

-¿Por qué te interesan tanto estos sueños?

Nelson miró a Leo. Sus ojos eran cristalinos, casi animales, penetrantes. Leo sintió que podía ver su alma directamente y se detuvo en silencio a explorar ese contenido que apenas podía percibir, más no descomponer en elementos ni en ideas. Y así Leo vio como un par de lágrimas se escaparon de los ojos de Nelson, que, avergonzado, inclinó su cabeza y respondió:

-No sé.

-Tampoco sé por qué sueño con vos. Y no me gusta. Si supiera algo más, te lo diría- confesó Leo sin mover un músculo. Nelson se enjuagó las lágrimas con la manga. Se levantó y con algo de titubeo estiró su mano hacia Leo.

-Vení, tomate algo con nosotros- propuso Leo. Entre el bullicio de las mesas se escuchó una botella quebrarse.

- ¡Leo! ¡Parce! ¡Se quebró su cerveza!- gritó Gabriel desde la mesa, entre las carcajadas del grupo.

Pero Leo seguía con la atención puesta en Nelson. Un par de minutos después llevó a Nelson hasta la mesa donde sus amigos debatían sobre las curvas de Gloria, que se alejaba de ellos con los restos de la botella en el recogedor.

Leo dejó caer un billete sobre la mesa y dijo:

-Gabo, calláte y andá por una fría para mi amigo.

Gabriel, Iván y Nicolás miraron a Nelson, quien de nuevo tenía la mirada perdida, esta vez el contoneo de caderas de Gloria.

Delirio.

El llamado.

Después de la siesta, Leo fue hasta la playa donde quedó en encontrarse con sus amigos.

Sentado sobre la arena de la playa, Leo fijó su mirada en el mar. Introdujo sus pies en la arena, movió sus dedos y luego los enterró un poco más. Un hombre con una tabla forrada en lona negra y varios collares colgados con alfileres sobre el improvisado mostrador se acercó a Leo y le enseñó su mercancía. Leo lo ignoró y se fijó esta vez un par de muchachos que daban vueltas en sus jet ski, lejos de los bañistas.

Gabriel, Iván, Nicolás y unas amigas de ellos jugaban con un frisby que varias veces cayó a pocos centímetros de Leo.

-¿Estás bien?- preguntó Gabriel al pasar por el lado de Leo mientras recuperaba el disco. Leo asintió con la cabeza.

-Vení a jugar...

-Ahora voy.

Gabriel lanzó el disco a una de las muchachas y se quedó de pie, junto a Leo.

-¿Qué te pasa? ¿Te estás volviendo emo? ¿Te traigo una cuchilla para que te cortés?... dale, vení a jugar.

-No es nada, de verdad. Sólo necesito descansar, me duele la cabeza por las cervezas de anoche.

-Entonces es vejez lo que tenés, ¡jachaques!- señaló Gabriel- con razón te vomitás en las fiestas...

Leo lanzó un puño a la pantorrilla izquierda de su amigo y mientras este se sobaba agregó; -estás pegando duro...

-¿No ibas hoy a visitar a tu papá?- preguntó Leo.

-Al final mi mamá no quiso ir. Estaba maluca. Creo que aprovecharon mis tías para ir. Bueno, te espero- dijo. Gabriel regresó al juego y Leo a su contemplación del agua. Resopló. Por un momento creyó que el aire le faltaba. Se puso los audífonos para espantar un poco el ruido.

Quien nos guía hacia el abismo/ sabe que quiero/ sabe que busco el abismo/

Leo escuchó y se vio a sí mismo en el borde del barranco de cara a un vacío sin fondo. Tuvo la extraña certeza de que si seguía acercándose al misterio que buscaba en Nelson, este lo conduciría hasta el fondo de una garganta oscura.

Apagó su Ipod y lo tiró hacia su maletín. Regresó su atención al agua. Esta vez la encontró diferente. Se agitaba con lentitud como si fuera el abdomen de un animal que dormitaba echado boca arriba.

Frotó sus manos alrededor del cuello, el calor pareció aumentar de un segundo a otro. Resopló y tosió con sequedad. Incluyó, facilitando la dirección de varias gotas de sudor que se apresuraron a caer desde su frente. Se enjugó la cara con una servilleta que encontró en el bolsillo de su pantalón. Cerró su puño atrapando el papel y el sudor entre sus dedos. Dejó que sus sentidos se extraviaran de nuevo en el agua. Pudo oler en ella un aroma orgánico que iba más allá del penetrante olor a sal y a vapor. Reconoció en ella un color, un sabor, un movimiento que lo sedujo, un anhelo de algo incierto que necesitaba.

Se quitó el pantalón, las medias y la camisa con afán. Dejó caer la servilleta húmeda de su mano, caminó por la playa, se introdujo al mar y cuando el agua llegó hasta su cintura, clavó hacia adelante.

Leo reconoció en sus sentidos que eso era lo que necesitaba desde hacía mucho tiempo. Con sus ojos cerrados y rotando su cuerpo se sumergió en aquella plenitud. Nadó hacia lo profundo, hacia el silencio. Dejó atrás a sus amigos, a los bañistas, al sol. Tras tocar el fondo con sus manos palpó la arena, se cruzó de piernas y se sentó ahí. Su cabeza estaba en blanco, sólo era él y las sensaciones de su cuerpo. Abrió los ojos y tomó una profunda aspiración de agua por su boca.

La realidad de su cuerpo no lo perdonó. Con desespero se apoyó en el suelo y se impulsó hacia la superficie, el agua que había tragado no tardó en inmovilizarlo y cuando las fuerzas lo abandonaron, justo antes de que sus párpados cayeran sobre sus ojos, vio como un cuerpo bajo el agua se dirigía hacia él.

Leo sintió como un brazo lo sujetó por el tronco y lo arrastró a gran velocidad por debajo del agua, en dirección incierta. Luego hubo un torbellino que hizo girar su cuerpo con brusquedad, sintió desprenderse, mucho ruido y un golpe seco contra algo duro.

Cuando Leo abrió los ojos se encontró de cara a la copa de un árbol con frutos rojos. Sintió sus labios adormecidos y su piel relajada. Intentó levantarse pero una mano sobre su pecho lo obligó a permanecer en su lugar. Miró a su lado y se encontró con Nelson Rey vestido con su traje de baño Speedo. Nelson miraba el agua y Leo se fijó en el color que tomaron sus ojos. Pasaron de ser verde esmeralda a un verde aguamarina. A Leo le pareció que entre los ojos de Nelson y el mar había una comunión especial. La contemplación de Leo se disipó en aquella imagen que Nelson dio por terminada después de regresar su atención a él.

A Leo le pareció que Nelson pensaba en algo más en ese instante. Leo lamentó que la mirada de Nelson abandonara el mar después de verla perdida en el agua, en algunos recuerdos, en contenidos íntimos, profundos, sumergidos, azules.

El Rescate.

-¿Ya se siente mejor?

Leo asintió y se sentó despacio. Todo lo que a su alrededor se movió más lento de lo habitual recuperó su ritmo y el mar había vuelto a ser agua azul y salada. El sol que

entraba por los vacíos en la copa del árbol lo golpeó en la piel, más en el rostro y lo obligó a voltear para encontrarse con Nelson, que lo miraba.

-Si cierra los ojos por un rato más y se relaja, podrá volver a la tierra con más calma.

Leo cedió a las palabras de Nelson. Regresó su espalda y su cabeza al suelo, cerró los ojos y se concentró en recuperar el aire que sentía ausente en su pecho. Aire. Se cuestionó, hace algunos minutos anhelaba agua.

-¿En qué pensaba cuando se tiró al agua?- preguntó Nelson minutos después.

-En nada- respondió Leo con debilidad en su voz, abriendo los ojos.

-No me puede mentir. No en esto.

-Sólo lo hice.

-No me engaña. Lo tuve que reanimar. Tenía agua en los pulmones y hasta dónde sé, usted sabe nadar.

-Tenés razón, no miento. Sólo lo sentí y lo hice. Fue como si algo en el agua me llamara.

Leo se fijó en la inexpresiva cara de Nelson. Con cierta intuición leía esa ausencia de gesto como una señal de algo que Nelson quería ocultar.

-¿Y seguro vos no sabés qué pasó? yo comienzo a recordar algunas sensaciones...- respondió Leo mientras se sentaba.

Nelson le preguntó por esas sensaciones. Leo sonrió con un discreto aire de victoria. Tenía la atención de Nelson y sabía que a través de ella le podía sacar la información que quería: ¿Por qué le resultaba familiar Nelson Rey?

-¿Para qué querés saberlo? no creo que haya sido realmente importante...- agregó Leo con desdén.

-Casi se ahoga, ¿eso no es importante?- intervino Nelson antes de mirar al mar. De nuevo sus ojos se tornaron en verde aguamarina y una tenue sonrisa se dibujó en su boca -Será mejor que regrese a la playa, sus amigos deben estar preocupados.

Nelson se levantó y dio media vuelta hacia un sendero que se abría entre los árboles.

-¡Hey!- pronunció Leo, provocando que Nelson se detuviera y volteara hacia él.

-Vení, es que me gustaría que hablemos de esa vez que te vi cantando en el baño, de mi desmayo en la biblioteca, de la ayuda que le diste a Óscar, de lo que sucedió en el asalto, de tu larga permanencia bajo la piscina del liceo, de esto que acabó de pasar. Al menos respondeme ¿por qué me salvás? Podré tener cara de idiota, pero no soy güevón y no me voy de aquí sin que me des una respuesta.

El rostro de Nelson palideció. Se llevó una mano sobre la frente para hacerse sombra a los ojos, apretó los labios, respondió: -desde un principio supe que con usted sería diferente. Yo también tengo preguntas aquí, por ahora sólo le diré que no soy lo que usted piensa.

-Decime algo que no sepa ¡No sé nada de vos!

-No soy como los demás.

Invitado.

El sol se había tornado en un anaranjado opaco y la brisa cada vez era más fría. Los bañistas recogían sus cosas de la playa, los establecimientos y el kiosco de Gloria prendían las luces mientras Leo y Nelson regresaban a la playa. Gabriel y los demás, junto a un par de salvavidas recibieron a Leo con toda clase de preguntas y reclamos.

-Estaba con Nelson en la playa que está al otro lado del bosquecito- señaló Leo antes de recibir un coscorrón por parte de Gabriel.

-Idiota, hubieras avisado ¡Todos te vimos entrar al mar y nada que salías!- agregó el ofuscado amigo.

-¿No está muy grande como para hacer estas bromas?- dijo uno de los rescatistas.

-Está bien. Sólo nadábamos. La culpa fue mía. Le estaba enseñando algunos ejercicios de apnea- intervino Nelson.

Gabriel se disculpó con los salvavidas por el malentendido y les agradeció por su colaboración. Nelson se despidió y cuando se unía los hombres que se marchaban, Leo le dijo:

-Nelson, quedate que esto se compone.

Ahogado.

Gabriel, Iván y Nicolás, cada uno abrazaba a una chica. Las parejas estaban distribuidas en la playa, cerca al kiosco de Gloria, a una distancia prudente la una de la otra. En la barra, Nelson reclamaba un plato con limones y sal.

Gloria le entregó el pedido. Nelson le sonrió. Ella deslizó su dedo índice sobre la mano de él cuando recibió el plato que luego llevó hasta una mesa donde Leo lo esperaba.

-¿Está bien?- preguntó Nelson acercando el plato al centro de la mesa.

-Perfecto ¿Y vos?

-Normal.

Leo bogó de su copa y le preguntó a Nelson tan pronto se sentó: - Entonces ¿qué opinas del liceo?

-Me gusta. Cómodo.

-Bueno, y en comparación al colegio dónde estudiaste antes ¿qué opinas de la gente del liceo?

-No he tratado a muchas personas, para serle sincero. Por lo poco que he visto, son personas agradables.

-¿Y en la ciudad como te han tratado?

-Cada vez mejor- respondió Nelson mirando a Gloria, quien a su vez lo miraba mientras pasaba un trapo sobre la barra.

-Cuando dijiste que conmigo sería diferente ¿qué quisiste decir?- preguntó Leo.

-Nada del otro mundo... no lo diré.

-Lo harás, porque mientras la mujer maravilla tiene el lazo de la verdad, yo tengo el tequila para hacerte hablar y ya llevás varias copas como para soltarme esa info.

Los cristales chocaron en el aire, ambos chuparon un cuarto de limón con sal y bebieron. Unas cuantas copas más tarde Leo ya había relatado cuánto estimaba a Gabriel, su historia de amor con Sofía y su abrupto final.

Leo tomó un poco de agua para pasar el sabor del último trago y respondió:

-...Desde que terminamos no para de mandarme mensajes pidiéndome sus regalos de vuelta. Yo se los mandé con Gabriel, pero él no se los entrega. Ahora estoy tragado, pero no de ella.

-¿De mi compañero?

-Sí, un tipo de tu salón, Pedro.

-El que parece hippie. He visto como lo mira.

Leo, entre risas respondió: -el mismo ¡Salud por el hippie roñoso que no sabe que existo!-

Nelson se unió al brindis y después Leo continuó: -En otras noticias, he pensado que nos

conocemos desde antes. Creo que te conozco de mi infancia, no sé... Llegué a pensar que vivimos en la misma calle, que fuimos al mismo jardín.

-No lo creo. Yo acabo de llegar hace pocos meses a esta ciudad- respondió Nelson antes de tomar de su copa, sin pasar antes un poco de limón con sal.

-¿No me pensás decir nada? Mirá que primero me prendí que vos... pareciera que el tequila no te hace nada.

-Está bien, se lo ganó. También pienso que compartimos algunas memorias ya que considero que en sus sueños ve imágenes que tienen que ver conmigo y me interesa conocer. Aún no sé que signifiquen, pero siento que así es.

Sin descanso.

El Trato.

Antes de continuar, Nelson se levantó de su silla y fue hasta la barra donde llamó a Gloria. Desde la mesa Leo detalló cada movimiento de Nelson, incluyendo el escaneo visual que hizo sobre la silueta de la morena.

Nelson regresó con Leo trayendo en sus manos una caja de ajedrez. La abrió, dejó caer las fichas negras y blancas de su interior, volteó la caja dejando el tablero en la superficie y acomodó los ejércitos.

-Uy viejo, la cabeza me da vueltas. Creo que terminaré jugando parqués con esas fichas.

-Necesitamos una estrategia.

-Vamos a ver si coordino lo que hago. Estoy en modo automático.

Nelson sonrió e hizo el primer movimiento. Leo continuó y después de algunas jugadas, algunas fichas caídas y un par de tragos Nelson dijo:

-Si me quiere ganar, más le vale que me siga.

-No entiendo.

Nelson miró el alfil de Leo que estaba a un costado del tablero e indicó:

-Use ese alfil.

Leo, quien acercaba su mano a un caballo se detuvo y tomó el alfil.

-Póngalo aquí- señaló Nelson a un cuadro a dos lugares de su rey.

-¿Por qué hacés esto?

-Necesito que confíe en mí para lo que viene.

-Mierda, que profundo. Creo que estoy confundido- dijo Leo mirando la copa que estaba junto al tablero.

-Usted confió en mí para contarme sus cosas, trataré de responder a su gesto. Hay algo más que le puedo decir en aras de que me ayude, si lo acepta.

Leo asintió con afán y prestó atención a lo que Nelson le dijo después:

-Así como usted tiene esos sueños, yo también tengo mi habilidad extraña: algunas veces se lo que piensan las personas.

-¡Genial! ¿Y eso cómo es? ¿Qué tiene que ver con esto?

-Yo sé que le interesa saber quién soy, aquí nos podemos beneficiar los dos. Lo que le quiero proponer es que me ayude en mi búsqueda. Para eso se me ocurre que podemos unir nuestras rarezas: sus sueños y mi habilidad para conectarme mentalmente con personas como usted.

-Pues no sé qué decir... esto es raro- respondió Leo.

-Le propongo que me deje cuidarle el sueño por una noche y que a partir de ese momento escriba los sueños que tenga. Nos veremos después de una semana, me leerá los sueños y entre los dos los desciframos ¿qué le parece?

-No entendí un carajo, pero acepto si me lo explica mejor cuando estemos en el liceo, cuando mi cabeza deje de dar vueltas.

Química o Monstruos.

En un descanso del lunes siguiente, Leo y Nelson se encontraron en una mesa a las afueras de la cafetería. Allí Nelson explicó de nuevo el plan que por razones éticas Leo había olvidado.

-Entonces, si es necesario que la primera noche me cuides el sueño, esta noche me quedo en tu casa y comenzamos- propuso Leo con un gesto de incredulidad.

Leo llegó cerca de las nueve de la noche a la dirección que Nelson había escrito en su libreta. Se trataba de un barrio con calles anchas, jardines amplios, casas enormes y elegantes, con carros lujosos en los parqueaderos sin puerta.

Timbró al llegar frente a una vieja casona que parecía atrapada en el tiempo en relación a las demás casas de la calle. Le abrió la puerta una señora que lo triplicaba en contextura, de cabello castaño y esponjado en un pulcro peinado que a Leo le pareció como el de Amy Winehouse. Lucía un vestido largo con flores estampadas y unas sandalias en plataforma que la hacían ver más amenazante que imponente.

-¿Qué se le ofrece?

-Buenas, soy Leo, amigo de Nelson...

-Siga, lo está esperando- dijo la señora con la mirada perdida y tono apagado después de escuchar a Leo— su cuarto está en el fondo, después del patio- señaló.

La casa era enorme y barroca como su dueña. Sobre algunos estantes Leo vio portarretratos con fotos de personas que se le parecieron a los fantasmas de Los Otros. Leo imaginó que lo observaban a su paso. Sintió un escalofrío y luego se reprochó por su estupidez.

Leo miró hacia atrás y vio como la señora se desplomaba sobre un mueble vetusto y firme que estaba en la sala, alcanzó el teléfono y marcó con su dedo regordete. Leo continuó con su marcha. Dejó atrás el corredor con varias puertas que permanecían cerradas y llegó hasta una cocina amplia que terminaba en un arco que separaba la casa del patio. Siguió por un camino empedrado hasta lo que parecía ser una casita en medio de algunos camarones amarillos, veraneras y bifloras, al final de la propiedad.

Golpeó en la puerta. Nelson no tardó en abrirle y lo invitó a pasar.

Leo descargó su maletín en el escritorio y se sentó en un mueble que encontró. Desde ahí observó el cuarto de Nelson. Tenía una cama con sábanas azules. Frente a ella, un mueble con un televisor y otros artefactos en los que no reparó. En la pared, una repisa elevada con algunas medallas y objetos pequeños, una biblioteca mediana repleta de

libros, un baúl a un lado, el clóset en una pared que estaba libre, un corredor que conducía a un baño y el escritorio con una laptop y un maletín.

-Me traje el uniforme de mañana. En casa dije que iba a quedarme donde Gabriel para terminar un trabajo de química ¿Te parece si negociamos el número de avogadro por el favor que te voy a hacer con lo de los sueños?

Nelson liberó una carcajada que sorprendió a Leo y contestó: -¿Quiere que se lo explique o que le haga la tarea?

-Pues ya entrados en gastos... podrías hacerme la tarea- respondió Leo abriendo su maletín. Sacó el cuaderno, una libreta y un libro de química que dejó sobre el escritorio – de verdad que la iba a hacer esta noche, pero dada la eventualidad elegí venir aquí...

Nelson rió de nuevo. Parecía disfrutar el descaro de su nuevo amigo y luego se retiró a la cocina que estaba del otro lado del patio para traerle algo de tomar. Aprovechando la ausencia del anfitrión, Leo se acercó a la repisa donde estaban las medallas. Observó que se trataba de reconocimientos por su excelencia académica. Bajo ellas e inclinadas sobre soportes, algunas monedas de diferentes lugares.

De pronto sintió que su sangre se coaguló en sus venas al encontrar una moneda dorada, grande y oxidada, igual a la que estaba acostumbrado a ver sobre el televisor de su mamá.

-Le traje jugo de mango y un sándwich- dijo Nelson desde la puerta. Leo dio un respingo al ser sorprendido y retrocedió para luego voltearse hacia Nelson. Tomó el vaso y el sándwich de las manos de su amigo y regresó al mueble.

-No sabía que coleccionabas monedas.

-Ah, eso es un pasatiempo inevitable. Las he recolectado en los lugares que he visitado.

Leo sorbió el jugo y pasó su mirada de Nelson a la repisa.

-Hay una dorada que es grande ¿esa dónde la conseguiste?

Nelson fue hasta ella, la tomó en sus dedos y se la trajo hasta Leo.

-Obsérvela, es una reliquia rescatada de un galeón español que se hundió en el mar.

-¿Me querés decir que es parte de un tesoro?

-Así es.

-¿Y cómo la conseguiste? digo, ¿dónde?

-Me la regaló un viejo amigo- respondió Nelson con cierta emotividad que no logró disimular del todo –a esta le tengo un cariño especial.

-¿De dónde sos?- preguntó Leo.

Nelson le sonrió y respondió: -se le va a enfriar el sándwich. Es de atún. Lo calenté en el microondas.

-¿No me vas a responder?

-Sí. Pero ahora no.

Después del sándwich, el jugo y las monedas, los amigos pasaron a buscar algo para ver en la televisión.

-Dejala ahí, esa película me gusta.

-¿Qué es eso?

-Van Helsing.

-¿Y de qué es?

-De un cazador de monstruos y bichos de otros mundos.

-¿Monstruos y bichos raros?

-Sí, es como Buffy la Cazavampiros. Mata vampiros, hombres lobo, demonios, monstruos de las profundidades marinas.

Nelson miró con extrañeza a Leo y le entregó el control remoto. Nelson tomó el libro de química del escritorio, un lápiz, una hoja y se sentó con las piernas cruzadas en la cama.

El heraldo.

Cuando Leo abrió los ojos estaba acostado en la cama. Miró el mueble de soslayo y sobre él encontró a Nelson mirándolo fijamente.

-No soportó el cazador de monstruos. Ya terminé su tarea, ahora duérmase que está cansado.

Leo sonrió y cerró los ojos de nuevo. Al despertarse ya era de mañana. Se sentó en la cama y buscó a Nelson con la mirada, sin éxito. Pensó en llamarlo y cuando reunió la fuerza para hacerlo después de un bostezo, escuchó que se abrió la llave de la ducha y la voz de Nelson cantando.

Era un cántico en una lengua desconocida, similar al que escuchó la primera vez que se encontró con Nelson en el baño del liceo. Leo se levantó de la cama y caminó hasta la puerta del baño. Fijó su oreja derecha en la madera que lo separaba del baño y se perdió en los sonidos guturales, las notas graves.

Poco después vino el silencio, la puerta que se abrió y Nelson, con toalla en la cintura se encontró de frente con Leo.

-¿Pasa algo?- preguntó Nelson, confundido.

-Esa canción... se me hace familiar.

-No lo creo... me la inventé. Ya se puede bañar. Mientras se baña prepararé el desayuno.

Cuarenta minutos después, en el bus escolar, Leo le preguntó a Nelson por lo sucedido mientras dormía.

-Sólo estuve ahí cuidando su sueño. Usted durmió como un bebé, roncó por momentos como un asno y habló como la profesora de filosofía.

-¿Hablé como una anciana desquiciada y marciana?

-No. Sólo dijo incoherencias- respondió Nelson con una sonrisa.

-¿Y soñé algo anoche? no recuerdo nada.

-Es normal que no recuerde todos los sueños. Entre lo que hice anoche estuvo programar su inconsciente para que recordara todos los sueños que tiene conmigo, de manera fiel y detallada. No respondo si recuerda otros que no vendrán al caso.

-En alta definición...- intervino Leo.

-Algo así. Desde hoy y por menos de una semana podrá recordar y escribir sus sueños en...

El Diario.

**Lunes:*

La señora que enserro al niño en el sueño anterior de la otra vez salía de una casa de escaleras pintadas de azul. Llego un camión y un carro. del camión se bajaron 3 señores que comensaron a bajar cajas y cosas de una casa como muebles camas maletas.

de la casa de donde salio la mujer salio el monito que se parece a Nelson, aunque estaba mas grandesito que en los otros sueños. tenia los ojos iritados y miraba rabioso al carro que estaba con el camion.

La puerta del carro se abrio y de hay salieron 2 niños y una niña que corrieron a abrazarlo por la cintura y luego abrazaron a la señora. ella los beso en la frente y despues salio del carro un señor que se acercó a la señora, la abrazo y la beso en la boca.

**Martes:*

Yo empujaba un carro en un pasillo del supermercado. Mi abuelita iba adentro con las piernas saliendo por delante. De pronto Clara salio por una esquina, se me acerco y me saludo con un beso en la boca. Todo se hizo oscuro y luego vi una playa muy amplia. Unos muchachos arrastraban tablas de surfear asia el mar.

Uno de ellos de pelo dorado, ojos pequeños y con cara de niño que iba junto a Nelson grito Deibid y otro que iba adelante, uno bastante fornido se voltio para responder ¡Yeic!

Los dos hablaron en un lenguaje extraño y rieron. Despues Nelson y su amigo corrieron con sus tablas alzadas para alcanzar a Yeik y a los otros que estaban adelante de ellos.

**Miércoles:*

Sali de la casa y corri detrás del bus escolar que se fue por la esquina. No sentía cansancio y lo alcance casi a un par de calles de la casa en un semaforo. los del bus me miraban, se reian y me señalaban. me mire y pille que estaba desnudo.

**Jueves:*

Pedro terminaba de recitar un poema a media luz en una tarima que estaba en el centro de la sala de mi casa. el publico se levanto de las sillas y lo aplaudio mientras pedro se secaba las lagrimas y yo me derretia todo por dentro. nunca lo habia visto llorando y se veia muy lindo. estaba peinado y bien vestido.

Todo se oscureció y volvi a ver la playa. un grupo bastante grande de muchachos y muchachas bailaban, cantaban y tomaban licor cuando comenzo a llover muy fuerte pero a ninguno le importo. Nelson se acerco a yeik y señalando una boya que tenia una luz y estaba en el mar, le dijo algo.

yeik corrio hasta una grabadora vieja y grandota que parecia una basuca y que estaba debajo de un plastico sostenido por cuatro palos clavados en la arena, eso parecia una carpa. bajo el volumen por completo y dio un anuncio en voz alta que llamo la tension de los otros muchachos y muchachas. nelson estaba orgulloso cuando Yeic se paso a su lado. los dos caminaron hasta cierto punto frente al mar. Una muchacha de pelo cafe se paró frente a ellos, desajustó el brasier de su traje de baño, se lo quito, lo levanto y lo dejo caer. En ese momento los dos corrieron hacia el mar, clavaron y nadaron.

Prototipos.

El omitido.

Tan pronto su vista se acostumbró a la oscuridad, Leo miró a su alrededor. Reconoció que se encontraba en un baño. Sólo unas cuantas cortinas de luz que lograban colarse entre las ruinas del cielorraso le permitieron ubicarse en el espacio.

Escuchó la salpicadura de una gotera que caía sobre los restos de una bañera quebrada, desde el agujero en la pared donde antes había una ducha y ahora sólo colgaba un tubo roto.

Leo avanzó despacio entre despojos de muebles, baldosas levantadas, guiándose con su mano apoyada en las paredes derruidas hasta llegar a la puerta que separaba el baño de un área más grande. Después de ver algunos muebles, reconoció que se trataba de una habitación.

Allí encontró a Nelson, sentado en la cama. Estaba cabizbajo, con el pelo enmarañado sobre su frente y los ojos ocultos en las sombras. De un momento a otro Nelson se levantó de la cama, sacó un puñal y se lo enterró a Leo en el torso, entre las costillas de su lado derecho y el abdomen. Leo miró su herida y sintió el calor de la punzada en su cuerpo.

Leo se despertó de un sobresalto. Palpó con su mano temblorosa sobre la mesita de noche hasta dar con el interruptor de su lámpara, lo oprimió, alcanzó un vaso y bebió un

poco de agua. En ese momento decidió omitir ese sueño en el diario. Eligió también evitar a Nelson ante una posible confrontación sobre éste.

Cinco por cero.

El descanso del lunes comenzó. Gabriel salió del salón a toda prisa, con rumbo desconocido. Leo supuso que tenía una cita con su conquista del fin de semana. Ya no podría recurrir a él para pasar la media hora en la que Nelson sin duda lo iría a buscar para hablar sobre los sueños. Preguntó por Nico e Iván, pero estos ya se habían ido a su partido de fútbol contra los de noveno.

Leo fue hasta las mesas de ajedrez y encontró a Óscar con un contrincante de sexto.

-Te espero- dijo, parándose junto a la mesa.

-Hoy no, Leo. Le estoy enseñando una jugada a este man. Mejor mañana- respondió Óscar.

Leo dio media vuelta y caminó de regreso a su salón. A mitad de camino se detuvo al caer en cuenta de que estaría vacío y que en ese lugar sería fácil que Nelson lo encontrara.

-¿Me buscaba?- preguntó Nelson a sus espaldas.

-Este...- dijo Leo mientras se daba vuelta.

-Vamos, lo invito a comer algo.

Caminaron juntos hasta la fila de la cafetería. Nelson pidió un combo de hamburguesa con papas para Leo y una ensalada de atún para él. Recibió dos bandejas con el pedido. Le entregó una a Leo y le dijo que se sentaran en una mesa que señaló.

-¿Esa, dónde está la pareja sentada?- preguntó Leo luego de ver un par de novios abrazados y susurrándose al oído. Nelson asintió.

-Mejor busquemos otra- propuso Leo.

-No hay más. Ninguna está libre.

-Eso veo, ni siquiera la que elegiste.

-Ellos ya se van- agregó Nelson.

Leo permaneció de pie, observándolos, mientras Nelson se acercaba con determinación hacia la mesa. A un par de metros de llegar, ella desdibujó su cara de enamorada, se soltó, dio una cachetada al muchacho, se paró y se fue. Leo vio como el muchacho se quedó estupefacto, con la mirada puesta en los restos de una empanada envuelta en una servilleta grasosa y la mano en la mejilla. Luego se levantó de la mesa y corrió detrás de su novia.

Nelson se sentó. Descargó el contenido de su bandeja sobre la mesa, mientras Leo seguía a la pareja con la mirada.

Después de un par de mordidas y de tomar la mitad de su gaseosa, Leo deslizó hacia Nelson las hojas donde había escrito los sueños. Nelson las recibió, echó un vistazo a cada una y Leo dijo:

-No sé por qué, pero creo que esos sueños tienen que ver con vos ¿seguro que esa no es tu infancia?

Nelson negó con la cabeza -bueno, tampoco tengo muchos recuerdos de ella pero sí estoy seguro de que no fue en ese lugar ni con esas personas.

El timbre les dejó saber que el descanso había terminado y que debían regresar a clase.

-¿Qué clase tenés ahora?- preguntó Leo.

-Física.

-Yo química. Hoy me entregan el taller que me hiciste. Gracias por ayudarme con esa nota, la necesitaba.

Nelson, con cara larga y la mirada baja respondió:

-¿De qué vale tener el mejor promedio y saber cómo se resuelven todos los ejercicios, si lo que ahora me interesa de verdad no logro entenderlo?

-¿Qué te pasa?

-Mientras usted se gana su cinco, yo sigo con un cero en las respuestas que busco.

De salida.

El timbre sonó y dio paso a la algarabía. Los de sexto corrieron hacia la salida, los que tenían entrenamiento salieron al coliseo, los que eran amigos se agruparon, los que no eran tan amigos se correataron, los más atentos acompañaban a los profesores, los novios se buscaron y el reciente ex novio de la cafetería caminaba detrás de su confundida ex pareja. Leo fue apresurado hasta el corredor que conectaba los salones con la salida del liceo. Ahí esperó a que Nelson pasara.

-¿Querés hablar?- pregunto Leo abordando a Nelson tan pronto lo vio.

-¿Cómo le fue con el taller?

Leo sacó un par de hojas de su morral, las levantó y respondió: -Cinco. Sos el mejor.

-Me alegro por usted.

-¿Cómo seguís? te fuiste muy raro de la cafetería en el descanso...

-Espero que ese cinco le haya servido para pasar nítido este periodo- respondió Nelson acelerando su paso.

-¿Qué te pasó?- preguntó Leo, quedándose atrás.

Pero Nelson no respondió. En cambio continuó con su paso y se perdió entre la multitud uniformada.

Cena con mamá.

Leo bajó hasta la cocina. Esperó encontrarse a su mamá en el mesón con dos platos servidos en los individuales y una sonrisa en su cara.

En cambio encontró una nota en la puerta de la nevera:

Amor, te dejo la cena en el congelador. El menú del día está en el recipiente de tapa verde (hoy comes pollo con arvejas, arroz y ensalada). El jugo está en la jarra.

Cazando monstruos.

Leo avanzó sobre la arena revuelta con cenizas. Miró a su alrededor. Los vidrios de las ventanas de las casas estaban esparcidos sobre los jardines, entre cortinas y muebles. Los chamizos ardían, al igual que algunos carros y los techos de las casas distantes. Columnas de humo negro se alzaban por doquier y el silencio sólo daba pie para que la tensión aumentara.

Leo se acercó a un callejón entre dos casas, se detuvo cerca de las puertas que permanecían abiertas a lado y lado. Aseguró el arma en sus manos y avanzó.

Leo fue sorprendido por un zombie que salía de la puerta a sus espaldas. El zombie lo abrazó, acercó su boca con dientes ennegrecidos y lo mordió en el cuello con ferocidad. Leo oprimió el gatillo, disparó sin blanco, empujó con su codo al monstruo y con un cachazo en su cabeza logró que este lo soltara de los brazos, más no del cuello.

Se sintió perdido. Dos disparos que vinieron de un arma diferente a la de Leo llegaron hasta la cabeza del monstruo y lograron acabar con el suplicio de Leo. El zombie, con la cabeza despedazada, cayó a un lado y Leo se quitó los restos de la mandíbula que quedaban en su cuello, al tiempo que un chorro de sangre le brotaba de la mordida, se mezclaba con la sangre podrida del zombie y se escurría por su camisa que había dejado de ser beige.

-Gracias, parce- dijo Leo con pesadumbre. Gabriel se detuvo a su lado sin dejar de tener la mirada al frente y el arma lista para disparar, y le reclamó:

-Güevón ¿Qué te pasa? ¿Dónde andás? casi no tenés sangre. Mirá que te quedan pocas municiones y un cuchillo, sabes que el combate cuerpo a cuerpo no te conviene. Guardá las balas, usalas bien. No te voy a cubrir la espalda todo el tiempo, yo también necesito mis balas ¿qué tenés?

-Nada. Estoy bien.

Gabriel dio pausa al videojuego, se volteó en el mueble de su sala y le dijo a Leo, quien seguía con la mirada en la enorme pantalla de plasma que colgaba de la pared:

-A tramar a tu mamá, a vos te pasa algo y estoy seguro que tiene que ver con Nelson.

-¡No pasa nada!- dijo Leo arrojando el control sobre el mueble.

-¿Cómo que no? De un tiempo para acá ustedes dos han estado muy juntos y hablando de sus secretos raros. Creés que no, pero me he dado cuenta, ustedes se traen algo y justo hoy que no andás con él me viniste a buscar a mi casa y te emputás porque te digo

que tiene que ver con él ¿Terminaron? ¿Ese man te puso los cuernos? decime de una vez para ir a casarlo por abandono de hogar.

-¿Cuál “terminaron”? ese man y yo no tenemos nada.

-Bueno... yo pensé...

-No pienses. Si querés salir de dudas sólo diré que sí teníamos algo, pero no lo que te estás imaginando.

-Ya decía, lo tuyo son los hippies que no se bañan. Nelson es demasiado pinta para tu gusto. No me imaginaba ese cuñado para mí.

Leo apretó los dientes y le respondió:

-Para que te quede claro, sí tuvimos algo: un trato académico. Él me hacía los trabajos de química y yo...

-¡Te ponías las rodilleras y le pagabas con Credi-nalga!

Esta vez Leo le acertó un puño a Gabriel en el brazo izquierdo. Mientras Gabriel se sobaba con la cabeza clavada en los cojines del mueble, Leo continuó:

-No viene al caso decirte lo que le daba a cambio. Total, tampoco lo entenderías- respondió Leo empujando a Gabriel a un lado y recuperando el control que había quedado debajo de él.

-Ay ¡Ya me vas a chicanear!

-No me jodás- dijo desactivando la pausa en el juego. Voló la cabeza de dos zombies que saltaron sobre Gabriel y agregó: -hablando de nalgas, ya me tocó salvar las tuyas.

Extraño.

Leo notó que Nelson dejó de contestar sus llamadas y mensajes electrónicos.

Después de algunos días, Leo salió de clase de física y con la excusa de ir al baño regresó a la piscina en un momento en el que estaba vacía. Se detuvo en el borde y fijó su mirada en un cuerpo que yacía en el fondo del agua.

Activó el cronómetro de su celular y después de quince minutos, cuando Nelson salió a la superficie, lo desactivó. Leo se marchó y justo frente a la puerta del coliseo miró hacia atrás. Se encontró con la mirada de Nelson, quien lo seguía desde el borde de la piscina.

La vida para Leo regresó a su rutina anterior a Nelson. Estaban las dificultades para madrugar, las clases, los descansos con sus amigos, las partidas de Resident Evil por las tardes con Gabriel, algunas idas al bar de Gloria Dinamita los fines de semana.

Fue justo en la tarde de un viernes, cuando caminaba hacia la casa de Gabriel, cuando pasó frente a la casa de Nelson. Sin pensarlo, timbró.

-¿Quién?- preguntó doña Lola desde el interior de la casa.

-Un amigo de Nelson ¿Él está?- preguntó.

Doña Lola abrió la puerta, se hizo a un lado y con la mirada perdida dijo:

-Siga, está en el cuarto del fondo, después del patio- señaló con un esfuerzo desganado.

Leo atravesó el sendero que cruzaba el patio. A su alrededor vio cajas, bolsas, varillas y herramientas en un desorden que terminaba justo frente a la puerta del cuarto de Nelson.

Leo entró después de comprobar que estaba sin seguro y cerró la puerta a su espalda. Miró la habitación, fue hasta el baño y se asomó a la bañera. Leo encontró a Nelson acostado boca arriba con el rostro sumergido, los ojos cerrados, vestido con camiseta, sudadera y los pies descalzos.

Leo se asustó, trató de pedir auxilio pero se detuvo al recordar la inexplicable resistencia que Nelson tenía bajo el agua. Se fijó en su pecho y lo encontró moviéndose, como si respirara.

Al notar que algo se movía en el cuello de Nelson, se inclinó hacia él. Fue ahí cuando Nelson abrió los ojos y sacó su mano del agua. Se sujetó del borde. Era pálida, le pareció lustrosa, casi de mármol. Leo se alejó cuando la mano de Nelson se abrió hacia él. Salió del cuarto a toda prisa.

Fases.

Esa noche, en la playa, Leo y Gabriel estaban sentados en un muro a las afueras del kiosco-bar. Gabriel había relatado su última pena amorosa con una muchacha del liceo y fijó su mirada en el cielo.

-Pronto será luna nueva ¿Sabías que los cambios en la luna afectan a algunas personas?

-¿A quiénes? ¿A los hombres lobo, Gabriel Van Helsing?- preguntó Leo esperando una larga respuesta que le hiciera olvidar su más reciente desencuentro con Nelson.

-No, güevón ¿No has visto como se ponen las viejas?

Leo rió, Gabriel lo siguió.

-Y dentro de esa muestra también se incluyen algunos manes- Agregó Leo.

-¿Cómo así? ¿Tu novio Nelson resultó siendo un hombre lobo?

-Te habías demorado...

-Si querés deshacerte de él ya sabés, necesitás una bala de plata. Aunque si se muere, volverías a buscar al hippie roñoso y eso sería un problema peor. Te tocaría comprarle un bozal y un champú antipulgas... aunque bueno, de todas maneras para los dos te tocaría comprar un champú antipulgas: para el hippie y para el lobo rubio.

Leo lanzó un puño a Gabriel mientras reía y se lo plantó en un antebrazo.

-Suave, güevón- dijo Gabriel sobándose.

Anticipado.

El lunes siguiente, en el descanso, Leo caminaba con Iván hacia la cafetería cuando Pedro se les atravesó.

Leo sintió como sus pies perdieron fuerza y se limitó a observarlo.

-¿Puedo hablar con vos?- dijo Pedro mirándolo a los ojos. Leo asintió y luego de despedirse de Iván, Pedro le sonrió con timidez.

-Te podrá sonar raro, pero quería hablar con vos- agregó, con sus manos en los bolsillos del pantalón y con la mirada en la camisa de Leo.

Leo no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Pedro, además de dirigirle la palabra por primera vez, le había propuesto que hablaran. Sus piernas temblaron y sus manos se congelaron.

-¿Y qué necesitás?

Pedro miró los ojos de Leo sobre el marco de sus gafas y le respondió:

-No es nada malo. Sólo quiero hablar con vos para aclararme y salir de algunas dudas- dijo de manera atropellada.

Leo sonrió. Tomó aire y cuando se disponía a hacer la pregunta que lo sacaría de la gran incognita, una mano delgada, fina, casi de ratón, atrapó a Pedro por su brazo y lo obligó a voltearse.

-Nené, te estaba buscando para lo de física. Habíamos quedado de vernos ahora, ¿No?

Leo miró a Clara con desprecio y ella le dijo:

-También me alegra verte, Leopoldo.

-León. Me llamo León, como el rey de la selva.

-Ajá, Leonel. Sos todo un animal.

Leo apretó los labios, cerró los puños con fuerza y resopló.

-Podríamos hablar mañana en el descanso ¿te parece?- agregó Pedro dirigiéndose a Leo.

-Está bien- respondió Leo desdibujando su molestia, estirando su mano abierta. Pedro acercó su mano enmarcada con manillas de colores rasta, conchitas de caracol incrustadas, una cinta desgastada de Greenpeace, y estrechó la de Leo.

Al comenzar la clase siguiente, Leo, aún repasando en su cabeza lo sucedido con Pedro, sintió que alguien corría su pupitre hacia él y le susurraba al oído:

-Me dijeron/ que te vieron/ te pillaron... en el descanso hablando con un señor/ que tiene pulgas/ y no se baña.

-Pendejo.

-Pero vení contáme ¿qué pasó? porque hasta donde sé, ese man ni sabe que existís.

-Quiere hablar conmigo.

-¿Y eso? ¿Cuál de sus pulgas le picó?

-Ni idea. Cuando hablemos te cuento- respondió Leo guiñándole un ojo.

La noche llegó y con ella el silencio. Leo apagó el televisor, llevó la cobija hasta sus hombros y se volteó de espaldas a la ventana. Cerró los ojos, se obligó a no pensar en nada. De pronto escuchó un ruido en el fondo del corredor. -“*Mi mamá*”, pensó, y luego se imaginó que por la hora, ella estaría viendo cuarenta y ocho horas después en A&E mundo, y que a lo mejor Pedro también estaría viendo televisión en ese momento.

-¿*O estaría navegando? ¿Habría por teléfono con otro man? ¿Qué pensará de mí? ¿Qué me querrá decir? ¿Sentirá lo mismo que yo?*- se preguntó. Leo arrancó la cobija de su cuerpo y la envió al suelo de un solo manotazo. Se volteó hasta quedar de cara al techo. Abrió los ojos. Se llevó una mano a la frente y resopló.

-¿*Desde cuándo querrá hablarme? ¿Se habrá dado cuenta de que lo miro y que me gusta? No, imposible. Yo no le he dado pistas ¿Quiere salir de dudas? ¿Cuáles dudas?*-

Cerró los ojos. Los abrió de nuevo. Creyó que lo invadirían pesadillas si intentaba dormir. Miró el reloj de letras neón que estaba sobre su escritorio. Once y cuarenta y dos, y calculó: -Doce, una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete horas para dormir antes de que suene la chicharra.

De improvisto escuchó al despertador que tronaba con un azaroso chillido. Abrió los ojos con pesadez, se sentó en la cama y estiró su brazo hasta el escritorio. Manoteó sin éxito. Se levantó, se acercó más y oprimió el botón. Se tiró boca abajo en la cama y se preguntó

por el momento en el que se había quedado dormido. Repasó lo que recordaba de la noche anterior y al llegar a Pedro se detuvo en él. ¿Habrá dormido? miró la hora de nuevo. Seis y veinte. Se sentó en la cama lleno de energía. Ese día se vería con él.

En el descanso, entre estantes, libros, revistas, mesas, estudiantes dormidos, enciclopedias, periódicos, un temblor en las piernas, y sus tripas retorciéndose, Leo se internó en los corredores de la biblioteca.

Al doblar por la esquina que enmarcaba el inicio de la sección de historia se lo encontró de frente. Pedro lo saludó con un gesto de su mano.

-¿Por qué aquí?- preguntó Leo, mirando los libros que tenía a su lado.

-Tengo un trabajo de historia sobre la Rusia, la revolución rusa. Aproveché que tenía que venir para ponerte la cita aquí, además que aquí no nos interrumpiría Clara.

-Qué bueno ¿Y me citaste para que investiguemos sobre Rasputín o para huir de la polly pocket?

-Si... también por la privacidad.

-Está bien. Escucho lo que me tengas que decir- dijo Leo con seriedad en su voz, tragándose la efervescencia que le producía el momento.

-Como te dije, tengo algunas dudas que tienen que ver con vos.

-¿Qué dudas?- preguntó Leo intuyendo lo que se le veía venir. Se imaginó por una breve fracción que estaba en la vía de un tren y que éste se dirigía hacia él a toda velocidad.

-Viejo, desde hace días me di cuenta de que me mirás. Te quedás viéndome. Eso me genera curiosidad.

Por el tono sin emoción en la voz de Pedro, en un principio Leo no supo si tomarse estas palabras como una declaración, o como una amenaza ante un puño que se aproximaba. El tiempo se detuvo alrededor de Leo, quien además sintió que su sangre se quedaba sin oxígeno. Rió con torpeza y respondió:

-¿Qué? ¿Yo? ¿Cuándo? No...

Pedro se quitó sus lentes, los limpió con la parte baja de la camisa. Leo notó sus manos temblorosas.

-Tranquilo. Digo, cuando estés listo me decís. No hay problema. Me gustaría saber si eso es cierto y no una fantasía mía.

-¡Pedrito!- escucharon los dos en un tono de voz agudo y miraron hacia el otro extremo del corredor donde encontraron a Clara con un cuaderno de rosa chillón en su mano: - Queridito, te estaba buscando para revisar lo de física. Recuerda que es para ahora después del descanso.

Pedro suspiró. Leo notó que Pedro se esforzaba por mantener una sonrisa fingida ante Clara. Leo interpretó la ansiedad de Pedro como una señal de interés a su favor, y propuso:

-¿Te parece si nos tomamos algo por la tarde?

-Pues, qué te digo... ¿a las cinco podría ser?

Inocente.

En una pizzería, en una mesa junto a la ventana, Leo esperaba. Sus dedos golpeaban la mesa casi al mismo ritmo que su pie se agitaba contra el suelo. Miró el reloj una vez más. No había pasado ni un minuto desde la última vez que vio la hora. Vio a Pedro entrando por la puerta. Leo se sorprendió al notar que traía su pelo peinado. Por lo demás seguía siendo él con sus gafas de lentes naranja, sin uniforme, con una camisa blanca con un estampado de John Lennon, un pantalón rayado de algodón y esos zapatos de gamuza desteñida que a Leo le parecían increíblemente feos, pero que pensaba que a Pedro se le veían bien.

Cuando Pedro lo saludó, Leo sintió que el corazón le rompía las costillas.

Ambos pidieron malteadas, Leo una pizza samba y Pedro una vegetariana. Y después de hablar del calor de la tarde, del liceo, de la situación de los pingüinos emperadores, de la pizzería, Pedro dio un sorbo a su bebida. Vino después un silencio en el que los dos se concentraron en lo que tenían servido en la mesa. Pedro suspiró y preguntó a Leo:

-Entonces ¿Me mirás o no?

Leo se pegó al pitillo, bebió hasta que le dolió la cabeza y sin mirarlo a los ojos respondió:

-Sí. Sí te miro- Esparció un poco de orégano sobre su porción de pizza, la mordió y masticó sin mirarlo.

-¿Sabés? a mí no me molesta que me mirés... al contrario, me da mucho alivio.

Esa noche Leo y Pedro hablaron hasta las tres de la mañana por Msn. Al día siguiente, después de una jornada en la que no vio a Pedro en ningún momento, Leo llegó a casa y se conectó de nuevo a la red. Esperó encontrarlo y repetir una conversación como la de la noche anterior. Revisó su Msn, en su Facebook y tampoco lo encontró. Tomó una ducha y al regresar se encontró con el mismo panorama en su pantalla: sin noticias de Pedro.

Revisó una nota que había dejado junto al teclado en un post-it. En ella encontró escrito parte del sueño que tuvo con Nelson y sus amigos, y los nombres de estos: "Deibid y Yeik".

Escribió en el buscador del Facebook el nombre Yeik y obtuvo una lista indeterminada de resultados. La página no le dio un número exacto. Se sintió estúpido por hacerlo así. Se reprochó por no saber cómo restringir la búsqueda. En este orden de autoreclamos, ni se molestó en buscar a "Deibid".

Escribió en google: "Nelson Rey" "Yeik". Consiguió mil seiscientos sesenta resultados en cero coma veintidós segundos. Ninguno de estos lo acercó a su objetivo.

La campana sonó dos veces y en la esquina inferior derecha encontró dos saludos de Pedro. Su frustración desapareció.

Para el viernes en la noche, la nueva pareja en proceso llegó hasta la casa de Gabriel y en el momento en que Pedro se retiró al baño, el anfitrión le dijo a Leo:

-¡Vas volando, Gavilán! ¡Pero esto va en serio! ¿Para cuándo me tengo que comprar el disfraz de padrino de bodas?

-Nada- respondió Leo entre sonrisas –Apenas comenzamos a hablar esta semana.

-¿Y te estás cuidando? Acordáte de usar condón y jabón antipulgas, y las vacunas antirrábicas después de tirar porque uno nunca sabe. Casos se han visto en Animal Planet y en mil maneras de morir.

Leo arqueó las cejas y miró a Gabriel con odio.

-Mentiras, güevón. Tenés sonrisa de idiota y me alegra verte así. Hasta que se te dio... ahora jugá el Baloto, aprovechá la estrella que tenés, hasta te lo podés ganar.

-No jodás. Me lo estoy tomando con calma. No la quiero embarrar. Vos sabes cuánto he esperado por esto.

-Pero sí sabés, ese man se ve raro. No sé, está como más marciano que de costumbre.

-¿Qué estás diciendo?

-Pillalo ¿No te parece que está más raro de lo que ya es? Digo, ahora se le ve como elevado, con la mirada perdida, ausente. Y con esto no digo que es porque anda enamorado, aclaro ¿No le pegará a los psicoactivos?

Y antes de dar oportunidad a Leo de responder, Pedro regresó y se sentó junto a Leo. Gabriel entregó a cada uno un control y prendió la consola.

Horas después, Pedro acompañaba a Leo hasta su casa. En el camino, Leo, pensando aún en las palabras de Gabriel, se fijaba en Pedro, quién guardó silencio durante todo el trayecto.

-¿Te hablaste con Nelson Rey?- preguntó Leo al llegar al antejardín de su casa.

-La verdad no. Habremos cruzado palabras un par de veces, por encima- respondió Pedro mirando con extrañeza la casa, la calle, el jardín.

Leo vio lo que Gabriel le dijo en su casa: Pedro estaba más elevado que de costumbre. Lo notó con la mirada perdida, la boca entreabierta y un gesto de confusión en su rostro.

-¿Qué me miras?- preguntó Pedro al encontrarse con la mirada de Leo.

-No te miro. Te admiro- respondió Leo sonriendo. Pedro devolvió la sonrisa sin ganas, y cuando sus labios volvieron a cerrarse, fijó su mirada en los ojos de Leo.

Leo miró después sus labios y reconoció que la contemplación se había tornado en deseo. Fantaseó con morderle la boca, besarlo, abrazarlo, con sentir su calor, llevarlo hasta su cuarto, arrancarle la ropa, quitarle las gafas, los zapatos de gamuza, derribarlo en su cama, continuar con los besos, estremecerlo, hacerle todo lo que le quiso hacer desde que lo vio por primera vez... y con la imagen de los jadeos apasionados pensó en

la primera persona que respondería a ellos: su mamá. Leo dio media vuelta e intentó cantar el himno nacional en su cabeza para distraerse de la erección que se revelaba debajo de su pantalón.

Leo se acercó a su puerta y, cuando introdujo la llave en la cerradura, se imaginó que ese sería el momento en el que Pedro lo voltearía y le daría un beso en la boca. Leo cerró los ojos, soltó la llave que quedó atrapada en la cerradura. Fantaseó con llevar sus manos hasta las mejillas de Pedro, declararle su amor y besarlo.

-Viejo, desde hace días me di cuenta de que me mirás. Te quedás viéndome. Eso me genera curiosidad- le escuchó decir a Pedro con tono de voz aplanado. Leo se volteó y lo encontró con la atención en la luna.

Leo regresó a la puerta, sonrió, dio vuelta a la llave, abrió la puerta, regresó hacia Pedro, lo abrazó con fuerza y le dijo en el oído:

-Para mí fue un enorme placer. Nos vemos.

Pedro, sin dejar de mirar la luna y con la boca abierta balbuceó:

-Nos vemos.

Leo llevó las manos hasta la cintura de Pedro, lo sostuvo por un instante y luego acercó su boca a la de él. Pedro permaneció quieto, luego fijó sus manos en los hombros de Leo y lo empujó con fuerza. Leo cayó en el pasto del jardín, miró a los ojos de Pedro y esta vez se encontró con una mirada de desprecio.

Pedro pasó las mangas de su camiseta por su boca, escupió a un lado y abandonó el lugar, con Leo todavía en el suelo.

Esa noche Leo permaneció boca arriba, con los ojos abiertos, por al menos un par de horas. Apenas parpadeaba. ¿Qué pasó con Pedro? se preguntó una y otra vez. Por su cabeza se pasaba cualquier clase de idea sobre lo que sucedía con Pedro, quien de un momento a otro decidió acercársele, casi que de la nada. Recordó el cuidado que siempre tuvo para no demostrar su interés por él.

Leo se preguntó por la manera que tuvo Pedro para enterarse de su interés. Sólo una persona sabía de éste. Lo descartó de inmediato. Consideró que Gabriel no lo delataría. Repasó una vez más su historia con Pedro en el colegio, en la playa... y al pensar en este último lugar llegó hasta Nelson.

Reconoció la mirada perdida, el tono de voz apagado, casi mecánico en Pedro. Recordó sus desmayos, el episodio del vómito y el asalto en la fiesta, lo que sucedió con Óscar y el juego de ajedrez, lo que pasó con la pareja en la mesa de la cafetería y concluyó que el extraño comportamiento de Pedro obedecía a la misma naturaleza. Lloró embriagado de rabia.

En la tarde del sábado, Leo se inclinó hacia el agua de la tina y fijó su mirada en los ojos de Nelson hasta cuando éste los abrió y salió abruptamente del agua. Ahí, Leo le reclamó:

-Muchas gracias por joderme con Pedro, ¿Por qué hiciste eso?

Nelson lo miró confundido. De pronto Leo sintió que algo se calentaba en su cabeza, justo detrás de sus ojos.

-En la playa me aceptó que Pedro le gustaba- respondió Nelson. Leo llevó su índice hasta la frente mojada de Nelson y le anunció:

-Las cosas no son así, marcianito. En la tierra cada quien hace sus cosas a su tiempo y como le parezca. A mí me gusta Pedro, no los Zombies.

-Lo siento. No sabía...-

-¡Precisamente por eso! - interrumpió Leo -La próxima vez, si no sabe ni va a preguntar, por lo menos quédese quieto ¡no haga nada!

Nelson sacó sus manos del agua y las apoyó en el borde de la tina.

-Lo de Pedro es solo una de las tantas veces que te has metido conmigo ¿Para esas también tuviste buenas intenciones?

-Yo sólo quise que me perdonara...

-Error. Está mal en que querás imponer tus cosas sobre las demás personas, que querás hacerlo también conmigo. No sé qué es lo que haces, pero sea lo que sea, no me gusta. Dejemos todo como está- dijo, salió del baño y azotó la puerta.

Perdido.

La grieta.

Leo abrió los ojos en su cama. Se encontró a oscuras, en silencio, con un peso en el pecho, un dolor profundo que lo mantuvo de espaldas al colchón. Pensó en Pedro y en su desencanto. Se preguntó por las consecuencias que le traería lo sucedido. Odió a Nelson.

Miró la hora. Faltaba un cuarto para las cinco de la mañana. Se sintió ahogado, con ganas de correr, con necesidad de aire fresco y brisa marina.

Leo salió de su casa. Caminó por las calles solitarias. Al pasar por la calle que conducía a su destino se encontró con trabajadores que abrían sus locales: la puerta del súper mercado se recogió en el techo, al igual que la de la panadería.

Algunos borrachos cantaban sentados en el andén, afuera de una vieja cantina. Un hombre lavaba un carro en la estación de gasolina. Leo caminó sin detenerse hasta salir de la ciudad y cruzó el breve trayecto hasta la playa por dónde sólo había condominios. Pasó junto al kiosco de Gloria que estaba cerrado, se encaminó por la ruta que atravesaba el pequeño bosque de manglares e icacos y llegó hasta el sitio donde Nelson lo llevó después de rescatarlo. Se quitó los zapatos y se sentó con los pies en el agua.

Leo apretó sus dientes, tomó una manotada de arena y la arrojó al agua que se escurría de sus pies. A varios metros, unas aletas dorsales se asomaron en el agua. Algunos pelícanos nadaban del otro lado y sobre su cabeza, en las ramas de los icacos algunas aves picaban los frutos más maduros.

Las olas iban y regresaban con suavidad, mojando los pies de Leo con el agua tibia de la mañana. El sol comenzó a salir en algún lugar del horizonte y con los primeros rayos que se extendieron sobre la playa y los árboles, Leo reconoció una figura que estaba parada a un par de metros, a su lado.

Apuntó su mirada al mar que tenía al frente y escuchó a Nelson decir:

-¿Podemos hablar?

-¿Y qué tenés que decir? ¿Me hiciste otro favorcito?- respondió Leo, regresando su atención al mar. Nelson agachó la cabeza.

Las aves del árbol continuaron con su picoteo en los frutos, haciendo que algunos de ellos cayeran en la arena. Leo tomó unos cuantos, arrojó dos al mar y fantaseó con que un pez se los comiera.

-Yo sé que no quiere hablar conmigo. Por lo menos quiero que me escuche.

Leo apuntó un fruto a un banco de espuma que se había reunido y lo lanzó.

-Primero quiero pedirle disculpas por lo que le hice con Pedro.

-¿Sólo por eso?

-También por todo lo demás. Por los malos momentos provocados. No fue mi intención hacerlo mal, menos ahora que...- Leo lo miró –necesito que sigamos con lo que veníamos. Ahora más que nunca.

-¿Ahora por qué? ¿Qué es diferente? ¿Por qué te tengo que ayudar cuando vos solo me jodés?

-Dentro de poco tendré que regresar a mi casa y no me quiero ir sin resolver esto.

Leo tomó aire para preguntar por ese regreso, pero se tragó el impulso.

-Me siento frustrado. Mi tiempo se acaba y no sé qué más hacer. Usted ha sido la única pista que tengo.

Los dos se miraron fijamente. El ruido de las olas, la brisa en las ramas, el canto de los pájaros, todo pareció enmudecer entre Nelson y Leo.

-Más que frustración, es miedo. Temo partir sin respuestas.

-¿Y por qué tengo que ser yo quien le ayude en esto? digo, no soy el único pez del océano. Cualquiera otro te podría ayudar, sólo es cosa de que busque a quién.

-Se equivoca- pronunció Nelson con un tono de voz profundo –usted representa... disculpe, hay cosas que me gustaría explicarle pero no puedo. Por favor entienda que lo siento mucho.

-Está bien, ya entendí. Vos necesitas que yo te siga ayudando a cambio de que yo no sepa nada de tus misterios. O sea, además de que te ayudo, no te debo hacer preguntas.

-Así es.

Leo arrojó las frutas al mar de una sola manotada. Se levantó, se sujetó la cabeza y respondió:

-¿Estás escuchando lo que decís vos mismo o no estás programado para eso?

-Claro que sí, me escuché.

-¡Sos un egoísta de mierda! ¡Ese es tu problema! Sólo pensás en vos y no te fijás en quien te llevás por delante. No todos somos tus fichitas de ajedrez que movés a tu absurdo antojo. Nada ha cambiado. Sigo cansado de vos y de tus cosas. Buscate otro conejillo de indias con sueños raros.

Leo tomó sus zapatos con una mano y se dirigió al único camino que cruzaba el bosquecillo. Nelson se interpuso en su ruta y lo obligó a detenerse.

-No es mi intención que todo parezca un misterio entre usted y yo.

-Pero lo es, y no fue un placer, créame- respondió Leo mirándolo a los ojos.

-Creo que soy el niño que ve en sus sueños, aunque yo no recuerde esas vivencias que parecen tan reales. Algunas noches, mientras duermo, tengo sueños similares. Los vivo desde mi propio cuerpo, los veo desde mi punto de vista. Sólo cuando usted comenzó a soñarlos comprendí que ese niño podría ser yo, sin duda. Antes de que usted apareciera solía pensar que sólo eran una fantasía.

Leo lo vio en sus ojos. Tenía la mirada de un niño asustado y perdido. Quiso perdonarlo, reunió aliento y dejó salir de su boca las siguientes palabras:

-¿No me habrás hecho vudú como a Pedro, o sí?

-No, no, para nada. No hago vudú. Lo mío no es magia.

Lejos y cerca.

Pasaron tres descansos en los que Nelson buscó la manera de acercarse a Leo. Para el cuarto lo hizo con una gaseosa, mientras Leo esperaba a Gabriel afuera de la cafetería. Leo recibió la gaseosa, sonrió y caminó hacia Gabriel dejando a Nelson atrás.

Para el descanso del viernes Nelson se sentó junto a Leo en una banca del patio central, mientras veía un partido de básquet de los novenos.

-¿Qué puedo hacer para que me disculpe?- preguntó Nelson.

-Nada. No tengo nada que perdonarte. Ya lo hice.

-¿Entonces por qué no me habla?

-¿Cómo que no? ¿Te parece que no estamos hablando?- Cuestionó Leo sin desatender el partido.

-Digo, no compartimos como antes. Lejos de la misión, extraño nuestras conversaciones.

-Ah, es eso. Pues, creo que la confianza no es la misma. Tenés que recuperarla si es cierto que te importa. Lo que le hiciste a Pedro, lo que me hiciste a mi fue grave.

-¿Cómo?

-Yo no sé. Ya veremos conforme pasen los días.

-¿Eso quiere decir que me disculpa?

-Hombre, que no tengo nada que disculparte. Podemos seguir en la cacería de tu misterio, lo que dudo es que volvamos a ser amigos si es que alguna vez fui uno para vos.

Nelson inclinó su cabeza. Leo notó su tristeza y agregó: -¿Qué vas a hacer el domingo en la tarde?

Nelson negó con la cabeza.

-Te invito a mi casa. Se me ocurrió algo sobre la búsqueda de Yeik.

En la tarde acordada Nelson fue hasta la casa de Leo.

-¿Su mamá está?- preguntó Nelson al ingresar a la casa que estaba en silencio.

-Está en Cali visitando a mi abuela. Va todos los domingos. Seguí- dijo Leo señalando las escaleras que estaban después de la sala.

En el cuarto de Leo, al llegar frente al computador, Leo se conectó a la red, abrió su Msn, su Facebook y encontró que ya no tenía a Pedro entre su lista de contactos. Con un peso muerto en el pecho se dirigió a Nelson quien lo miraba con atención:

-Entonces vamos a buscar sobre Pedro.

-Jake- corrigió Nelson.

-Ése- respondió Leo regresando su atención a la pantalla, a su lista de amigos que pasaba de Paulo Antonio Hincapié a Pilar Varela. Echó de menos el nombre de Pedro entre sus contactos.

-Si piensa en Pedro, el efecto de lo que le hice duró una semana.

-¿Recuerda algo de lo que pasó?- preguntó Leo con una preocupación disimulada.

-Todo.

-¿Cómo fue?- Preguntó Leo con su mirada en la pantalla.

-Fue consciente de cada una de sus acciones, más no de su voluntad. Era como si estuviera viendo una película de su vida, a través de sus ojos. Nunca tuvo control de sí mismo salvo al final, cuando el efecto estaba pasando.

-Fue ahí cuando me mandó a la mierda...- agregó Leo dibujando una sonrisa forzada en su rostro. Y dicho esto pasó a unos papeles que estaban junto a su computador. Separó la nota que contenía el nombre de los muchachos.

Entre los dos divagaron sobre las posibles formas de buscar, sin éxito en los resultados.

Fue entonces cuando Nelson pronunció:

-¿Y si busca a Jake relacionado con el surf? según recuerdo, era un tipo corpulento, que surfeaba. Puede que sea diestro en ese deporte.

Leo escribió en la barra de búsqueda de Google: "Yeik" "Surf".

-Un momento- dijo Nelson llevando sus manos al teclado. Borró el nombre que escribió Leo y lo cambió por Jake. Dio Click.

-Con razón no encontraba mayores resultados...- reconoció Leo con un dejo de vergüenza.

Nelson resopló y dijo: -Por fortuna para su ortografía, se trataba de un nombre corto.

Esta vez encontraron ciento ocho mil resultados en cero coma diecinueve segundos. Nelson pasó al buscador de Facebook y aplicó la misma búsqueda. Entre los dos discriminaron entre nombres y páginas, y de ahí entre los posibles candidatos. De esta manera, y cuando ya era de noche, concretaron sólo diecinueve perfiles cuyo nombre se relacionaba con este deporte. Nelson acercó su cara a la pantalla y observó de cerca las fotos de los candidatos.

-¿Alguno de estos se parece al de sus sueños?- preguntó Nelson. Leo se fijó en los candidatos. Algunos eran jóvenes, quizás menores que él y diferentes al Jake del sueño. Otros eran viejos. Los descartó porque los vio cronológicamente distantes de Nelson. Quedaban cuatro de los cuales a uno lo descartó por su gran diferencia étnica con el Jake de los sueños y a los otros tres no alcanzó a identificar por tener fotos de cualquier cosa menos de la cara.

Nelson observaba las imágenes con interés mientras Leo lo miraba. Leo entendió que Nelson anhelaba saber quién era ese desconocido de los sueños.

-Se me ocurre escribir un mensaje a todos, para ver cuál responde- propuso Nelson. Leo aceptó, abrió la ventana de mensajes en el Facebook del primer Jake y entregando el puesto frente al teclado le preguntó a Nelson: -¿Qué les vas a decir?

-Lo escribiré en inglés. Comenzaré con un "buenas tardes". Digo, "hola". Saludo primero. Le hablaré del sueño como si hubiese estado allí, como si fuera uno de los muchachos que presencié todo. Hablaré de la noche, de la tormenta, de la boya, del anuncio, de la carrera, de su contrincante. Luego copiaré el mensaje y se lo enviaré a los demás- respondió. Luego de escribir por algunos minutos, leyó en voz alta y en español.

-¿Qué más podría escribir?- preguntó Nelson esta vez.

-Pregúntale si sabe qué sucedió con el chico rubio del lunar en la mejilla que compitió contra él.

Nelson escribió.

-Un momento- interrumpió Nelson después de releer lo escrito -a este mensaje le falta el asunto.

-Es cierto... escribí "¿perdiste un amigo en el mar?"- sugirió Leo.

Nelson dejó caer los dedos sobre el borde del teclado y extravió su mirada en la pantalla. Leo notó que su amigo no escribió el asunto y le preguntó: -¿Te pasa algo?- pero no obtuvo respuesta.

-Cuando te me atravesaste en el bosque de los icacos y te vi a los ojos supe que esta búsqueda te cuestionaba. Creo que pude ver cuánto. Sentí algo raro por vos... no sé si fue lástima o qué, pero me asustó bastante verte así.

-Es compasión.

-No sé cuál es la diferencia entre lástima y compasión, pero si lo decís, te creo ¿Me hiciste de tus brujerías otra vez? Yo no era compasivo con nadie...

Nelson sonrió.

-No. No te hice ni hago brujerías.

-Lo que te quiero decir es que desde esa vez me preocupo más por vos y me asusta que guardés tanto silencio con tus cosas, aún más después de que me dijiste que yo te puedo ayudar.

Nelson miró a Leo fijamente. Apretó sus labios, trató de decir algo y volteó su cara hacia la pantalla.

Miedo.

Ausencia.

Ese fue un lunes que Leo prefirió no recordar. Permanecía sentado en una banca del patio, junto al corredor que terminaba en la cafetería, con la mirada perdida en un grupo de estudiantes de noveno grado.

Los de sexto corrían para llegar de primeros a la fila de la cafetería. A Leo le pareció que el coelgio estaba vacío, sentía la ausencia. Agachó la cabeza cuando vio venir una pareja de once. Se puso los audífonos y subió el volumen.

Cuando los tuvo al frente levantó la vista y se cruzó con la mirada de Pedro. Él lo miró con prisa, como si fuera un arbusto del patio y rió a su compañera, quien no paraba de hablar.

Leo sintió que algo pesado cayó en su estómago, como si se hubiese tragado una piedra. Tuvo ganas de llorar, siguió a Pedro con la mirada hasta cuando dobló por una esquina hacia la biblioteca. No superaba la vergüenza con Pedro. En ese instante revivió su odio hacia Nelson por lo que hizo, se odió también a sí mismo por haber sido tan ingenuo.

Extrañó a Óscar por preferir jugar ante rivales primerizos de sexto, echó de menos a Gabriel por su amigdalitis, a Nico e Iván por su entrenamiento de fútbol, dijo adiós a Pedro una vez más y se preguntó por Nelson, quien no asistió a clases ese día. Al fondo vio aparecer a Sofía. Venía con su amiga, una muchacha cuyo nombre Leo jamás aprendió. Hablaban y guardaron silencio al pasar frente a él.

Leo no la extrañó. No sintió deseos de hablar con ella. Sonrió por la ironía y cambió la canción de su iPod. Sentado en esa banca, esperó a que el timbre le anunciara su regreso al salón.

Cena con mamá.

Esa noche Leo fue hasta el cuarto de su mamá y golpeó en la puerta que un par de veces. Al no obtener respuesta abrió y dijo:

-Mamá, quería saber si te gustaría- enmudeció al notar que su mamá no estaba.

Le escribió un mensaje de texto preguntándole si se verían para la cena. A los pocos minutos ella le respondió.

Amor, perdona mi ausencia pero esta noche llegaré tarde. Calienta lo que hay en el recipiente de tapa naranja. No me esperes para cenar. Recuerda que el jugo está en la jarra. Te amo, mamá.

Simetría.

Para el fin de semana, las respuestas a las invitaciones y llamadas de Nelson eran nulas. Leo ocupó el sábado y el domingo haciendo las tareas del liceo y revisando su correo electrónico. Esperaba con ansias la respuesta de los Jake.

El lunes siguiente, Leo caminaba junto a Óscar después de bajarse del bus del colegio. Óscar relataba una película que vio el fin de semana mientras Leo tenía su cabeza en la ausencia de Nelson.

Al pasar por el área de los onces, Leo se fijó con atención. –“*Nelson es ñoño, no es de los que falta dos días seguidos al liceo*”- pensó. Luego de llegar a su salón, saludó a Gabriel, a Ivan, a Nico, a los demás que se encontró por ahí. La jornada comenzó y continuó sin novedad.

Una semana después Leo reconoció la ausencia de Nelson como algo más que un par de simple faltas. En el bus escolar, después de que Óscar se bajó y de quedarse en silencio, recordó las palabras de Nelson cuando mencionó que pronto se iría y temió porque eso hubiera sucedido. Fue entonces cuando sintió la imperiosa necesidad de ir hasta su casa y buscarlo.

Al llegar, doña Lola lo invitó a pasar:

-Siga, ya sabe dónde es- señaló hacia la parte posterior de la casa.

Leo siguió en su camino hacia el cuarto de Nelson. Miró hacia atrás, a la señora que se sentaba en mueble más grande y tomaba el teléfono. En el patio sólo encontró las plantas. Las cajas, las herramientas y los demás elementos ya no se estaban ahí.

Cuando entró al cuarto se encontró de cara a Nelson, quien lo saludó desde la silla del escritorio.

-Siempre viene. Me gusta eso de usted, me escucha y sabe acudir cuando lo llamo.

Leo, sin dejar de mirar a Nelson, se sentó en el suelo. Nelson le sonrió. Tenía puesto su saco de manga larga y cuello alto.

-Es el momento de hablar. Le quiero decir algo que usted estaba esperando escuchar.

--¿Son esas cosas que te gustaría explicarme y no podés?-agregó Leo con interés.

...Sí. Es sobre aquello que no puedo, ni debo explicar, pero que haré a continuación.

-¿Me vas a decir cómo hechizás a la gente y cómo aguantás tanto tiempo bajo el agua?

-Más que eso.

-¿Me vas a declarar tu amor? porque si es así, creo que ya conoces mis gustos- dijo Leo sonriendo con ansiedad.

Nelson se levantó el saco, reveló tres líneas paralelas y simétricas, que como bocas sin labios se expandían y contraían a un ritmo pausado a cada lado de su torso.

Leo, sin quitar la mirada de ellas, palpó con sus manos, ubicó la cama y se sentó con pesadez.

-Con todo lo que ha pasado, me ha demostrado que puedo confiar en usted y por eso le seré honesto. Para comenzar, quiero que sepa que le cuento esto, además, para lograr un avance en nuestro proyecto. Después de mucho divagar, llegué a la conclusión de que la verdad sobre mi origen puede arrojar pistas claves, que tal vez yo no vea, en esta búsqueda.

Lo que estoy a punto de confesarle hace parte de una civilización que ha sobrevivido a lo largo de la historia gracias al silencio.

Leo tan sólo pasó saliva con pesadez y sin cuestionarse dejó que la adrenalina invadiera su cuerpo.

Orígenes.

Secretos.

-A veces salíamos a nadar por fuera de la cúpula, o lo hacíamos entre las fuentes que atravesaban nuestra tierra. En el centro de todo, de los tres anillos que se alzaban como muros y contenían canales de agua estaba la montaña y sobre ella la acrópolis.

En ella vivía yo. En uno de sus edificios forjado en rocas, corales, arenisca y minerales, desde donde podía ver el palacio del Rey. A diario acudía a la academia donde recibía lecciones en artes, filosofía, astronomía, ciencias e historia instruidas por un tutor personalizado.

En otros momentos competía junto a mis compañeros de formación, en actividades acuáticas, o trabajaba en la talla de figuras en oricalco. Mis días transcurrían con total tranquilidad hasta aquella tarde cuando mi tutor me llamó hasta la gruta de los secretos donde su...

Nelson guardó silencio, alejó su mirada de Leo y la detuvo en un punto fijo en el suelo.

-¿Estás bien?- preguntó Leo, con cautela.

-Si... lo que pasa es que...

Leo arqueó las cejas.

-No lo sé. Dije esto y se me vinieron a la cabeza algunas imágenes que no comprendo. Las he visto antes en sueños.

-¿Qué imágenes?

-Cuando mencionaba el llamado de mi tutor... pensé en esos capullos que crecían entre los corales de las paredes.

-¿Capullos? ¿Es normal que no entienda una sola palabra de lo que estás diciendo?

-Son una especie de bolsas donde... no sé qué pasa en esas bolsas. Es extraño. No recuerdo haber estado ahí, sin embargo tengo recuerdos de ese lugar. Cuando me encontré con mi tutor, fue en su camarilla, una pequeña caverna casi en la entrada de la gruta.

-Un momento. Todo esto suena muy raro. Hablas de canales, anillos, de una acrópolis, de un Rey, de una academia ideal, de una gruta, de capullos. Por más pistas que des, todavía no descifro qué lugar es ¿A qué lugar te referís? ¿De qué planeta o de qué isla del Mediterráneo me hablás?

-No te hablo de una isla, ni de una tierra conocida. Te hablo de algo antiguo, de un lugar que antecede a la escritura. Te hablo de mi casa, la Atlántida.

Esmeraldas rotas.

Leo humedeció sus labios con la punta de su lengua y preguntó sin apartar la mirada de Nelson:

-¿Y esa Atlántida de la que hablas es qué? ¿Un pueblo? ¿Un parque? ¿Un barrio?

Nelson arqueó las cejas y preguntó:

-¿No has escuchado hablar de la Atlántida?

-Claro que sí, hasta he visto algunas películas, de allá viene Aquamán... bueno, en los comics. Por un momento llegué a pensar que me hablabas de ese lugar que se hundió en el... ¡ay juepucha!

Leo permaneció petrificado con una expresión de sorpresa en su rostro.

-Fui enviado para realizar un trabajo de campo. Hago parte de un equipo cuya misión consiste en investigar a los muchachos de hoy en día para conocer de cerca sus modos de vida y desarrollo. Esto en aras de identificar que tan amenazados estamos los atlantes con los humanos del futuro.

Sin embargo, en los últimos meses y a partir de nuestra relación he considerado que estoy aquí por algo más. Usted y sus sueños me lo han hecho sospechar todo el tiempo.

Leo se sujetó la cabeza, se llevó las manos hasta sus ojos cerrados y presionó con fuerza mientras se resistía a creer en lo que escuchaba.

-¿Qué podría ser eso otro que viniste a hacer aquí? ¿Qué tengo que ver en todo esto?- preguntó Leo sin mirar a Nelson.

-Es lo que estamos averiguando entre los dos. Es algo que nos supera a ambos y que está más allá de lo que comprendemos hasta ahora.

-¡Mierda! Esto es muy raro...

-Más que eso.

-Digo, es raro porque no me sorprende del todo. Es curioso, es como si desde niño escuchara historias, o viera programas en la televisión sobre ese lugar. Como sea, esto me deja con más preguntas que respuestas- dijo Leo, luego inclinó su cabeza, pensativo y añadió: -Esto tiene que ver conmigo también, lo sé. De otra manera no nos habríamos encontrado, yo no tendría esos sueños y no estaríamos aquí hablando.

Nelson se llevó una mano hasta su pelo y lo agarró con fuerza. Leo leyó la preocupación que callaba y guardó silencio junto a su amigo.

Tabula rasa.

Sin hablar más del tema, Leo esperó que Nelson fuera a la cama y se sentó a su lado. Ahí lo dejó que derramara un par de lágrimas en silencio, hasta quedarse dormido.

Entre sueños Leo escuchó a su amigo sollozando. Miró la hora en su reloj, ya era cerca de la media noche. Llamó a su mamá. Le dijo que se quedaría en casa de un amigo porque éste le ayudaría con un taller de química. Después de colgar, apagó las luces del cuarto, se quitó los zapatos y se acostó a dormir a su lado.

Leo cerró los ojos y no tardó en quedarse dormido. Todo se tornó en oscuridad. Primero fueron los ruidos sordos en el fondo, luego el eco de chapoteos distantes. Después vino un poco de luz que a través de flashes se fue intensificando hasta revelar el lugar: un mar agitado en medio de una noche tormentosa.

Un par de brazos que como lanzas entraban y salían del agua propulsaban un cuerpo grande, firme, que parecía de una densidad más fuerte que la de un humano corriente. Braceaba con ímpetu, casi al ritmo de la tormenta que se enfrentaba con el enardecido mar.

El nadador tenía el cabello dorado, la piel blanca perlada y nadaba con el estilo de un profesional. Leo lo reconoció, era Nelson. Llegó hasta una baliza flotante que insistía en señalar el límite entre el espacio permitido para los bañistas y la feroz profundidad del agua. La rodeó y cuando se disponía a regresar, una ola lo sorprendió por encima y lo envió contra el fondo.

Unos cuantos metros detrás venía Jake que alcanzó a ver la ola y logró prepararse para recibirla a tiempo.

Cuando Nelson logró estabilizarse, emergió a la superficie y retomó el ritmo de su brazada. Un ritmo parejo y constante con el que conseguía doblegar las olas de menor tamaño que se alzaban con insolencia ante su paso.

Leo vio una silueta blanca que pasó rápidamente debajo del agua, detrás del rastro del muchacho. Nelson avanzó al menos tres metros después de reponerse del golpe de la ola cuando se detuvo de improvisto. Sus brazos abandonaron el choque con el agua y se dirigieron a su abdomen. Se sujetó con fuerza al mismo tiempo en que sus piernas dejaron de patear.

El diestro nadador se volvió entonces una suerte de bola humana que sucumbió a una fuerza interior que lo obligó a rendirse ante la bravura del mar y se hundió. Miró hacia arriba mientras las olas disimulaban las burbujas de oxígeno que abandonaban su boca y su nariz como si se trataran de ratas de que escapaban de un naufragio. Nelson vio a su contrincante pasar con firmeza por la superficie, sin poder al menos levantar un brazo para sujetarlo por una de sus piernas.

Nelson cerró los ojos. Sus brazos liberaron su torso. Lentamente se fue desvaneciendo cuando un cuerpo con piel de marfil que relucía ante los relámpagos que azotaban la superficie se aproximó hacia él, lo sujetó con fuerza y lo arrastró hacia la oscuridad que terminó por devorarlos.

Rebeldía.

El pez en el closet.

Cuando Leo abrió los ojos, se encontró junto a Nelson, que ya estaba sentado. Desde ahí, entre la oscuridad, escuchó su respiración agitada y un ruido que confundió entre un siseo y un gruñido gutural.

Leo prendió la luz y encontró a Nelson retorciéndose con las manos en el ombligo. Se hizo a su lado y con sus brazos rodeó el cuerpo del Atlante hasta conseguir que se calmara. Una vez Nelson logró detener su agitación, abrió los ojos. Leo se acercó a él sin disimulo, con el ceño fruncido y la boca entreabierta. Se fijó en los ojos sin pupila, con sólo una esclerótica negra.

-¿Estás enfermo?- preguntó Leo aterrado, llevando su mano derecha hasta el rostro de Nelson.

Nelson guardó silencio.

-Estoy bien.

-Pero, ¿qué te pasó? digo, tenés los ojos raros- dijo Leo.

-No solo en los ojos- respondió Nelson quitándose el saco de manga larga, dejando al descubierto una piel amoratada alrededor de los tres pliegues en cada lado del torso y unas venas azules que se marcaban en el vientre. Leo se fijó en cada detalle y se detuvo en el ombligo, donde encontró una cicatriz recta en posición vertical.

Nelson se descalzó. Leo se detuvo en unas membranas que unían los dedos de sus pies.

-¡Que loco todo esto! ¡Parecés un ornitorrinco!

-Esto hace parte de un ciclo con el que debo cumplir. Este ciclo determinado por la luna me indica cuando debo de regresar a casa. Mi cuerpo se prepara para el momento indicado.

-¿Regresar? ¿Para qué?- preguntó Leo.

-Para dar el informe de mi misión.

-Después de esto creo que ya sé todo lo inconfesable que me escondías ¿O hay algo más?

Nelson asintió, se levantó de la cama y fue hasta el baño. Leo lo siguió y ahí comprendió para qué eran los materiales y los objetos que había visto antes en el patio de la casa.

Nelson había armado una suerte de cápsula alrededor de su tina. Se acercó a ella, la abrió por un lado como si se tratara de una cámara bronceadora y reveló su interior. En el fondo había agua de mar con algunos corales pequeños.

-Esto me ayuda a sobrevivir en los momentos previos a mi regreso, cuando mi cuerpo comience a cambiar.

-¿Cuándo debes regresar?- preguntó Leo con su mirada puesta en el líquido que parecía moverse con vida propia.

-En la próxima luna nueva, con el flujo de la marea.

-¿Qué es cuándo?

-Dentro de diez días- respondió Nelson con pesar en su voz, y agregó en tono suplicante:

-El viaje es lo de menos. Lo peor viene después; tendré que quedarme. Por favor no me deje regresar, no al menos hasta que resolvamos este misterio.

-Está bien. No te dejaré regresar. Por ahora tengo que contarte un sueño que acabo de tener...

Naturaleza.

Dos días después Leo fue hasta la casa de Nelson con una bolsa negra. Dentro de ella traía docenas de panales de huevos. Al llegar al baño dio un par de golpes sobre la tapa de la cámara y Nelson la abrió. Sacó su cabeza y una mano del agua, saludó levantando su pulgar hacia Leo.

-Hoy fui al restaurante del liceo. Ahí me dijeron que podía separar los panales del reciclaje. Creo que con dos días más completaremos el baño- dijo Leo mirando la pared y media que ya había sido tapizada por Nelson, con panales.

Leo fue hasta el cuarto de Nelson y trajo una caja con clavos, pegamento, un martillo, tijeras y cinta. La dejó junto a la puerta y comenzó a pegar los panales de la tarde. Nelson

mientras tanto permanecía con el cuerpo sumergido, salvo la cabeza. Desde ahí habló con Leo sobre el liceo.

Por más que Leo quería preguntar sobre la Atlántida, procuró no hacerlo. Intuyó que de averiguar más, Nelson le respondería, por consiguiente podría terminar asustado y huyendo.

Leo relató historias sobre antiguos romances, antiguas rivalidades, el historial de novios de Clara, cómo conoció a Gabriel cuando tenían cuatro años de edad.

Nelson parecía disfrutar de los relatos. Reía, preguntaba con interés y apoyaba las burlas de Leo contra Clara.

-Ella nunca me agradó, a pesar de que fue una de las primeras personas que me habló en el liceo- agregó Nelson.

-De nada te perdés con ella- dijo Leo mientras presionaba contra la pared un panel que acababa de pegar.

-Si quiere, cuando vuelva le genero una diarrea descontrolada- dijo Nelson guiñando uno de sus ojos ennegrecidos.

-Uy ¡No hagás eso!

-¿Qué? ¿No le hago dar diarrea?

-No. Eso sí, lo que digo es que no me volvés a picar el ojo... todavía no me acostumbro a tu look siniestro.

Nelson sonrió.

-¿Y podés hacerle dar diarrea a quien querás?- preguntó Leo.

-Más que eso. Puedo influir en la mente y organismo de la persona que yo elija, de la manera en que quiera hacerlo.

-Qué bacano. Ya quisiera poder hacer algo así.

-Es divertido, aunque a veces doloroso. No es cómodo enterarse de lo que otras personas piensan de uno, más cuando esas personas te sonríen por fuera y por dentro te están maldiciendo.

-¿Pero no les podés dar su merecido?

-Sólo si quiero. Lo primero que nos enseñan en casa es a usar esta habilidad con gran responsabilidad y respeto por los humanos.

-¿Podrías hacer que Pedro olvide lo que sucedió conmigo?

-Por supuesto, aunque eso me haría contradecir la promesa que le hice de no volver a meterme con usted y sus seres queridos.

-Tenés razón- asintió Leo. Nelson lo miró en silencio y después le preguntó por los padres de Leo.

-Mi mamá... ella trabaja de lunes a viernes de nueve a seis más o menos. Llega a la casa, comemos, vemos televisión en la sala mientras hablamos un rato y luego cada uno se va

a su cuarto. Ella en el suyo sigue viendo televisión, yo en el mío me meto a internet, veo porno, hablo con mis amigos, veo videos en youtube, chismoseo en Facebook, comento fotos, me burlo de las más feas, a veces hago tareas.

-¿Y su papá?

-Bien. Bien enterrado en el cementerio.

-Lo fastidié de nuevo con mi torpeza seudohumana ¿Verdad?

-Absolutamente. No se dice “lo fastidié de nuevo con mi torpeza seudohumana”, se dice “la cagué otra vez, marica”, o gonorrea, o parce si sos mas elitista. Pero bueno, no importa. Mi papá, el docente e investigador Anderson murió cuando yo tenía dos años. Tenía problemas de azúcar, según me dijo mi mamá... una herencia rara de esa familia aún más rara que es de no sé dónde.

-¿Le han dicho a cuál de los dos se parece?

-Mi mamá dice que me parezco mucho a mi papá. Dice que era muy alto. Espero crecer tanto como él. Saqué sus ojos, son de una forma parecida y en el color. Tenemos este lunar en la, bueno, no te lo voy a mostrar, pero mi mamá dice que tenemos el lunar en el mismo lado- respondió Leo embadurnando un panal con pegamento.

-¿Y los tuyos?- lanzó Leo con la mirada en el panal que ahora llevaba hacia otro que ya estaba pegado.

-Mis... ¿Padres?

-Sí.

-No sé. En casa el concepto de familia es diferente al de ustedes.

Leo fijó el panal en la pared y se enfocó en la respuesta de Nelson.

-Pues, la familia como tal quedó reducida a la institución académica. Los niños nacen y son entregados a un tutor quien se encargará de instruirlos hasta cuando puedan valerse por sí mismos alrededor de los cuatrocientos años.

-Bueno, ya no me sorprende lo que decís, en especial desde cuando me dijiste: “hola, vengo de la Atlántida”.

-Por esa razón no sé nada de mis progenitores, ni necesito saberlo- respondió Nelson con indiferencia.

Leo quiso preguntar más, pero temió que Nelson se intimidara con la indagatoria y cambió de tema. Esta vez le preguntó:

-¿Y qué me cuentas de Pedro?

-Todo lo que quiera saber.

-Que mala pregunta acabo de hacer... Es verdad que estuviste hurgando en su testa ¿Vos podrías saber que significa Leo Anderson para él?

-Sí.

Leo se detuvo justo en el borde de formular su siguiente pregunta.

-Pero no intervendré esta vez. Creo que aprendí esa lección- replicó Nelson.

-Gracias- dijo Leo sonriendo.

Primitivo.

Para el día sexto Nelson hablaba lo necesario. Pasaba la mayor parte del tiempo con su cabeza sumergida, o al menos hasta el cuello y con su mano se humedecía el rostro.

Leo ya había terminado de cubrir las paredes del baño con los panales. Solía ir a casa de Nelson después de clases. Usaba el computador de Nelson y desde ahí realizaba todas sus actividades del liceo.

Para el día octavo, Nelson se asomaba hasta la altura de los ojos. En medio de una de sus contadas salidas a la superficie le dijo a Leo con voz gutural:

-En el suelo... closet... maleta... cadenas.

Leo corrió hasta el lugar indicado y regresó con una maleta pesada. Sacó de ella un par de cadenas cortas, forjadas en un metal negro y opaco, con grilletes en cada extremo.

Nelson asomo una mano nacarada con uñas del mismo color y Leo le acercó las cadenas. Nelson negó con la cabeza, sacó ambas manos esta vez, cerró los puños y enseñó sus muñecas. Leo ajustó los grilletes de los extremos en cada brazo y luego Nelson recibió las cadenas. Las sumergió en el agua cuyo color se había tornado en grisáceo y a juzgar por los movimientos, Leo consideró que se encadenó con algo en el fondo, a su espalda.

El noveno día Nelson dejó de asomarse. El décimo día Leo no fue a estudiar. Antes de salir de casa le anunció a su mamá que esa noche dormiría donde Gabriel para terminar un trabajo de química. Desde temprano Leo llegó al cuarto de Nelson y al entrar al baño se encontró con la puerta de la cápsula cerrada. Intentó abrirla pero no lo consiguió. Miró a través de los bordes y los encontró herméticos. Se sentó en el suelo, junto a la cápsula, y ahí pasó la mañana. Almorzó una hamburguesa que había comprado la noche anterior. Jugó en el computador de Nelson, chateó con Gabriel después de que éste saliera de clases. Abrió una página de porno. La cerró al caer en cuenta de que no estaba solo en ese baño. Revisó los archivos de Nelson, compuestos por trabajos del liceo. Escuchó su música; casi toda indie, chill-out, e instrumental.

Leo fue hasta el cuarto de Nelson y miró su colección de libros. Ni por curiosidad llegó a detenerse en un solo título. Miró los cuadernos que estaban sobre el escritorio y revisó sus últimas hojas. Las encontró limpias. Le pareció que Nelson era un aburrido y los regresó a su lugar. Fue hasta la repisa donde estaban las medallas y esta vez las observó con detenimiento:

“Medalla de honor en reconocimiento a la Excelencia académica”, “Medalla de Oro en los intercolegiados: Natación”, “Primer puesto en desafío matemático”.

Y de las medallas pasó a la moneda más grande. Una dorada y oxidada que le recordaba a aquella que estaba en su casa. La tomó, la observó. Calculó que el peso y la textura eran similares. Leo la acercó a su nariz. Le olió a sal, a una sal que le resultó familiar. La moneda se escapó de sus dedos y cayó al suelo con estrépito.

Miró por la ventana. Ya era de noche. Recogió la moneda y tan pronto la devolvió en su lugar, un ruido constante y fuerte salió del baño. Leo corrió y encontró la tapa de la cápsula sacudiéndose con violencia. Permaneció detenido. Sólo observaba sin saber qué hacer. Estuvo así por casi cinco minutos y luego de ver que por más golpes y fuerza que Nelson ejerciera la puerta no cedía, decidió sentarse en el suelo.

La agitación se intensificó con el paso de las horas y cerca de la media noche, cuando Leo comenzaba a acostumbrarse a la agitación, la puerta de la cápsula se abrió.

Leo fijó su espalda contra la pared y fue testigo de cómo Nelson alzaba sus piernas de color blanco perlado, casi como si fueran de mármol, asomaba su cabeza con ojos negros, encías del mismo color y se esforzaba por liberar sus manos atrapadas por las cadenas. Tiró con desespero, flexionó sus extremidades, se estiró entre sobresaltos. Nelson gruñó, chilló, aulló con sonidos que por momentos eran similares a los de las ballenas y por otros al chirrido de una reja oxidada. Nelson apuntaba con su mirada a todas direcciones y a ninguna.

-Tranquilo...- dijo Leo con sus palmas abiertas hacia Nelson.

Nelson se detuvo. Volteó su cabeza hacia Leo y cerró un poco sus párpados. Nelson giró su cabeza de un lado para otro como si tratara de enfocar a Leo, y chilló una vez más y trató de liberarse cuando Leo le dijo: -sigo aquí, te estoy cuidando.

El ruido, el miedo, el olor a pescado, la piel perlada de Nelson, el brillo de la luz, todo se fue desvaneciendo ante los sentidos de Leo, que sin entender lo que le sucedía, se dejó

llevar por una intensa sensación. Leo se levantó del suelo, dirigió su mano derecha hasta la frente de Nelson, la fijó ahí y sintió que su cabeza estallaba. Nelson se detuvo. Leo no lo sintió, pero un hilo de sangre se escapó de su nariz. Leo llevó su mano izquierda hasta la boca del estómago de Nelson y esta vez sintió un fogonazo saliendo de sus dedos.

Nelson se desplomó en el agua.

Alergias infantiles y marcas de nacimiento.

Cuando Leo abrió los ojos ya era de mañana. Tardó un poco en reconocer que estaba recostado en una esquina en el baño de Nelson. Recorrió el lugar con su vista y se fijó en cada detalle: en la tapa de la cápsula destapada, en el agua en el suelo y sobre las paredes envueltas en pañales de huevos. Trató de moverse pero un dolor punzante en su cabeza, en su abdomen y en sus extremidades se lo impidieron.

Deslizó su espalda hasta caer en el suelo y ahí permaneció hasta cuando logró disipar un poco su aflicción. Lo suficiente como para levantarse y llegar arrastrándose hasta el lugar donde estaba Nelson.

Al abrir los ojos de nuevo supo que había transcurrido algún tiempo. El calor había evaporado gran parte del agua que estaba en el suelo, y el cuerpo le dolía menos. Se sentó junto a la tina, introdujo sus manos en ella y recuperó a Nelson del fondo.

Lo encontró adormilado, con un gesto de tranquilidad en su rostro. Lentamente lo regresó al agua, no sin antes detenerse en las marcas, en las discretas agallas que habían dejado

de moverse justo debajo de donde se terminaban sus costillas. Leo se levantó la camisa y se miró en ese lugar, justo en el mismo sitio encontró marcas que hasta entonces había pensado que eran parte de una alergia que desarrolló desde niño.

Recordó las veces en las que su mamá le aplicaba ungüentos y le dio antialérgicos para eliminar las marcas de su piel, sin éxito. Leo sintió que el aire le faltaba. Revivió un ahogo que en más de una ocasión le valió varias visitas al médico y un largo tratamiento contra el asma.

Condiciones.

Algo familiar.

Leo se cambió de ropa por una que encontró en el armario de Nelson y salió del cuarto. Ya en su casa se bañó. A la hora de secarse, frente al espejo miró las marcas entre su caja torácica y su abdomen. Miró la hora en el reloj que estaba sobre el sanitario. Eran las dos y cuarenta y ocho minutos de la tarde. Se extrañó por no sentir hambre. Luego de vestirse cayó dormido y se despertó con el llamado del despertador al día siguiente.

Leo durmió en las primeras clases con disimulo, ocultándose detrás de Gabriel. Sólo cuando un par de ronquidos se escaparon de su boca, Iván lo golpeó por la espalda con un cuaderno y lo devolvió a la vigilia por un momento.

Cuando sonó el timbre del descanso, Gabriel se volteó hacia Leo y dando golpecitos en su oreja derecha le preguntó: -¿Quién te trasnochó?

Leo levantó su cabeza, con los párpados caídos y respondió con pesadez:

-Nelson.

-¿Corneaste a Pedro?

-Güevón. Estábamos en algo que está lejos de lo que te imaginás. Malpensado.

Gabriel se acercó más a Leo y le susurró al oído:

-Ve, ayer cuando fui a la casa de Nico me agarré con él.

Leo se frotó los ojos y Gabriel continuó:

-De nuevo peleamos por el chandoso de Motas. Ya es confirmado que ese perro me odia.

-¿Sólo ese perro?

-Todos los malditos chandosos me odian, y yo comienzo a odiarlos a ellos.

-¿Y te hablás con Nico?

-No. Se enojó porque le di una patada al perro escandaloso.

-Que bruto. Una patada tuya duele y ese perro es muy pequeño.

-Te juro que estoy mamado de que ese perro me reciba con ladridos y mordidas cada vez que llego a esa casa. Vos has visto, ya me ha dañado un maletín, los cordones de mis zapatos y la suela de mis converse negros.

Leo sonrió y acomodó su cabeza a la tabla de su pupitre.

-Pero vení, contame en qué es que andás con Nelson. Ayer escuché que no había vuelto al Liceo y que en el equipo de natación lo estaban preguntando- preguntó Gabriel.

-Nelson está enfermo, me fui a acompañarlo un rato, se me pasó el tiempo viendo películas de terror con él y me quedé dormido allá.

-¿Qué le dio a ese man?

-Una alergia. Algo respiratorio, nada grave. En un par de días estará de regreso y ganándonos a todos en natación.

Esa tarde, después de llegar a su casa, Leo fue hasta su cama y sin quitarse el uniforme cayó dormido.

Se vio sentado en la playa de cara al mar. A unos cuantos metros encontró a una mujer delgada, de cabello largo y azabache que rompía algunos papeles y dejaba que el viento se los arrancara de las manos. Un trozo cayó cerca a los pies de Leo y ahí reconoció que se trataba de una foto. Era el fragmento de un rostro. Vio un ojo color miel con patas de gallina en el borde de los párpados, piel gruesa y parte de una mejilla pecosa.

Pensó que podría dormir toda la tarde, que el cansancio y la falta de tareas así se lo permitirían, pero un fuerte dolor de cabeza lo despertó. Miró la hora, apenas había dormido cuarenta minutos.

Aún estaba cansado, sentía que su cabeza le bombeaba con fuerza. Se acostó boca arriba, cerró los ojos y repasó el sueño. Revivió en su mente ese ojo, esa mejilla, esas pecas le resultaban familiares. Consideró que tal vez sería él de adulto.

El árbol ginecológico.

Esa noche Leo se sentó en la mesa frente a un plato de comida humeante.

-¿Te pasa algo?- preguntó su mamá desde el otro lado de la mesa.

-Estaba pensando, cómo sería yo de grande.

Diana sonrió.

-Imagino que como su papá. Ustedes dos se parecen bastante, físicamente hablando.

-¿Cómo era él en su forma de ser?

-Pues, era serio, cariñoso, reservado, muy reservado con sus cosas... le gustaba referirse a los demás como "usted", pocas veces usaba el "vos".

Leo terminó de comer, se levantó de la mesa y llevó los platos hasta la cocina. Regresó por la jarra que tenía algo de jugo, la guardó en la nevera y al cerrar la puerta se encontró con una foto de su mamá cargándolo cuando apenas tenía tres años de edad.

Después de que su mamá se encerrara en su cuarto, cerca de las diez de la noche, Leo fue hasta el ático que usaban como bodega y de ahí a un viejo armario donde guardaban álbumes familiares. Tomó un álbum cuya portada era de color verde botella con letras doradas en cursiva. Se sentó en el suelo frente al armario, lo abrió y pasó sus dedos sobre las primeras fotos que encontró.

Vio a su mamá junto a sus hermanas, todas sonrientes, con colas en el pelo y una ridícula mota esponjada en la frente. Camisas flojas, pulseras de colores fuertes. Pañoletas en la cabeza, gafas sobre la frente, sombreros de copa, en converse, un afiche de Cyndi Lauper, otro de los New Kids on the block. Leo sonrió al ver a sus tías en esos atuendos tan coloridos, hoy hechas unas damas de hábitos ortodoxos que no aceptaban su bisexualidad.

Tenía claro que su familia estaba caracterizada por un matriarcado que había excluido a su familia paterna, de cuya rama no tenía conocimiento alguno. Sabía que en esas las fotos sólo encontraría los rostros de su lado materno. Vio fotos de fiestas, reuniones y paseos familiares. A sus abuelos, algunos de sus primos, y entre tanto familiar encontró a su papá.

En la primera foto, una general, el señor Anderson abrazaba a Diana junto a sus abuelos y tías. La foto era tan vieja como borrosa. En la foto siguiente estaba de espaldas a la cámara. Elevaba cometa junto a su mamá. En otra estaba besándose con su mamá.

Leo tomó un segundo álbum que estaba junto al anterior y buscó en él. Encontró una foto que si bien mostraba un segmento importante del rostro de su papá, también dejaba ver algo más: Un destello de luz plateada que de inmediato relacionó con el de Nelson en su primer encuentro.

De nuevo sintió que el aire se escapaba de sus pulmones al tiempo en que un miedo infantil lo invadía. Uno similar al que sintió cuando pensó que Gabriel estaba muerto, similar al que sentía cada vez que se quedaba sin aire y su mamá corría a traerle el inhalador que dejó de consumir a los diez años. De nuevo regresaron a él esos segundos eternos donde todo parecía moverse con lentitud, como si sucediera debajo del agua.

Cerró los ojos, se concentró en recuperar su respiración. Se fijó en sus pulmones y los expandió a voluntad, asumiendo que el aire entraba y salía de ellos con fluidez. Aplicó los principios básicos que recordaba para retomar la calma y el oxígeno. Ejercicios que dejó

de practicar después de muchos años en los que había dejado de presentar sus respiratorias.

Cuando se sintió listo abrió los ojos y acercó a su cara la foto que sostenía entre sus dedos. Era una foto de su segundo cumpleaños. En ella su papá lo cargaba y el reflejo estaba entre los dos, en su pecho y subía hasta cubrirle un cuarto de su cara. Entre ellos y la cámara había un pastel con una vela con la forma del número dos. Leo se fijó en la ropa de su papá, tenía un saco con cuello de tortuga y de manga larga.

Cicatriz.

Un pedazo de mi hogar.

Leo se encerró en su cuarto con la luz apagada. Guardó la foto debajo de la almohada y se acostó de cara al techo. Sacó su celular del bolsillo y llamó a Nelson, obteniendo como respuesta un frío mensaje: el número que está marcando se encuentra fuera de servicio.

No supo en qué momento se durmió. Cuando abrió los ojos acercó el celular que aún estaba en su mano y miró la hora. Faltaban quince minutos para que sonara la alarma. Se levantó de su cama, se bañó, se vistió con el uniforme y en un intento por aplastar su ansiedad, se fue caminando al liceo.

La mañana era fría, silenciosa, solitaria. En su marcha, Leo no se percató de ningún empleado yendo a su lugar de trabajo, ni se las puertas de los locales abriéndose al nuevo día. Su cabeza seguía en aquellas preguntas sobre esas coincidencias que había encontrado entre Nelson y él. También pensaba en su padre y en la foto. Le era imposible no relacionarla con la que tomó a Nelson en el baño.

Al llegar al liceo, Leo se sentó en una banca que estaba junto a la puerta que permanecía cerrada. Buscó la hora en su celular, eran las seis y cuarenta. Sacó la foto de su papá del bolsillo de su pantalón y la miró una vez más.

-Muchas gracias por no dejarme ir. No la cagamos esta vez- escuchó decir a Nelson a su lado. Leo se volteó hacia él, se levantó y le dio un fuerte abrazo.

-Vamos a otra parte, todavía no estoy listo para regresar al liceo- dijo Nelson. Leo se apartó de él, lo observó y detalló que traía puesto con un saco de manga larga, cuello de tortuga y gafas oscuras.

Leo acompañó a Nelson hasta una cafetería que estaba a un par de calles del liceo. Luego de sentarse, Leo le preguntó por su estado.

-Estoy regresando a mi forma humana. O bueno, a lo más parecido que alguna vez fui a un humano. Con el distanciamiento de la luna que me cambió, mi naturaleza atlante también se aleja. Por ahora no estoy presentable. Espero regresar al liceo en una semana- respondió Nelson con voz débil.

-Tengo tantas preguntas que hacerte.

-Por eso estoy aquí. Sentí que algo sucedió con usted.

-Encontré esta foto. Es de mi papá- dijo Leo entregando la foto a Nelson.

Nelson levantó la imagen. La observó por un instante y dijo:

-Él es.

-Mi papá- respondió Leo.

-Mi tutor.

Ambos miraron la foto que Nelson sostenía al frente.

-Es el señor Sergio Anderson. Mi papá.

-Es el tutor Corcus OrmB´aan Ray. Mi tutor.

El señor maravilla.

-¡No!- exclamó Leo –mi papá... él es...

-No lo sabe, ¿verdad? No sabe quién es su papá- cuestionó Nelson.

Leo inclinó su cabeza.

-Después de esto tampoco sé quien es mi tutor.

Leo miró a Nelson.

-¿Seguimos buscando?- preguntó Nelson.

-¿Alguna idea de por dónde seguir?

-Se me ocurre en la memoria de su familia- respondió Nelson devolviendo la foto a Leo.

Minutos después los dos llegaron a la casa de Leo.

-¿Seguro que su mamá no está?- preguntó Nelson luego de entrar a la casa.

-Son más de las ocho... ya se fue- respondió Leo detrás de Nelson.

-Bueno. ¿Entonces comenzamos por los álbumes?

-Me parece bien- dijo Leo y llevó a Nelson hasta el ático.

Leo indicó a Nelson dónde estaba el interruptor, y con el sitio iluminado, los dos abordaron el viejo armario donde se encontraban los álbumes. En medio de la búsqueda Leo se percató de que Nelson se quitó las gafas oscuras. Notó que sus ojos lucían enrojecidos, con visos negros.

Entre los dos recolectaron las fotos del señor Anderson.

-Lo recuerdo bien, es él. Esas manchas rojizas en la piel, esas orejas, esas mejillas, esos ojos color miel. Sí se parecen. Sacaste sus ojos, la forma de la cara. Las cejas. Ahora me doy cuenta de que te veo y me parece estar viendo algo de él- dijo Nelson minutos después, frente a una estela de fotos del señor Anderson que había tendido en el suelo.

-Creo que lo recordás mejor que yo- expresó Leo con tristeza mientras escarbaba en el fondo del mueble y preguntó: -Por cierto, ¿por qué las fotos salen con esa luz?

-Es un reflejo de nuestra piel que sucede con el flash. Verá, nuestra epidermis tiene células, proteínas y componentes que se asemejan más a las características de los peces. Por eso logramos nadar con fluidez y sobrevivir a las condiciones de nuestro hogar- respondió Nelson.

-¿Sabes? Este fue el único lugar que conservó mi mamá para recordar a mi papá. Aquí hay algunos de sus trajes, sus uniformes, sus corbatas. Mira sus mancuernas. Un par de medallas. Sus cartas de amor. A papá le gustaba hacer cosas con sus manos. Según me

dijo mi mamá, él hizo este mueble. Él hizo mi cuna, decoró mi cuarto, talló en madera algunos de mis juguetes. También me hizo esta tarjeta.

Cuando Nelson apartó su mirada de las fotos y se fijó en Leo, encontró que él tenía en sus manos una cartulina rosada con recortes de revistas y dibujos. Nelson la tomó en sus manos y la observó.

-Conozco esta letra- dijo Nelson sonriendo.

-También me hizo un cuento. Vamos al estudio y te lo muestro.

Leo y Nelson bajaron del ático al primer piso. Detrás de las escaleras había una puerta y del otro lado un cuarto con un par de ventanales que dejaban ver las bibliotecas, el escritorio, un par de sillas y un secreter.

Leo fue hasta el secreter, buscó en sus cajones y dijo: -Mamá me dijo que estaba por aquí, en algún... ¡aquí está!

Se trataba de un cuaderno hecho a mano, cosido en los bordes con una cinta gruesa y azul. La portada estaba hecha con dibujos de tres pájaros.

-Mamá me decía que cuando papá me escuchaba llorando, o cuando me enfermaba venía y me leía este cuento.

Nelson arqueó las cejas, tomó el libro y luego leyó el título que estaba escrito con marcador:

El príncipe de Jade.

Para mi Leíto, el leoncito

Había una vez un pájaro que era sabio. Vivía en un árbol muy viejo, en alguna isla del lago que estaba en el bosque. Cierta día abandonó su isla y partió en busca de una raíz que necesitaba para hacer un hechizo con el que salvaría la vida de su árbol. Voló de día, de noche y cuando se sintió muy cansado se detuvo en la rama de un roble.

Desde ahí vio una familia de pájaros que recolectaban semillas del suelo. Se acercó a ellos, los saludó y le preguntó a una pajarita con ojos de Jade si se podía quedar con ellos por unos días, mientras recuperaba sus fuerzas.

Con el paso de los días, el pajarito se enamoró de la pajarita y decidió quedarse con ella y su familia por un tiempo. Sin embargo, un día él tuvo que seguir su viaje. Finalmente encontró la raíz y regresó con ella hasta su isla. Preparó el hechizo y salvó la vida de su árbol.

Después de resolver su problema, el pajarito decidió regresar con su pajarita. Quería vivir con ella para siempre y cuando llegó hasta su árbol se encontró con que ella tenía un esposo con cuatro pequeños polluelos.

Durante algunos días el pajarito espió a la pajarita con ojos de Jade y comprobó que su polluelo mayor era su hijo.

Muy triste el pajarito regresó hasta su isla.

Años después viajó de nuevo, en una nueva misión. Esta vez tomó otro rumbo y al parar a tomar agua cerca de un riachuelo conoció a otra hermosa y pajarita de copete negro. Él se fijó en ella y notó que era bastante solitaria.

Al igual que en la vez anterior decidió quedarse con ella por unos días mientras recuperaba su condición. De nuevo se enamoró, sólo que esta vez consiguió casarse con ella y tener un hijo al que vio nacer.

Su nuevo pichoncito se parecía mucho a él. Tenía los ojos de color miel, dorados, un copetico negro brillante en su cabeza. El pajarito disfrutaba de su nueva familia cuando recibió noticias de los peces del lago. A través de una libélula mensajera le informaron que la malvada barracuda había acabado con casi todos los peces y que necesitaban con urgencia de una piedra mágica que él sabía usar.

Sin decir nada, el pajarito abandonó su nueva familia, buscó la piedra, resolvió el problema de los peces del lago y regresó a casa su casa en el árbol.

Ahora más triste que nunca decidió quedarse en su árbol y dedicarse a los asuntos de su isla y sus alrededores.

Años después, mientras regresaba a su casa con una flor de siete colores pasó cerca del bosque donde había conocido a la pajarita con ojos de Jade. Se detuvo por un par de horas y espío a su hijo, quien ya era un pájaro joven.

Se acercó a él y notó que estaba herido, que si no lo curaba pronto iba a morir. Decidió llevárselo hasta su isla y ahí lo curó. Aprovechó la flor de siete colores, preparó una poción y se la dio a su hijo por muchos días.

Mientras el joven pajarito se recuperaba, su papá le cambió el nombre: lo llamó “El príncipe de Jade” y le enseñó muchas cosas. Le enseñó a tejer, a tallar piedras, a tallar la madera, a preparar pociones curativas, le enseñó a defenderse, le enseñó a hacer piruetas en el aire. Y cuando su hijo finalmente se recuperó, el pájaro le pidió un favor. Le dijo que fuera hasta el riachuelo y cuidara a una hermosa pajarita y a un pichoncito de copete negro que vivían cerca de ahí.

Fue entonces cuando los hijos del pájaro se conocieron y fueron como dos hijos para la pajarita que se había quedado sin su esposo.

Las mentiras que mis padres me dijeron.

-¿Ese es el fin?- preguntó Nelson con impaciencia.

-Ya ni sé qué creer...- respondió Leo cerrando el libro con una sola palmada.

-¿Me puede prestar el libro por un par de días?- preguntó Nelson.

-Sólo un par.

Tres días después Leo estaba sentado en la mesa del comedor a pocos centímetros de un plato de chuleta valluna con papas, ensalada y jugo.

Una mano femenina lo acarició por la mejilla, bajó hasta el mentón y luego señaló el plato.

-Corazón, no olvide comerse las verduras. Mire que le traje de la vinagreta que a usted le gusta.

-Sí mamá.

-Leíto ¿Te pasa algo?- preguntó una mujer delgada, de pelo negro hasta los hombros, gafas, finas facciones y piel trigueña que se sentó en el puesto frente a Leo.

Leo masticó un trozo de carne que se llevó hasta su boca y luego de pasarlo con pesadez por su garganta le preguntó a su mamá:

-Mamá, ¿Has tenido noticias de la familia de mi papá?

-Ni más- respondió Diana acercando un vaso con jugo a su boca.

-¿De dónde es que son los Anderson?

-Su abuelito, el papá de Sergio era de Nueva Zelanda y su abuelita, doña Estercita era de aquí, de la costa.

-Por eso mi papá era costeño- reconoció Leo y después preguntó:

-¿Alguna vez conociste a mis abuelos?

-No. Nunca. Sólo los vi en fotos que trajo su papá.

-¿Todavía quedan esas fotos?

-Creo que tengo alguna de su abuelita, por ahí ¿Por qué tanto interés por la familia?

-Una tarea. Estamos haciendo el árbol ginecológico y pues de mis abuelitos Anderson no sé nada. Creo que ni me acuerdo de esas fotos.

Diana rió y dijo:

-Es árbol genealógico. Ahora después de comer vamos y le muestro las fotos.

Media hora después Leo y su mamá estaban frente a un viejo escritorio en el ático. Ella sacó un álbum de pasta café que estaba en el fondo y luego de buscar enseñó un par de fotos a Leo.

En la primera estaba una mujer rubia de ojos verdes y piel de durazno que estaba sentada en las escaleras de madera pintadas azul, en la entrada de una casa. En la segunda foto estaba la misma mujer con un niño rubio en sus brazos. Sonreía con calidez.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Leo luego de reconocer a la mujer de la foto como la mujer de los sueños y a Nelson como el niño que ella tenía en sus brazos. Sin dar crédito a lo que estaba viendo le preguntó a su mamá:

-¿Papá tenía el pelo amarillo cuando era niño?

-Yo no sé. Siempre lo conocí pelicafé. A lo mejor si era monito.

Leo sintió que la sangre le hirvió. Leo quiso reclamar a su mamá por que le dijera la verdad, pero al considerar que a lo mejor y ella también había sido engañada, se tragó el impulso.

Leo guardó las fotos en el bolsillo de su pantalón, le dio un beso en la mejilla a su mamá y salió del ático.

-¿A dónde vas mi amor?- preguntó Diana desde lo alto del ático una vez Leo bajó a su cuarto.

-Voy a casa de Nelson un momento, no me demoro.

-¿Te busco más fotos?

-No, gracias, con estas tengo. Las escaneo y te las devuelvo.

El niño de mamá.

Leo se sentó junto a Nelson en su cama, le entregó las fotos y éste, después de mirarlas negó con la cabeza.

-No estoy seguro, pero creo que si es- dijo Nelson.

-¡Es la misma de mis sueños! Es tu mamá, o bueno, la mamá del Nelson con el que me sueño. Mi mamá me dijo que supuestamente es mi abuela paterna.

-¿Entonces tu mamá cree que ella es su suegra?

-Sí. Y no la culpo. Según su versión, mi papá se lo dijo así.

El don.

Jake Tennet.

Leo y Nelson no volvieron a tocar el tema por las semanas siguientes. Nelson regresó al Liceo, lo hizo bajo el aviso de que debía repetir el año por faltas de asistencia. Cuando regresó, participó en los intersalones. Arrasó con los primeros lugares en las competencias de natación y fue elegido como representante en los intercolegiados.

Y después de un entrenamiento, un sábado en la tarde, Leo esperó a Nelson a la salida del coliseo y lo abordó.

-Respondió nuestro Jake. Además me envió una invitación para que seamos amigos por Facebook- dijo Leo.

La sonrisa en el rostro de Nelson se desfiguró hasta quedar en un gesto de sorpresa, casi que de angustia. La tira por la que sujetaba su maleta de entrenamiento se resbaló de sus dedos y cayó al suelo.

Al cabo de veinte minutos los dos estaban en el cuarto de Nelson. Ahí Leo abrió su cuenta de Facebook, le enseñó el mensaje a Nelson y él lo leyó con fluidez, sin parpadear.

El silencio llegó después de este mensaje. Nelson conservó su posición y su mirada en la pantalla. Leo, sin saber mucho de qué se trataba, también lo leyó.

-No entiendo qué quiso decir- pronunció, pero Nelson conservó su quietud.

Primero fue una lágrima, luego, dos, luego un camino que trazó una ruta de sus ojos esmeralda, bajó por la mejilla y llegó hasta el mentón. Leo notó como los labios de Nelson temblaban. Nelson trató en vano de pronunciar alguna palabra, y luego de varios intentos narró con voz entrecortada:

-...Al principio menciona que está tan sorprendido como asustado. Después dice que su amigo, el que le mencionamos, solía llamarse Ari Hernan y que murió ahogado esa noche. Su cuerpo nunca fue encontrado.

Nelson aceptó la invitación de Jake Tennet desde el perfil de Leo y, una vez regresó a la página del mensaje, descubrió un saludo por el chat interno: Jake Tennet say: Hello!

Leo dejó a Nelson a solas con Jake y regresó a su casa, con un vacío en su pecho.

Conocimiento Profundo.

En la mañana del día siguiente, Diana decidió ir a Cali después del almuerzo. Según le dijo a Leo, prefería quedarse en casa para organizar algunos documentos antes de salir. Eventualmente Leo se pasó por el estudio y la vio con los ojos puestos en algunos papeles. Leo la observó desde la puerta cuando un timbre de su celular la alertó de que no estaba sola.

-Hijo, me asustaste- dijo entre sonrisas, aferrando una hoja contra su pecho. Leo sonrió mientras miraba la pantalla. Era un mensaje de texto.

-¿Pasó algo?- preguntó Diana.

-Es Gabriel. Me dice que hoy no va para la cárcel a visitar a su papá. Me pregunta si podemos hacer algo hoy.

-Invítalo a almorzar. Tengo pensado comprar lasaña y hacer ensalada.

Hombres de barro.

Gabriel llegó cerca del mediodía. Estaba acostado en la cama junto a Leo. Hablaba de la pereza que le producía el regresar a la cárcel cada domingo.

-Madrugo, viajo casi hora y media, me demoro otras dos horas entrando, dos saliendo. Me revisan, me esculcan hasta el culo. Veo a papá menos de hora y cuarenta. Siempre me habla de lo mismo. Que mamera.

-Pero es tu papá, ¿No?

-Sí. Pero a veces me da la impresión de que no sé quién es él en realidad. Cuando era niño, él era mi héroe, después vino el arresto, las noticias, el cubrimiento nacional, los líos judiciales, la extinción de las propiedades, de los carros; la incautación de nuestras cosas. El señalamiento de todo el mundo por mi apellido... Ahí me enteré de lo que él hacía en realidad.

-Entiendo. Es como si tu papá ante tus ojos fuera uno...

-Pero que en realidad resultó ser otro. Me ha costado perdonarlo por eso. Es un poco como el tipo de la película que se disfrazaba de mujer para estar cerca de los hijos, pero no. Mentiras, vos me entendés...- completó Gabriel -En fin. Espero superar este rencor algún día.

Leo arqueó las cejas mientras una descarga de adrenalina se daba en su cuerpo al sentirse identificado con el malestar de Gabriel.

-¡Muchachos, el almuerzo está servido!- gritó Diana desde la cocina. Leo fue el primero en pararse de un salto y sin mirar a Gabriel bajó hasta la mesa.

-¿Ya pensaron qué van a hacer más tarde?- preguntó la mamá de Leo llevando la ensaladera hasta ellos.

-No, doña Diana. Pues yo le digo a su hijo que lo invito a donde las chicas malas, pero él me dice que no quiere ir porque todas ellas se bañan, huelen rico y usan champú anti pulgas.

Leo golpeó a Gabriel con la cuchara en su cabeza.

-¡Ay! claro, como aquí está tu mamá si no me decís tu repertorio de vulgaridades ¡morrongo!- dijo Gabriel en voz alta una vez Diana sonrió y regresó a la cocina.

-Mentiras mamá, no le haga caso a este demente. Vamos a ir al cine con su último levante. Yo tocaré el violín y cargaré las crispetas.

El pez y el león.

Esa noche cuando Leo regresaba del centro comercial pasó por la casa de Nelson.

Doña Lola le abrió. Esta vez su tono de voz era vivaz, despierto. Al recorrer la casa, Leo la notó arreglada, como la primera vez. La cocina lucía impecable, al igual que el jardín y sus plantas. Incluso vio un par de faroles que iluminaban el patio que estaba antes de llegar al cuarto de Nelson.

Leo se sentó en el mueble y desde ahí le preguntó a Nelson:

-Leí el mensaje de texto que me enviaste hace como veinte minutos ¿qué pasó?

-Le quería mostrar algo que encontré- dijo Nelson abriendo una página en la pantalla de su computador.

-Esta era la pieza que faltaba. Cuando hablé con Jake, él me dijo que la competencia donde murió Ari fue a comienzos de invierno en mil novecientos ochenta y seis en Nueva Zelanda. Jake ahora tiene cuarenta y un años.

Mi familia, digo, la familia de Ari, aún vive. Según me dijo, Ari tiene mamá, padrastro, tres medios hermanos. Desconoce su paradero pero prometió pistas. Dice que sabe cómo ubicarlos.

Nelson suspiró. Sacó del cajón de su escritorio el libro con el cuento, y le dijo a Leo:

-También encontré algo importante. El cuento de los pajaritos que escribió su papá, mi tutor, es nuestra historia.

-No sé si decirle papá después de todo esto. No sé quién es él- dijo Leo con voz apagada.

Nelson llevó sus manos hasta los hombros de Leo y mirándolo a los ojos sentenció:

-Es su papá, y también es mi tutor. Los dos son la misma persona y la historia del cuento es su historia.

Recuerdo que mi tutor me solía contar de sus viajes a la tierra y de sus aventuras con los humanos. Recuerdo que me habló de dos mujeres a las que amó, de una a la que llamaba "Jade" y otra a la que le decía "La Cazadora".

Mi tutor nunca usó nombres para referirse a los demás. A sus compañeros los nombraba de maneras únicas, así como a mi mejor amiga a quien le decía Lady Metal Moon. De hecho recuerdo que alguna vez me llamó "El Príncipe de Jade". Me sorprendió que lo hiciera, aquella vez me sentí relacionado con el personaje de su historia. Cuando le pregunté por el motivo para llamarme de esa manera, dijo que me nombró así por el color de mis ojos. Ahora sospecho que Jade, la primer humana a la que amó, fue mi madre.

Nelson sacó del libro las dos fotos de la mujer, señaló sus ojos y agregó: -La nombró Jade por sus ojos. Luego regresó a la Atlántida. Desde ahí me cuidó hasta aquella noche en la que...

-Te ahogaste- completó Leo con la mirada perdida en los ojos de Nelson.

-Después me llevó a los capullos donde me recuperé. Tal vez potencializó mi lado atlante y me permitió vivir allí, con él, como su discípulo. En todo este proceso mi memoria se vio afectada, por eso no recuerdo mi pasado como humano.

-¿Y yo en qué parte aparezco?- preguntó Leo.

-Años más tarde cuando regresa a la tierra y conoce a Diana, o “La Cazadora”, a su mamá. Con ella repite la historia del enamoramiento de una humana, se hace pasar por muerto y regresa a la Atlántida. Ahí nace su segundo hijo, naces usted, tú. Digo, nacés vos.

Leo arqueó las cejas y sonrió con picardía.

-¿Qué pasó?- preguntó Nelson, confundido.

-Dijiste “vos”.

-Qué pena, no quise... ¿no hay nada de malo en eso, o sí?

-No, no lo hay. Al contrario, hasta pareciste humano cuando dijiste eso- dijo Leo sonriendo con orgullo –volviendo al tema, ahora papá te mandó aquí ¿para qué?

-Para estar con usted y su mamá, como en el final del cuento.

Sólo un par de muchachos.

-Ahora confirmo que la misión por la que vine aquí es falsa. Mi tutor, el señor Anderson me envió aquí por algo más que tiene que ver con usted, digo, con vos. Nuestro encuentro, todo lo que vivimos no fue accidental. Todo fue parte de un plan. El vínculo

que establecimos desde la primera vez que nos vimos, sus sueños, mi incapacidad para afectar su mente como a los demás.

-Sigo sin entender algo, ¿Qué pasó con todo lo que leí en su hoja de vida en el archivo de la dirección? Si mi papá era de la marina, ¿Cómo pudo?

-Su papá, yo, cualquier atlante puede ser e inventar cualquier cosa ante los humanos. Podemos ser la persona que queramos. Podemos alterar mentes, tenemos recursos propios, tenemos oro y contamos con lo que encontramos en los naufragios para ser el humano que deseemos en la tierra.

-Eso quiere decir que mi papá es de mentiras, que vos sos de mentiras...

-No del todo. Es cierto que tengo una vida que no me pertenece en esta ciudad, que su papá, nuestro tutor también vivió una identidad inventada. Los sentimientos, todo lo demás es real.

Nelson dijo esto y se llevó la mano a su ombligo en medio de una expresión de dolor. Leo lo miró.

-¿Qué pasa?- preguntó Leo.

-No sé. Me comenzó a doler desde que descubrí mi verdadero origen- dijo Nelson levantándose el saco y revelando la cicatriz que tenía en el lugar del ombligo.

Leo la miró de cerca y recordó en voz alta las palabras de Gabriel sobre las cicatrices:

-El filósofo contemporáneo Gabriel Antonio Gómez Urrea dice que las cicatrices son como los mapas: nos indican de dónde venimos, qué nos pasó y nos ayudan a encontrar el lugar al que pertenecemos. Cada uno tiene su mapa de cicatrices, su propia ruta que vivir.

-Que cierto es eso. Ya tendremos tiempo para ver qué hacemos con este mapa.

-¿Cómo?- preguntó Leo.

-Sí. Tenemos que elegir si nos quedamos en tu vida, si me voy a buscar la que perdí en Nueva Zelanda, si regresamos con mi tutor a la Atlántida o qué hacemos.

-Pero ¿La decisión será tuya, mía o de quién?

-Será de los dos. Propongo que nos demos hasta el sábado para pensarlo.

Elecciones.

Leo estuvo preocupado pese a su esfuerzo por recuperar su rutina. Con el paso de los días regresó en los descansos a la mesa de ajedrez con Óscar. Volvió a esconderse con timidez ante el encuentro con Pedro. La directora lo volvió a castigar. Sofía lo estuvo buscando con ánimos de volver, intenciones que Leo frustró luego de confesarle que ya no sentía nada por ella.

Gabriel y Nico volvieron a ser amigos y junto a Iván, los cuatro retomaron su acostumbrada visita al kiosco de Gloria Dinamita. Era viernes en la noche cuando entre cervezas y pasabocas los cuatro brindaron por las nalgas de la nueva novia de Gabriel.

La noche era cálida. La brisa era fresca y traía consigo un olor a sal que a Leo le pareció familiar. Leo miró hacia un lugar apartado dentro del área del kiosco y vio a Nelson sentado solo en una mesa. Lo miraba.

Leo fue hasta él, encontró un tablero de ajedrez montado en la mesa, se sentó del otro lado y esperó a que Nelson moviera la primera ficha.

Leo tomó un caballo, lo levantó, titubeó.

-No- dijo Nelson.

-¿No?- preguntó Leo devolviendo la ficha a su casilla.

-Es una regla. Una vez se toca la ficha, se tiene que mover esa ficha.

-¿Puedo cambiar de opinión?

-De opinión sí, de ficha no. Tiene, digo, tenés que mover esa.

-No es justo. Bueno, tampoco lo había hecho antes.

-Por eso hay que pensar antes de mover.

-Un momento. Esto parece una lección del Maestro de Kung fu panda. Creo que ya entendí. Estoy, digo, estamos en un juego del que nos gustaría salir, pero del que no sabemos cómo hacerlo.

-Creo que hay muchas maneras de salir. Rendirse es una de ellas. Perder es otra. Volver a casa. Quedarse. Ignorarlo todo. También podemos seguir y buscar la victoria o hacer

trampa. Lo cierto es que tenemos que hacer algo. Necesitamos una estrategia. Según la Dama del Oráculo Mamma L'il AnnT'F *"la regla número uno del ajedrez es esta: no importa lo que hagas, no caigas en el juego de tu contrincante, juega por tu voluntad. Haz tus movimientos. Haz lo que desees. Elegir no es una opción, es un don."*

-Y hablando de elecciones, ¿Ya pensaste algo?- Preguntó Leo.

-Sí, ¿y vos?

-No estoy seguro. Cuando pienso en vos, veo tus ganas por saber de tu familia y tus amigos en Nueva Zelanda. Veo las preguntas por tu identidad. Cuando me fijo en mí, veo a mi mamá y aunque en este momento esté un poco enojado con ella, no me gustaría dejarla sola. Al fin y al cabo he vivido quince años con ella, sin mi papá, no me veo buscándolo ahora.

-Entonces ¿Te gustaría pensarlo por un tiempo más?- preguntó Nelson. Leo asintió y agregó:

-Sea lo que sea, no quiero jugar ajedrez ni pensar esta noche.

-Está bien. Por ahora regresá con tus amigos a la mesa. Yo llegaré después con ustedes, tengo que devolverle el ajedrez a Gloria- dijo Nelson guiñándole un ojo.

Leo miró hacia la barra y vio a Gloria con sus audífonos puestos y con la mirada en Nelson.

Nelson se levantó de la silla. Leo le ayudó a guardar las fichas en la caja de madera.

-Me alegra ser Nelson Rey. Ya no soy el nuevo en la ciudad. Ahora por lo menos ella sabe que existo y comienzo a descubrir por qué mi tutor se enamoró de una humana.

-Creo que ya tocaste tu ficha. La moviste sin caer en el juego de tu tutor. Jugaste tus propios movimientos, a tu voluntad- Dijo Leo sonriendo con alivio.

-No lo hubiera hecho sin... vos... ¿lo dije bien?

-Lo dijiste bien. Ya tendré tiempo para enseñarte a hablar, para enseñarte algunas groserías, y vos tendrás tiempo para hablarme de mi papá.

Nelson sonrió. Levantó los pulgares a Leo y dijo mientras caminaba hacia la barra: -Nos vemos ahora.

-Nos vemos en un rato, Nelson.